

A woman in a white lace wedding dress is shown from the waist up, standing by a window. She is looking out the window, and her hands are resting on the white curtains. The background is a light-colored wall with a decorative molding.

KATE L. MORGAN

La
prometida
y el
Duque



Kate L. Morgan

La
prometida
y el
Duque

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)

CAPÍTULO 1

Ciudad de Londres 1825

La espera resultaba pesada, pero nadie plantaba a sir John Leandsome, el presidente de la Cámara de los Comunes, y que además era su padrino. Los encuentros entre políticos y nobles se sucedían a menudo para tratar asuntos del reino, aunque la urgencia con que lo había citado no era la habitual, sobre todo porque él se había convertido en persona non grata tiempo atrás.

Era el aristócrata con más poder de Inglaterra, también el más defenestrado.

Charles Evans Beaufort, sexto duque de Goldfinch, caminaba con pasos precisos y con las manos entrelazadas en la espalda. Nada en su postura mostraba lo impaciente que se sentía. Cuando la puerta se abrió, dos guardias cruzaron por ella, pero no era al presidente a quien escoltaban sino al mismo rey Jorge. Tras ellos venía sir John Leandsome, y uno de los más fieles generales de la corona. El rey Jorge vestía el uniforme de General en Jefe: casaca roja y pantalón blanco. Sobre la peluca blanca llevaba colocado con gran elegancia el sombrero de dos picos, e iba armado con espada. Charles se encontró enarcando una ceja. ¿Por qué motivo el hombre más importante se encontraba en el mismo lugar que él? Estaba realmente estaba intrigado.

—Lord Beaufort toma asiento.

La invitación había sonado como una orden. Miró hacia una de las sillas vacías, y Charles hizo lo que se le indicó con sorpresiva docilidad pues como sexto duque de Goldfinch no estaba acostumbrado a recibir órdenes, no obstante, mantuvo silencio.

Sus brillantes ojos azules, tan oscuros como los zafiros, no se despegaban de la figura del rey que daba pasos largos en profunda meditación, como si no le prestara atención, pero él sabía que no era cierto. Charles estaba convencido de que el monarca tenía todo su interés puesto en él aunque su postura indicara lo contrario. Su general de confianza se sentó en una esquina, pero antes de que pronunciara la primera palabra, otra persona entró en la silenciosa sala: Henry Colt, actual espía de la corona. El duque lo conocía muy bien pues fue el propio Colt quien le presentó a Frank Thomas Mortimer, marqués de Tilney, antiguo socio de su padre, y el responsable de la muerte de

su hermano William.

Sin darse cuenta, crispó los labios con ira.

—Ha llegado el momento de cerrar heridas y de olvidar ofensas.

Las palabras de su padrino le resultaron inesperadas. Charles no se amedrentó por la mirada de superioridad que le dedicaba el rey.

—¿Olvidar ofensas? —preguntó el duque con voz de hielo.

—La enemistad con los Tilney debe acabar de una vez —afirmó el rey sin un parpadeo—. Y hemos encontrado la solución para ello.

Charles vio en la afirmación una trampa que lo puso alerta. Contempló al rey completamente atónito porque él había jurado no perdonar jamás.

—La enemistad entre el ducado de Goldfinch y el marquesado de Tilney perjudica los intereses de la corona, y las relaciones con otros nobles afines a nuestros intereses.

Las palabras del rey Jorge desataron las alarmas dentro de la cabeza de Charles pues la enemistad entre ambos lores no era asunto tabú: eran la comidilla a lo ancho y largo del reino, pero él tenía un motivo poderoso para odiar a la familia Mortimer con toda sus fuerzas, y, por ese motivo, siempre que podía, perjudicaba los negocios del marqués.

Arruinarlo se había convertido en una necesidad para él.

—He decidido unir el ducado de Goldfinch y el marquesado de Tilney mediante el matrimonio de lady Elizabeth y el sexto duque de Goldfinch, el aquí presente —dijo de pronto el rey, como si hablara de otra persona y no de él.

Charles se atragantó.

—¿Unir los...? —le resultaba imposible continuar la frase.

—Lady Elizabeth Mortimer se convertirá en la sexta duquesa de Goldfinch —repitió como si el otro padeciera de sordera.

Charles blasfemó. ¿Había oído bien? ¿Elizabeth Mortimer? Su corazón sufrió un sobresalto, y le sudaron las manos. Hacía tres largos años que no veía a la dama.

—¡Sobre mi cadáver!

El duque no se contuvo delante del monarca. La enemistad hacia los Mortimer era eterna.

—¿Tengo que recordarte que sir Frank Thomas Mortimer presta grandes servicios a la corona? ¿Qué es un íntimo amigo mío? —reveló el rey que lo conminó con la mirada a que se contuviese—. ¿Y que lady Elizabeth Mortimer ya fue su prometida en el pasado? —las preguntas no requerían respuestas—.

¿Y que le debe una reparación?

Sí, la dama había sido prometida suya, pero Charles rompió el compromiso tras la muerte de su hermano. Él no podía unirse a una familia culpable de la muerte de William. El escándalo fue enorme, pero él nunca se arrepintió de romper el compromiso aunque al hacerlo dejó la reputación de la dama por los suelos.

—El marqués presta un gran servicio a la corona, cierto, pero delatando a nobles —replicó el duque.

El rey Jorge tenía que doblegarlo. Con la enemistad entre ambos hombres, no solo se resentía la monarquía sino la política del reino, si el marqués era el mejor diplomático que tenía la corona, el poder y la influencia del duque eran necesarias para alcanzar otros fines.

—¿Necesito recordarte que tu hermano William fue declarado traidor? —la exclamación de Charles fue claramente audible para los hombres que había en la sala—. El marqués de Tilney cumplió con su deber como súbdito vasallo.

—¡Fue el culpable de su muerte! —exclamó el duque vehemente.

El monarca hizo un gesto negativo con la cabeza. William Beaufort había sido un espía, y le había pasado ingente información valiosa a los franceses, sobre todo financieras, políticas, también asuntos delicados sobre la corona.

—Tu hermano era culpable, y por eso fue juzgado y sentenciado —afirmó el presidente y padrino—. El marqués actuó con honor delatando al traidor.

Charles se levantó de la silla y caminó unos pasos.

—Mi respuesta es no —afirmó rotundo—. Jamás una Mortimer será duquesa de Goldfinch, no, mientras yo viva.

Charles no escogió muy bien las palabras antes de hablar. El rey Jorge se posicionó, y miró al aristócrata con suma frialdad.

—Es decisión de la corona, y mi decisión es incuestionable —el rey no se anduvo con rodeos.

El duque intuyó que caminaba al borde de un precipicio.

—¿Entonces no se me permite negarme ni aportar razones? —la pregunta no requería respuesta, pero el rey Jorge se la dio de todos modos.

—Si no aceptas el matrimonio con lady Elizabeth Mortimer, el ducado de Goldfinch regresará a la corona.

El silencio en la sala resultó aplastante. La importancia de las palabras pronunciadas por el rey lo dejaron completamente inmóvil.

—Mi título no está vinculado a la corona —respondió firme.

—Lo estará si eres declarado traidor, como tu hermano.
Charles cerró los ojos ante el leve sobresalto que sufrió.
—Siempre he sido fiel al reino.

Los hombres mantuvieron un silencio prolongado, hasta que Henry Colt decidió romperlo.

—El marqués de Tilney se muestra favorable a este matrimonio, y debo aclararte que ha intercedido varias veces para que se reponga el honor perdido de los Beaufort —reveló el hombre que el duque había creído amigo, y que se había convertido en un rival peligroso—. Y el rey está dispuesto a ello.

Charles apretó los labios al mismo tiempo que meditaba en las palabras. Cuando su hermano fue descubierto como espía y acusado, él utilizó todo su poder e influencia para pedir a Francia las oportunas reparaciones por el daño causado a sus intereses tanto morales como políticos, pero no había servido de nada. Francia no respondió a sus demandas para restablecer su honor, y que estaba siendo cuestionado por la totalidad del Parlamento, por ese motivo la casa Beaufort seguía marcada con el estigma de la traición. Él no podía perdonar semejante traición, y menos de su futuro suegro, por ese motivo había roto el compromiso con su única hija. Todo había estado preparado para el fastuoso enlace, y a él no le importó dejar plantada a la dama frente al altar.

—¿El marqués ha intercedido? —preguntó con la voz como el hielo.

—Sí, he podido hablar con Frank Thomas Mortimer —respondió Colt—, él, más que ninguno, desea que el ducado de Goldfinch deje de estar bajo sospecha. Te recuerdo que es el mejor diplomático que posee la corona. Frank sabe que uniendo el ducado al marquesado se reforzarán los lazos, y se despejaran las dudas con el resto de embajadores y diplomáticos internacionales que todavía expresan sus reservas con respecto a los Beaufort.

A Charles le parecía sospechoso que el que fuera amigo de universidad y de juergas le hablara con tanta formalidad.

—El marqués de Tilney ha meditado mucho en los beneficios de la unión entre ambas familias a pesar del oprobio que le causaste a su hija —continuó Colt.

Eso era cierto, si el político con más influencia de la corte permitía la unión entre ambas familias, el ducado de Goldfinch saldría favorecido pues eran muchos los amigos influyentes que tenía el marqués: nadie le daría la espalda a su yerno ni se atrevería a murmurar injurias y mentiras, como venía ocurriendo tras la muerte de William.

Charles era un hombre de honor incuestionable, pero la acusación sobre su hermano lo había cubierto de sospecha.

—¡No soy un traidor —exclamó el duque dolido.

A Charles le parecía una broma cruel del destino que el marqués moviese los asuntos a su favor.

—Pero el marqués ha puesto una condición a tal ayuda por su parte.

Charles podía esperar algo así. Ahora entendía el interés del noble para mediar en su causa: como su esposa, su hija sería en la mujer más importante de Inglaterra solamente superada por la reina.

—¿Qué condición? —preguntó enojado.

—Una boda por poderes.

Ahora se quedó pasmado, un segundo después estalló en carcajadas.

—¿Una boda por poderes? —repitió sin creerse la broma.

—La hija del marqués reside en Escocia desde el escándalo que se desató tras la ruptura del compromiso por tu parte —el duque entrecerró los ojos—, y el marqués no quiere esperar hasta su regreso para que se celebre el matrimonio.

Tras el escándalo de la ruptura del compromiso y el plantón a la novia, la mujer había desaparecido de la alta sociedad, y de eso hacía tres años. Ignoraba lo que había sido de lady Elizabeth Mortimer, pero no le importaba en absoluto. Era la hija del hombre que había delatado a William, lo demás era secundario.

—Ningún Beaufort se ha casado nunca por poderes —protestó.

El rey Jorge se estaba cansando de la reticencia del duque.

—Siempre hay una primera vez —dijo con voz seca.

Charles sabía que no podía negarse. Si el rey tomaba una decisión, el resto solo podía obedecerla.

—¿Por qué motivo hay tanta urgencia para celebrar el matrimonio?

—Porque el marqués debe viajar de inmediato a París para ocupar el cargo de emisario en nuestra embajada, y no desea llevar a su única hija a un lugar lleno de conspiradores.

Esa afirmación captó toda su atención.

—Es una excusa muy pobre pues la mujer puede seguir residiendo en las Tierras Altas —apuntó sarcástico.

El rey lo miró con insolencia. La noble familia Beaufort era de las más importante de toda Inglaterra. Su bisabuelo, su abuelo y su padre habían sido vasallos excepcionales a la corona, pero esa tradición la había roto el díscolo

hijo pequeño del anterior duque. William se había enamorado locamente de una cantante de opereta francesa que en realidad era una espía al servicio de Francia. Ella se había acercado a William porque sabía que el hermano mayor, el heredero del ducado, manejaba información delicada del reino. El marqués de Tilney lo había descubierto, y al delatar al joven caballero, había enemistado para siempre a las dos familias. Pero el rey quería cambiar eso. Además le debía un favor personal a Frank Thomas Mortimer, y que no podía ser desvelado en esa reunión ni en ninguna otra. Consideraba a Tilney un amigo muy especial, pero el marqués había puesto precio a ese favor que le debía: quería a su única hija casada con el duque, e iba a hacer lo imposible por lograrlo.

—¿Por qué motivo el marqués no se lleva a su hija a París? Los enemigos de allí no se mostrarán tan despiadados como su futuro esposo aquí —al rey no le hizo ninguna gracia esa afirmación.

Jorge IV lo taladró con la mirada. El duque podía dar gracias de que fuera un noble tan importante porque de lo contrario no dudaría en ordenar su arresto por insolente.

—El marqués teme por su vida —esa revelación dada por Henry Colt lo pilló por sorpresa.

—¿Teme qué lo asesinen? —preguntó.

—Se ha forjado enemigos muy poderosos —confesó Henry Colt.

El duque sonrió cínico.

—Entre los que me encuentro.

—¡Basta! —exclamó el rey ya sin un asomo de paciencia—. Ha llegado la hora de que te cases —afirmó—. Y como rey de Inglaterra me he tomado la libertad de escogerte la esposa más adecuada: aquella a la que desdeñaste.

Charles apretó los labios y desvió la mirada. Él no quería emparentar con los Tilney, pero el rey no le dejaba más opción. Tiempo atrás, su compromiso con lady Mortimer había sido deseado por su parte pues la dama era en verdad una belleza. Había llegado a respetarla, la apreciaba de verdad, pero Charles no podía olvidar que era hija del culpable de la muerte de su hermano.

—Me extraña que la dama no esté ya desposadas pues superó con creces la edad casadera —dijo pensativo.

Henry Colt se encontró entrecerrando los ojos. Él había estado profundamente enamorado de Elizabeth, había hecho lo imposible para que se enamorara de él, pero ella había elegido al duque como prometido, y había elegido mal. Si él no tuviera una profesión tan peligrosa...

—Ninguna dama lleva muy bien un desprecio como el que tú le hiciste — le recordó Henry Colt—. El único camino honorable que le quedó tras el escándalo fue desaparecer. La condenaste al ostracismo.

Los ojos de Charles se entrecerraron, veía la acusación en el tono de Colt.

—La mujer no permitirá que me acerque a ella pues será consciente de que solo querré estrangularla con mis propias manos.

—Tienes prohibido asesinarla o causarle daño alguno —aclaró su padrino.

Henry Colt apretó los puños a su costado. Charles Evans Beaufort se merecía todo el desprecio de Elizabeth, y también el suyo. Si el duque creía que el distanciamiento entre ambos tenía que ver con su trabajo como espía, estaba muy equivocado. Él no podía perdonarle la humillación que le hizo a la mujer de su vida, pero sir Frank Thomas Mortimer le había pedido un favor, uno muy especial. Como embajador manejaba información delicada, información que él recibía y que distribuía según el interés de la corona. Y un día el marqués de Tilney se había sincerado con él, le había pedido ayuda, y no dudó en dársela porque se jugaban mucho. También era su forma de proteger a Elizabeth.

—Lady Mortimer no está de acuerdo con este matrimonio —reveló Colt con expresión indescifrable.

Por un momento, Charles sintió cierta culpa, pues ninguno de los dos quería estar casado el uno con el otro, y se preguntó cómo demonios conocía Henry Colt los sentimientos de la dama en cuestión.

—Pero entiende la gravedad de la situación, y por eso ha accedido al matrimonio —continuó Colt—. La mantendrás a salvo, como desea el padre.

Que lo tuviera en tan alta estima le provocaba desconfianza. Era cierto que la familia Beaufort poseía una inmensa fortuna y vastas propiedades. Charles poseía amigos tanto en el ejército como en la policía. Podía entender la necesidad del marqués de entregarle a su hija. El castillo Surrey frente a los jardines Courtfield era más seguro que el propio Palacio de Buckingham.

—¿Tan seria es la amenaza?

—El marqués de Tilney ha sufrido dos intentos de asesinato.

Charles había comprendido al fin, pero maldijo de forma violenta. Él no quería saber nada de una esposa precisamente porque el padre de ella había sido el causante de la tragedia que se había abatido sobre su vida, y en ese preciso momento odió a la hija tanto como al padre. Sabía que no podría

soportar tenerla cerca, a pesar de ello, acató la orden real sin una réplica más.
—¿Cuándo está prevista la boda? —preguntó.

ERA SU DECISIÓN, pero la había tomado otro en su lugar. ERA SU FUTURO, pero lo habían atado de pies y manos. ERA LA HIJA DE SU ENEMIGO, e iba a convertirla en su esposa.

Bajó los peldaños del edificio pensando una y otra vez en la conversación mantenida con su padrino tras la marcha del rey Jorge con toda la pompa y beato dignos de la realeza. ¿Por qué el rey había cedido a los caprichos del marqués de arreglar un matrimonio entre ambas familias? Habían mencionado dos atentados perpetrados contra el marqués, pero Charles estaba seguro que la amenaza que pendía sobre el marqués no era suficiente motivo como para entregar a su única hija al peor verdugo de todos.

Un matrimonio con ella era lo último que deseaba.

Charles no pensaba renunciar a la discreta relación que mantenía con lady Brandon: la fogosa viuda que le alegraba muchas de sus noches oscuras, aunque sí podía olvidarse de pretender a la joven Candy Amelia Bruce, la hija del conde de Rosmore.

Había hecho muchos planes, pero que ya no podría llevar a cabo.

El duque alzó la vista y dudó un instante sorprendido de los cambios que se habían producido en él en cuestión de tiempo, concretamente desde la muerte de William. Desde su posición en las escalinatas observó la ciudad, Londres parecía incluso más grande. El humo gris seguía subiendo por los tejados de los edificios. Clavó los ojos en un guardia que lo miraba con recelo desde la otra esquina de la calle y le sostuvo la mirada con una insolencia aprendida desde la cuna.

Le dijo al cochero que pensaba caminar un poco. Tenía un largo recorrido hasta su propiedad, pero no le importó. Necesitaba pensar en la conversación mantenida con su padrino, también en el traidor de su mejor amigo que se había convertido en el espía favorito del rey. El acercamiento de Henry Colt a la realeza para medrar en prestigio, lo había distanciado de él.

Tras un tiempo caminando, decidió subir al carruaje ducal que lo seguía de cerca, y cuando el vehículo enfiló el sendero que lo dirigía hacia su propiedad londinense, soltó un suspiro. Minutos después divisó la construcción al final de una hermosa alameda, el carruaje cruzó la verja y él cerró los ojos.

Philiph, el viejo y fiel mayordomo, junto al resto del servicio, se habían

agolpado al pie de la escalera para darle la bienvenida. Al fondo divisó a su tía que le sonreía como si supiera algo que él ignoraba.

Era el único familiar vivo que le quedaba.

—Necesito darme un baño —le dijo a la tía, después lanzó un firme juramento entre dientes. ¡Necesitaba venganza!

Tiempo después, y ya reunido con su tía en la biblioteca de Surrey, se llevó la copa a los labios, aspiró el aroma del coñac y bebió el primer trago como si fuese un sorbo de veneno. Ni el baño había logrado tranquilizar su ánimo.

—Creí que estarías más tiempo con tu padrino —dijo la voz de ella.

Charles miró a su tía con un afecto genuino.

—Tuve una reunión con mi padrino, y también con el rey.

—¿Con el rey Jorge? —preguntó la mujer.

La dureza en la voz de su sobrino pilló desprevenida a Anne, que lo miró con prudente cautela. «¿Realmente había dicho el rey?», se preguntó la mujer.

—Me informó sobre la fecha de mi matrimonio.

—¿La fecha de tu matrimonio? —la tía estaba espantada.

—Seré el primer Beaufort en casarse por poderes.

—¿Por poderes? —estaba más asombrada todavía—. ¿Casarte... con quién?

Charles apretó los labios y se bebió el licor de un trago.

—La escogida por el rey ha sido lady Elizabeth Mortimer.

Anne se llevó la mano a la boca para contener un grito, y ni tía ni sobrino dijeron nada más durante un buen rato.

—¿Lizzie? ¿Cómo la han convencido? —preguntó sin parpadear—. ¡Por San Jorge! —exclamó la mujer, y luego dijo pensativa—. Quizás no sea una idea tan descabellada, aunque dudo que la mujer te perdone que la dejaras plantada en el altar. Una humillación de tal calibre no se supera así como así.

Charles la miró con ardiente confusión en sus ojos.

—¿Ha olvidado tan pronto a William? Porque fue el motivo para que la dejara plantada.

La pregunta no logró la respuesta que él esperaba.

—La violencia engendra violencia, y yo me siento tan feliz de que vayas a casarte, que no puedo pensar en nada más que los preparativos que tendré que comenzar de inmediato —contestó Anne.

La boca de Charles se apretó con ira.

—La venganza es lo único que me ha mantenido cuerdo estos años, y no pienso renunciar tan fácilmente a ella. —La amargura que destilaban sus palabras logró descorazonar a la tía, que lo miró con un profundo pesar.

—Responder con daño no te devolverá a William — le dijo de pronto—, y la mujer no tiene culpa de aquello que sucedió.

Charles miró a su tía con una profunda aflicción.

—Con la venganza, obtendré paz —respondió él.

—No fuiste el único en perder a un ser querido —le recordó ella—, yo amaba muchísimo a tu hermano, y un sentimiento tan profundo no se desvanece de la noche a la mañana, pero no puedes descargar tu venganza sobre la mujer que será tu esposa porque no es moral.

Charles era consciente, pero no lo admitió.

—Lograré que me odie para que sea inmensamente desgraciada, porque así haré desgraciado al padre.

La tía bajó los ojos al suelo.

—Olvidas que ya es posible que te odie por la humillación que le ocasionaste, pero te recuerdo que la línea que separa el amor del odio es muy fina, sobrino —respondió Anne con voz baja—. La mujer que fue tu prometida no tuvo la culpa de las acciones de su padre.

Su sobrino había tensado la espalda y crispado los puños.

—Culpable o no pagará por las acciones del marqués de Tilney.

—¿Dónde está ella? Porque imagino que si tienes que casarte por poderes es porque la mujer no se encuentra en Inglaterra.

Charles se sorprendió de la sagacidad de la mujer.

—Me informaron que reside desde entonces en Escocia, aunque ignoro el lugar exacto, tampoco me importa.

—Fue tu prometida, Charles —le recordó la tía—. Ahora vas a casarte con ella, muéstrale un poco de respeto.

Charles notó que la voz de su tía temblaba, pero esa circunstancia no le restó determinación:

—No significa nada para mí —afirmó seco—. Me veo obligado a casarme con ella por orden real, pero he logrado ver la ventaja de esta unión: romper la paz del marqués de Tilney —repitió con dureza—. Mortimer pone a su hija en mis manos, y me asombra que no se pregunte de lo que soy capaz.

Anne miró a Charles con verdadero respeto. Siempre había sido su sobrino preferido, y aunque había lamentado profundamente la muerte de su hermano menor, había esperado que el tiempo curara sus heridas y le hiciera

cambiar de idea con respecto a la venganza. Aún se estremecía al recordar el brutal escándalo que se desató a raíz de la muerte de William, y los acontecimientos que siguieron después: la suspensión de la boda. La desaparición de lady Mortimer de los círculos sociales, pero nada podía cambiarse de lo sucedido en el pasado.

Charles miró inquisitivamente a su tía con ojos nuevos al escuchar el profundo suspiro. Observó las huellas de dolor que surcaban su rostro castigado por la soledad. Los duques de Goldfinch, sus padres, habían fallecido en un accidente de barco cuando él y su hermano contaban la edad de cinco y diez años. Anne había dedicado su vida a cuidarlos. El hecho de ser viuda había sido decisivo para dedicar a sus sobrinos el tiempo necesario. Hacerse cargo de dos pequeños le reportó las fuerzas necesarias para seguir adelante sin lamentaciones. Consideraba a Charles más un hijo que un sobrino, y, para él, había llenado el hueco dejado por su madre a los diez años. Pero la pérdida de William había logrado que se esfumara parte de la vitalidad que la caracterizaba. La veía tan cansada que se preocupó.

—El marqués ha pagado un alto precio —dijo de pronto Anne—. Perdió muchas amistades que también eran de tu padre, por no mencionar las miles de libras que le hiciste perder cuando rompiste los negocios navieros que el ducado y el marquesado mantenían. Eso, y sin contar todos los intentos que hiciste para arruinarlo —Charles miró a su tía con una profunda amargura en los ojos, pero que no iba dirigida hacia ella, sino a otra persona—. Pero dudo que todo eso sea comparable a dejar a su hija humillada. Una dama de su alcurnia no se merecía un trato así.

—La decisión del marqués condenó a mi hermano, y yo hice un juramento la mañana que fue ahorcado —Charles apenas conseguía mantener la voz calmada—. Romper el compromiso con su hija fue justicia, tía.

Anne comprendía muchas cosas.

—Eso no fue justicia sino venganza —replicó la tía—. El marquesado de Tilney es uno de los más ricos e influyentes de Inglaterra. No será fácil llevar a cabo esa venganza que planeas sin sufrir las consecuencias —le advirtió ella.

La carcajada cínica que lanzó Charles hizo que su tía enarcara una ceja con suspicacia. Su sobrino estaba irreconocible por el odio.

—Olvida algo muy importante, tía. Tendré todo el derecho sobre su hija. Me pertenecerá, y si decido arrancarla de su cómoda y feliz existencia, nadie va a censurarme por ello, se lo garantizo.

¿CÓmoda y feliz existencia desterrada en las Tierras Altas? Se preguntó la tía. Anne tragó saliva y no le replicó más. El rostro atractivo de su sobrino estaba desfigurado por el despecho que lo consumía.

—Lady Mortimer conoce el odio que albergo hacia su familia. Y ahora ha llegado el momento de que pague —continuó él.

CAPÍTULO 2

Edimburgo, Escocia

—¡No! —negó la mujer con voz aguda.

—Elizabeth, es orden del rey —se escuchó decir a un hombre que parecía cansado.

La muchacha, de veintitrés años, miró a su padre dolida. Tenía ganas de llorar, de maldecir y de golpear algo, pero no hizo nada de eso ni permitió que una sola lágrima saliera de sus hermosos ojos de color verde. Le costaba trabajo respirar. No entendía como su propio padre había podido hacerle algo tan horrible como unirla al hombre más vengativo de toda Inglaterra.

—¿Me promete de nuevo al hombre que me humilló dejándome plantada? ¿El que juró vengarse de usted? ¿De causar el mayor daño posible a nuestra familia? —la muchacha apenas podía hablar—. Le recuerdo que tuve que marcharme de Inglaterra por su culpa. Sus acciones me cubrieron de infamia.

El marqués sabía por todo lo que su hija había pasado. El escándalo de su ruptura había sido la comidilla de toda la sociedad, y Elizabeth hizo lo único que podía para salvar su orgullo herido: huir. En un principio su estancia en Escocia había sido por un tiempo, tiempo que se había alargado a tres años. En una de las últimas conversaciones que habían mantenido padre e hija, y donde él la instaba a que volviera, ella le había asegurado que antes de regresar a Londres sería capaz de tomar los hábitos, y por eso él había tomado cartas en el asunto. Hizo una visita al rey Jorge, y le pidió un único favor. Arriesgaba mucho, pero estaba decidido.

—Tengo razones poderosas para hacerlo.

—¿Qué razones? —le preguntó la hija.

Frank Thomas Mortimer, marqués de Tilney, miró a su hija con ojos brillantes. Había tanto que no podía decirle.

—Ya he comprometido mi palabra a la corona.

A Elizabeth le temblaron los hombros. Todos los sucesos del pasado la golpearon con fuerza. Volvió a sentir la misma humillación de entonces.

—El duque de Goldfinch me hizo mucho daño —le recordó.

—Sé una hija obediente y acepta tu destino —¿que aceptase su destino? Prefería estar muerta que casada con él—. ¡Oh, padre! ¿Qué va a ser ahora de

mí? ¿Cómo permite esto? —se lamentó mientras veía como su futuro se complicaba para ella—. ¡No deseo casarme con un hombre como él! ¡Me despreció! No podré soportar de nuevo otra humillación.

—Ya todo está olvidado, nadie se acuerda de la ruptura del compromiso —le rebatió el padre.

—¡Es nuestro enemigo! —le recordó—. Para mí es suficiente motivo para no saber nada de él, y mucho menos casarme.

El marqués de Tilney miró a su hija muy cansado. Como diplomático de la corte se había granjeado muchos enemigos, y él temía por la seguridad de Elizabeth. Si existía alguien en toda Inglaterra al que no se le podía comprar ni chantajear, era precisamente el duque de Goldfinch. La enemistad entre ambos duraba ya tres años, pero si le contara a su hija Elizabeth que había sufrido dos atentados... no quería ni pensarlo. Frank temía seriamente que lo asesinaran, y por eso había movido los asuntos para dejar a su preciado tesoro en manos de quién mejor podía defenderla, aunque lo considerase enemigo.

—El rey Jorge desea vuestro enlace. Unir el marquesado de Tilney con el ducado de Goldfinch es el sueño de todo monarca. No hay familias más leales a la corona.

Elizabeth sabía que el rey y su padre eran muy buenos amigos. El rey no se fiaba de nadie salvo del marqués de Tilney.

—¿También confía en el duque a pesar de que su familia ha sido manchada con el estigma de la traición?

El marqués soltó un suspiro largo.

—Fue su hermano menor el traidor a la corona, el duque es un hombre intachable y de honor incuestionable.

—Que me abandonó. Que no le importó mis herir sentimientos, ni destruir mis ilusiones —los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas—. Podía haber roto nuestro compromiso mucho antes, pero tuvo que hacerlo el mismo día de la boda.

Frank sabía lo dolida que estaba su hija, pero él no podía perder el tiempo tratando de convencerla.

—He meditado mucho en los pros y contras de este enlace.

Elizabeth clavó los ojos en su padre.

—Merecía ser consultada sobre esta cuestión —dijo en un susurro.

Frank la miró atentamente. Aunque la piel de su hija era demasiado blanca, no se quemaba bajo el sol. Poseía unas largas pestañas bajo unas perfectas cejas arqueadas que realzaban las brillantes esmeraldas que

iluminaban su delicado rostro. El continuado ejercicio al aire libre lo teñía de un suave rosa muy atractivo. Frank comenzó a hablarle sobre el honor, sobre la importancia de la familia, del apellido, y del oprobio de las promesas incumplidas.

—Soy consciente del sacrificio que tienes que hacer, pero confía en mí. Sé lo que hago.

—¿Sabe que me arroja directamente a los brazos de un hombre detestable? ¿Qué hará de mi vida un infierno por obligarlo a este matrimonio que no desea, como no lo deseo yo?

—Charles Evans Beaufort no es un hombre tan mezquino.

—Le recuerdo que nos odia —insistió la mujer—. Me hizo el mayor daño que se le puede hacer a una mujer —le recordó la hija.

El marqués lanzó un suspiro caliente.

—Fueron las circunstancias las que propiciaron nuestra enemistad con los Beaufort—comenzó el padre—, pero he decidido cambiar eso.

—No voy a casarme con él, y le recuerdo que el actual duque lo cree culpable de la muerte de William.

—Y lo soy —Elizabeth no estaba de acuerdo—, pero es el único en el que confío para que cuide y proteja tu herencia si algo me sucediera—Frank estuvo a punto de decir tu vida, pero se contuvo a tiempo

Elizabeth apretó los labios.

—Yo puedo ocuparme de mi herencia —protestó con viva voz.

No, no podría hacerlo si a él le ocurría algo.

—Cuando le informé al rey, decidió al respecto, y afirmó que el mejor candidato para protegerte era tu prometido, el duque de Goldfinch.

—¿¡Por qué!? —exclamó al punto del llanto—. Y dejó de ser mi prometido hace tres años, ¿necesita que se lo recuerde? Porque tengo sus acciones grabadas a fuego en mi corazón.

—Tienes en tu cuerpo más valor y coraje que muchos hombres que he conocido —admitió el padre—. Pero no permitiré que se pierda la herencia de tu bisabuelo, tu abuelo, y mía. Y como tu padre he decidido que ha llegado el momento de que te cases, y vas a obedecerme de una vez por todas —le ordenó con mirada tierna—. Sabes que nada me importa más que tú y tu futuro.

—No voy a casarme con el duque de Goldfinch —afirmó sin contener ya las lágrimas.

El marqués veía ante sí a la hermosa mujer en que se había convertido su hija.

—Es mi voluntad Elizabeth —dijo el marqués tan serio, que Elizabeth supo que no tenía escapatoria—. Puede ocurrirme alguna desgracia mientras estoy de viaje, y una dama como tú no puede quedar desprotegida.

—Está el primo Richard...

—Elizabeth, ¡obedece! La decisión ya está tomada, y no hay vuelta atrás.

Supo que no tenía escapatoria, finalmente, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y todos los pesares del marqués se disolvieron en la mirada amorosa que le dedicó.

Pálida como nunca, Elizabeth levantó la barbilla, y miró de frente a su padre.

—Obedeceré, pero juro que haré de su vida un imposible.

Frank soltó un suspiro de alivio, aunque le duró muy poco, ahora tenía que contarle a su hija que se iba a casar por poderes. Tenía que salir de Inglaterra rumbo a París en un par de días, y quería dejar a su hija casada y bajo el cuidado del duque antes de hacerlo. Ya lo tenía todo preparado: la capilla familiar de la mansión de Benavon Cottage. El párroco de Devon había aceptado officiar el enlace porque conocía íntimamente a la familia Mortimer, y ya se encontraba camino de Edimburgo. Frank había arreglado todo el papeleo necesario, incluso había enviado algunas invitaciones, pocas, porque una boda por poderes desmerecía un evento tan importante. El hecho de que Elizabeth hubiera decidido pasar un tiempo en la casa de Benavon Cottage en Edimburgo, le había facilitado las cosas.

—Sabía que podía confiar en ti —Elizabeth lo amaba con locura. Era la luz de sus ojos, y entendía que siempre buscaba lo mejor para ella, pero con esta decisión se equivocaba—. Mañana se officiará la boda...

CAPÍTULO 3

River Colne, Devon

Elizabeth miró a su primo y sonrió. La larga cabalgata lo había puesto de un humor excelente, y ella le lanzó una manzana de forma traviesa, pero Richard la atrapó al vuelo. Ambos descansaban junto a un arroyo en el término de una de las propiedades de su fallecido abuelo paterno. El marquesado de Tinley era muy extenso.

—¿Recuerdas cuando querías ser capitán? —le preguntó ella al mismo tiempo que mordía la pieza de fruta—. El mar sería más piadoso contigo que ese caballo brioso que te empeñas en domar —Elizabeth escuchó un gruñido a modo de respuesta—. Me gustaría equivocarme, pero a pesar de tus esfuerzos, el semental no te obedece.

Richard ya lo sabía.

—Que sepas cabalgar tan bien como yo no te da derecho a burlarte de los esfuerzos que hago para domar a esta belleza.

Elizabeth alzó sus bonitas cejas ante el tono imperativo de su primo. Los seis años de diferencia entre ambos no importaban cuando estaban juntos. No existían en el mundo unos primos más compenetrados y leales el uno con el otro.

—Lo lamento —le dijo Elizabeth. Richard hizo un encogimiento de hombros resignado—. Debe ser terrible para ti estar siempre por debajo de las expectativas de tu padre.

Ese era un escollo muy difícil para él.

—Algún día se dará cuenta de que no puedo ser el mejor en todo y que tengo decisión propia.

Elizabeth lo miró con intensidad. Richard había renunciado a su carrera militar por su padre, que deseaba con toda su alma que su primogénito se dedicara a la política, y éste se mostraba como un hijo obediente.

—Tiene muchas esperanzas puestas en ti —le dijo.

Richard la miró con verdadero interés. Elizabeth había cambiado mucho durante el tiempo que había estado en las colonias.

—¿Es cierto lo de tu nuevo compromiso con el duque, ese que te desdeñó hace tres años? —le dijo él.

Elizabeth no pudo evitar un ligero estremecimiento.

—Ya estoy casada —afirmó con voz vacilante—. La novia desdeñada hace tres años —repitió sus palabras—, ahora es duquesa de Goldfinch.

Richard se acercó a su prima, cogió una de sus manos y le dio un apretón cariñoso. ¡Había tanta amargura en sus palabras!

—¿Tienes miedo? —Elizabeth entrecerró sus ojos hasta casi convertirlos en dos rendijas negras—. No has tenido la boda que toda mujer sueña.

—Me casé en la capilla familiar de Benavon Cottage, nuestra propiedad en Edimburgo —reveló—. Bueno, en realidad me casé con su anillo: uno grande y pesado que me desagradó nada más lo toqué, como me desagrada todo lo que tiene que ver con él.

Para desgracia de Elizabeth lo llevaba colgado del cuello con una pesada cadena. Estaba deseando devolvérselo a su dueño.

—¿Y por qué tu esposo no ha venido a buscarte en todo este tiempo?

Los pensamientos de Elizabeth se centraron en el duque de Goldfinch, su marido.

—Igual siente temor ante lo que puede encontrarse —dijo como si Richard no supiera la historia de la familia—. Imagino que debe de resultarle duro este matrimonio impuesto. Ya sabes que culpa a los Mortimer de la muerte de su hermano.

—William Beaufort fue el único responsable de su propia muerte —le dijo el primo—. Y tú eres la mujer más bella e inteligente de todas, pero en modo alguno envidia al duque, y si necesitas mi ayuda para deshacerte de él...

Pero Elizabeth no escuchaba al primo sino que estaba perdida en sus propios pensamientos. El marqués de Tilney, su padre, había descubierto la información que William le estaba pasando a los franceses. ¿Por qué motivo llegaron a las manos de su padre las pruebas que lo incriminaban? El marqués de Tilney había pagado un precio muy alto por delatarlo a la corona, pues William pertenecía a una de las familias más importantes de Inglaterra, y las represalias del duque de Goldfinch no se hicieron esperar. Ella había sido el primer objetivo en su venganza, desde entonces, su esposo se había convertido en el peor enemigo que los Tilney podían tener, y ahora estaba casada con él.

—¿Qué piensas? —la pregunta la formuló el primo.

—Que no deseo estar casada, que en estos momentos estoy terriblemente enfadada con mi padre, con el rey...

—¿Por qué mi tío lo aceptó como tu esposo después de lo que te hizo?

Elizabeth desconocía ese hecho porque su padre se había negado a

revelarle los verdaderos motivos, porque estaba segura de que existían, pero ella era una hija obediente, y había cumplido la voluntad de su padre.

—Mi padre no puede desobedecer una orden del rey Jorge. Sé que ha lamentado mucho todo aquello que pasó, y que disculpa las acciones a posteriori del duque.

Elizabeth suspiró.

—Conozco el sentido de la lealtad de mi tío, actuó de la única forma que requería el honor —afirmó Richard. — ¿Por qué no te negaste con todas tus fuerzas? De verdad que estoy intrigado por todo este asunto.

—¿Crees que no lo hice? Pero mi padre entregó su palabra al rey, y no me permitió negarme.

—Adoptas una actitud demasiado complaciente, me parece —Richard bajó los ojos con pesar.

El tono triste de su primo logró enternecer a Elizabeth.

—No tengo más opción que conformarme —contestó.

—Una mujer en tu situación debería poder escoger al hombre con el que va a casarse —le dijo.

—Sé que hay una razón que me esconde para que aceptara la decisión del rey de favorecer a su noble preferido, y confío que algún día me la revele.

Elizabeth suspiró profundamente y Richard la miró de forma intensa.

—El ahora tu esposo prometió venganza hacia tu familia, os lo hizo pasar muy mal, sobre todo a ti —dijo el primo con ojos entrecerrados—. Muy tranquila te veo al respecto.

No estaba tranquila en absoluto.

—El duque no ha reclamado mi presencia tras la boda, por eso pienso que podré seguir aquí en Devon indefinidamente —le confió ella en un susurro quedo—: estoy convencida de que seré una esposa nominal, por eso me siento en parte tranquila.

Ese era el sueño de Elizabeth, vivir tranquila en el campo y alejada del hombre con el que se había desposado: el más vengativo, detestable y atractivo de todos. Ella se había sentido la mujer más feliz del mundo por que iba a casarse con él, pero todo su mundo se vino abajo cuando su padre delató al hermano menor, y el mayor tomó todas las represalias que pudo contra los Mortimer, comenzando por ella y por la boda que tanto había soñado. De amarlo como una muchacha inmadura, pasó a detestarlo como una mujer hecha y derecha.

—De verdad que me cuesta comprender que después de haberte

desdeñado en el pasado, ahora haya consentido en casarse contigo, algo no me cuadra —dijo el primo.

Elizabeth lo miró pensativa.

—Nuestro matrimonio ha sido ordenado por el rey.

—Entonces mayor motivo para desconfiar de las intenciones de Beaufort —cada vez que oía su nombre, se le desbocaba el pulso, e ignoraba si era por temor o desprecio—. Podrías venir a Raven House —le sugirió el primo cambiando de conversación.

Raven House era la casa familiar de Richard en Essex.

—Me encantaría ver a tía Rosalind, quizás me anime en un par de semanas.

Richard tenía una pregunta en la boca, y dudó en hacérsela a su prima, finalmente le pudo la preocupación.

—¿De verdad piensas que el duque espera entre vosotros un matrimonio nominal? Te recuerdo que el ducado de Goldfinch necesita un heredero.

Elizabeth soltó un suspiro. Lo último que necesitaba eran los comentarios cínicos de su primo para molestarla.

—No sé qué pensar Richard, hace ya varias semanas que me casé, pero el duque no ha movido ni un dedo para que vaya a su lado, tampoco quiero ir. Siento un rechazo muy profundo hacia él y todo lo que representa.

El primo hizo como si no la hubiera escuchado.

—Esta propiedad está demasiado apartada de todo, como lugar de vacaciones está bien, pero no para vivir todo el año, y menos sola.

No estaba sola, Elizabeth contaba con varios criados y un mayordomo, además del cochero y palafrenero que se habían desplazado de la mansión de Londres para prestarle los servicios necesarios en el campo. El marqués de Tilney estaba de viaje diplomático en París, y no necesitaba el carruaje familiar.

—Aquí soy feliz —se defendió ella—. El tiempo que esté mi padre en París, deseo pasarlo en este lugar alejado de todo.

—Vente conmigo a Raven House, mi madre estará encantada, y yo también, o a tu casa de Londres.

Elizabeth hizo un gesto negativo con la cabeza, su casa en Londres estaba demasiado cerca del castillo de Surrey, el hogar de su esposo.

—Quizás en un par de semanas, ya te lo he dicho antes.

Richard apretó la mano de su prima entre las suyas en un gesto de afecto sincero mientras negaba con la cabeza.

—A veces pienso que estarías mejor en París con tu padre —le dijo de pronto Richard—. No entiendo por qué motivo mi tío te ha dejado aquí sola.

El marqués de Tilney no tenía modo de saber que el duque no había reclamado la presencia de ella en el castillo de Surrey.

—¿Y si el duque te repudia? —le preguntó el primo.

Elizabeth lo observó con mirada brillante. Eso sería la solución, aunque su padre no podría recuperarse de semejante golpe dado a la familia, ni ella tampoco.

—No cabe el repudio sino la anulación, te recuerdo que mi matrimonio no ha sido consumado —trajo a colación la prima—. Y si ocurriera, pues entonces tendré que estar preparada —la voz de Elizabeth sonó demasiado emotiva.

Richard no supo qué responder a su prima para aliviar la desazón que le había provocado con sus dudas e interrogantes, pero es que todo lo relacionado con su inesperado matrimonio le olía muy mal. ¡Casarse por poderes! ¿En qué estaba pensando su tío?

—¿Valorarás al menos lo que te he dicho? —ella no le contestó, siguió mirando a su primo con cierta zozobra—. Tengo que marcharme.

—De verdad que estoy bien.

—Lamento no haber visto a Sophie —continuó el primo.

Elizabeth le sonrió. La pequeña Sophie era fruto de un desliz de su padre con una joven viuda residente en Thomton Heath, y que había muerto en el parto. Cuando su padre trajo a casa al bebé recién nacido, Elizabeth la amó de inmediato. Al principio se había mostrado consternada pues su padre ya tenía una edad considerable para ser de nuevo padre, pero ella quería a su hermana pequeña. Sophie tenía el pelo negro como ala de un cuervo y los ojos azules como los zafiros. No se parecía en nada a ella que era rubia y de ojos verdes. Su padre le había dicho que la niña se parecía a la madre: una mujer muy valiente que se había dejado la vida por traerla al mundo.

—Es posible que ya esté de regreso. El carruaje salió de Edimburgo a primera hora de la mañana —ella había partido de Benavon Cottage justo después de la boda, y había dejado a la niña a cargo de Mary hasta que solucionara todo en River Colne. Como ignoraba las intenciones del duque, había preferido dejar a su hermana en Escocia—. Si vienes conmigo podrás verla. Además, te has dejado los guantes encima de la mesa.

—Así tengo la excusa perfecta para volver pronto. Dale a Sophie un beso de mi parte —le dijo el primo—. Me muero por verla.

—¡Le he prometido una tarta de fresas para su llegada!

Las tartas de fresas eran la perdición de Sophie.

—Cuídate.

El beso en la mejilla le supo raro, como una premonición de que tardaría mucho tiempo en volver a verlo. Richard montó en su caballo, y, tras hacer una inclinación con la cabeza, lo espoleó para perderse en el horizonte.

Elizabeth dirigió su dócil montura hacia River Colne.

CAPÍTULO 4

El largo trayecto no había logrado quitarle el buen humor. Sabía que muy pronto daría comienzo su venganza, y, por ese motivo, los ruidosos caminos y el intenso sol del campo no conseguían abatirle el ánimo.

Sentía enormes deseos de ver la cara de su esposa cuando se presentara ante ella. Pensaba doblegarla hasta quebrarla por completo, porque de ese modo, el golpe dado al marqués sería mucho más efectivo. Todos sus intentos de arruinar al marqués tanto moral como económica, habían sido un fracaso, pero ahora tenía la oportunidad de herirlo con su posesión más preciada. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Y recordó a Lizzie, la hermosa y digna dama que había aceptado casarse con él. Durante el corto noviazgo, ella le había obsequiado con besos que todavía recordaba. Con promesas llenas de pasión en sus ojos de esmeralda que él no le había permitido cumplir. Lizzie, Lizzie habría sido la perfecta duquesa de Goldfinch, pero su padre había malogrado la vida de ambos acusando a su hermano William.

Charles miró, a través de la ventanilla el carruaje, los dorados campos de Devon, y no pudo menos que compararlos con su alma era vulnerable, pero no iba a permitir ni un resquicio que echase a perder sus planes tan cuidadosamente trazados. Cuando hubiese recibido el pago a la ofensa cometida, respiraría al fin, pero, hasta que ese momento llegase, nada lograría apartarlo de su meta.

Tratar de abrir la puerta de la casa con una tarta en una mano y una cesta de juguetes en la otra, resultaba toda una proeza. Elizabeth no podía tocar la aldaba para que acudiese Mary, la cocinera que la ayudaba en la casa y que también hacía de doncella personal. El precario equilibrio entre la mano y el codo para abrir el picaporte le arrancó una maldición. Cuando la puerta cedió unos centímetros, la empujó con el pie. Tras abrirse paso, notó que la sala se había enfriado, pues era más tarde de lo que pensaba. Se volvió sobre sí misma para cerrar la puerta nuevamente con el codo.

—¡Mary! ¡Sophie! ¡Ya he llegado! ¿Dónde estáis? Traigo una tarta y una botella de sherry dulce.

Ante el silencio en la sala, optó por dejar encima de la mesa la tarta y la cesta para atizar las ascuas de la chimenea. ¿Dónde estaba todo el servicio?

De pronto, un carraspeo varonil hizo que sus miembros se paralizaran. Inspiró profundamente y se dio la vuelta de forma muy lenta.

Charles Evans Beaufort, duque de Goldfinch, estaba frente a ella. Su presencia era tan imponente que durante un fugaz instante estuvo tentada de echar a correr.

Estaba sentado en el sillón de su casa junto a la librería y la ventana, que estaba parcialmente abierta. Los ojos de él rezumaban un frío que helaba, y le ofrecían una mirada llena de resentimiento lo que provocó que su estómago se encogiera. Elizabeth sintió una opresión en el pecho tan grande que le produjo un ahogo físico. Se llevó una mano a la garganta en un intento de contener un gemido.

Su corazón se aceleró, pero ella se quedó paralizada al sentir como esos profundos ojos azules dejaban sus ojos y recorrían su cuerpo de arriba abajo como si fuese mercancía para comprar. Contuvo el aliento ante la inspección de él, y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en sus pechos. No pudo evitar sonrojarse. La estaba desnudando con la vista. Nunca en el pasado había hecho algo así. Sentía como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo, percibía como la desnudaba y escrutaba su mente. Como acto reflejo se escudó en su genio, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo. Elizabeth había visto en su mirada un asomo de admiración, pero fue tan fugaz como un rayo.

—Buenas tardes, esposa.

La voz de él, con un timbre grave, estaba llena de impaciencia. Ella abrió los ojos por completo.

—Bu... enas... tardes... ¿Qué hace... aquí? —logró preguntar con la voz entrecortada.

Charles se levantó con premeditada lentitud, en un intento de ponerla aún más nerviosa.

—Algo obvio, esperarte —le dijo al fin, y Elizabeth retrocedió un paso de forma involuntaria.

«¿Dónde están todos?», se preguntó.

—Le he dado la tarde libre al servicio —Elizabeth parpadeó—. Soy el flamante esposo que viene a buscar a la flamante esposa, y nadie ha cuestionado mi llegada ni mis órdenes —respondió él adelantándose a sus pensamientos.

Esa burla no se la esperaba.

—Pero eso no ha respondido a mi pregunta sobre qué hace aquí —le

recordó Elizabeth con un hilo de voz.

Él gruñó con desagrado al mismo tiempo que la taladraba con ojos brillantes. Elizabeth estaba empezando a preocuparse. Su ilusión de vivir tranquila en el campo se iba esfumando a cada segundo que pasaba.

—Vengo a llevarte a tu nuevo hogar —le dijo.

Elizabeth dio otro paso hacia atrás. Percibió con notable claridad la tensión en los músculos de él. Su forma de controlar la ira apretando los puños junto a sus caderas, mientras la abrasaba con mirada vehemente. Sus ojos le decían una cosa, y la tensión de su cuerpo otra muy distinta.

—No puedo marcharse así de improviso —respondió—. Además, no estoy preparada para hacerlo —la sinceridad de ella le hizo enarcar una ceja.

Charles avanzó con una promesa en los ojos. Paseó su vista por la confortable estancia y abrió los labios en una sonrisa diabólica.

Elizabeth se fijó en el aspecto vigoroso que mostraba él. Era soberbio y arrollador mientras ella se encontraba asustada. Charles terminó por acorralarla entre su cuerpo y la chimenea, que no había podido encender momentos antes.

—Prepara tu equipaje —le ordenó de forma tajante.

Charles sonrió sin humor al ver el cúmulo de confusiones en el rostro de su esposa.

—El lugar de la duquesa de Goldfinch está junto a su esposo.

Según la ley sí, pero Elizabeth no esperaba un desenlace así. Si la odiaba, ¿por qué había aceptado casarse con ella? El genio de ella se avivó y no pudo controlarlo.

—¡No! —respondió con una exclamación. Elizabeth no podía irse así como así pues había personas que dependían de ella—. No puedo marcharme sin avisar a mi tía Rosalind ni al servicio —le explicó suavizando el tono.

Su tía vivía en Essex, pero el duque no tenía modo de saberlo. Charles soltó una carcajada estridente y volvió a fijar sus fríos ojos sobre ella de forma premeditada.

—En Surrey comenzarás tu penitencia como duquesa de Goldfinch —un escalofrío involuntario la hizo tiritar.

Ella no había cometido ningún pecado que requiriese penitencia.

—Solo Dios puede decidir algo así —le dijo de pronto—, y no he cometido ningún mal.

Charles sujetó la mano femenina con fuerza. Elizabeth trató de apartarla mientras hacía un gesto de dolor ante la presión que él ejercía sobre su

muñeca.

—De ahora en adelante, para ti soy Dios —los ojos de ella brillaron atónitos por la blasfemia, pero Charles le sostuvo la mirada con una altivez que la acobardó. Aun así trató de quemar un cartucho de salvación.

—No puedo marcharme porque hay gente que depende de mí, además, pienso solicitar ante el obispo una anulación de nuestros esponsales.

Acababa de confesar sus planes secretos, los que no le había contado a su primo ni a su propio padre. El matrimonio no había sido consumado, y ahora que lo veía a él en persona después de tres años, no le gustó en absoluto lo que percibió. Ella no quería seguir casada con él. Si había albergado alguna duda, se había esfumado por completo con su repentina llegada.

Los dedos de Charles aprisionaron aún más la carne tierna del delicado brazo. Ver a la hija del responsable de la muerte de su hermano, hizo que su corazón diera un salto peligroso. El deseo de lastimarla era poderoso, pero no era estúpido. Su plan para ella era mucho más cruel.

—Ningún obispo accederá a la anulación de nuestro matrimonio.

Nada la había preparado para la furiosa tormenta que desató la boca de Charles sobre la suya. El beso violento penetró por cada poro de su cuerpo, haciendo que su temor aumentara. Se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, y fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él. Ya no la obligaba, había liberado su brazo, y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino. Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar, y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en ella. Sin saber qué debía hacer entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrar en el interior de su boca. Cuando sintió aquel contacto se estremeció. No era la primera vez que la besaba así pues ya lo hizo en el pasado, en ese momento todas las barreras de años que ella había construido se vinieron abajo, pero Charles acabó el beso de forma precipitada a la vez que el iris azul de sus ojos le ofrecía un brillo de desdén. Elizabeth no encontraba las fuerzas para seguir respirando, navegaba entre el miedo y la incertidumbre en la misma proporción.

—¡Prepara tu equipaje! —exclamó, pero Elizabeth volvió a negar suavemente con la cabeza. No había en toda Inglaterra mujer más bella y voluntariosa que ella—. Puedo llevarte a rastras a Surrey, tengo todo el derecho sobre ti, tu padre se encargó de ello —añadió, y sus palabras estaban cargadas de razón, pero aun así Elizabeth siguió en su negativa de forma dócil

para no enfurecerlo todavía más.

—Este matrimonio ha sido un error, ahora lo veo claro —confesó en un susurro—. Y no pienso moverme de River Colne.

El duque era un hombre imponente, pero Elizabeth tenía una personalidad fuerte y decidida. Había accedido al matrimonio para no desairar al rey, pero en modo alguno iba a seguir casada con él.

Charles seguía alimentando la confusión de Elizabeth con su presencia.

—¿Piensas que ese detalle importa ahora? Tu padre me obligó a casarme contigo, y pienso sacar ventaja de ello.

—¿Qué ventaja? —su sonrisa la molestó—, y le recuerdo que fue el rey y no mi padre el responsable de este infortunio.

—El rey y el marqués de Tilney —corroboró las palabras de ella.

Elizabeth parpadeó con nerviosismo. Acababa de comprobar que su esposo seguía buscando vengar la muerte de su hermano menor, y ella se había convertido en la pieza a abatir.

—Es imposible devolverle la vida a William, pero podemos evitar hacernos un daño mucho mayor —Charles la miró con profundo desprecio—. Aún podemos anular este matrimonio.

Charles creyó que era estúpida de remate. ¿Creía por un momento que iba a renunciar a tomarse la revancha? Vivía por y para responder con la misma ofensa, ella no podía negociar lo contrario.

—Puedes aprovechar el tiempo preparando tu equipaje o puedes perderlo y acompañarme con lo puesto, tú decides.

Elizabeth volvió a inspirar impotente, con una mirada desdichada en su rostro, pero él era inmune a su infelicidad.

—No puedo abandonar mi casa, mi familia —respondió—. No pienso hacerlo —se plantó.

Elizabeth temblaba por dentro, pero se mantuvo firme.

—Desde este momento harás todo lo que yo te diga.

Elizabeth cerró los ojos antes de suplicarle.

—No deseo acompañarlo, y no puede obligarme —ella no se esperaba la carcajada violenta que surgió de forma abrupta de la garganta de Charles.

—Si fuese un prometido complaciente, podrías albergar ciertas esperanzas de que aceptara tu negativa, pero un marido posee ciertas prerrogativas que has olvidado —Charles calló un momento antes de continuar

— . Prepara tu equipaje o juro que te arrastraré hasta Surrey a la fuerza.

Elizabeth vaciló un instante de forma inconsciente. Sabía que él era capaz de cumplir la amenaza sin un titubeo, sin embargo, sus pies se negaban a dar el paso de su destierro de River Colne.

—¿Puedo escribir una nota? —preguntó sumisa. Charles asintió.

Elizabeth buscó una pluma y un trozo de papel y garabateó unas frases donde explicaba de forma breve que tenía que partir de forma inmediata a Surrey pues su esposo había llegado a buscarla. En la nota mencionaba que regresaría muy pronto. Dejó anotado dónde tenía guardado el dinero en la casa y le ordenó a Mary que no le dijera nada a su primo Richard sobre su marcha precipitada, y le pidió que cuidara a Sophie hasta que ella regresara. Elizabeth dobló la hoja de papel y la dejó sobre la mesa de madera al lado de la tarta.

—Ahora recoge lo imprescindible, porque no pienso esperar ni un minuto más —anunció Charles.

Elizabeth metió en un pequeño bolso de viaje un vestido de diario, un chal, y algo de ropa interior. Charles estaba cansado de esperar, por ese motivo, cuando su mujer se paró en el último escalón, asió el pequeño bolso de viaje y la sujetó por la cintura de forma brusca. Elizabeth se sentía tan sorprendida como atemorizada.

El resto de sus pertenencias quedaron olvidadas en la silenciosa casa, pero Elizabeth pensó que ella no iba a estar casada con semejante bestia por muy duque de Goldfinch que fuera. Ahora entendía por qué motivo había accedido él al matrimonio, y ahora más que nunca ella estaba empeñada en anularlo.

CAPÍTULO 5

Charles no apartaba los ojos del rostro atribulado de su esposa mientras el carruaje continuaba su marcha. El silencio de Elizabeth le ofrecía un breve consuelo, pero estaba decidido a lastimarla. Confiaba en que no se resignara a su suerte, porque de ese modo su venganza no sería completa.

Elizabeth se negaba a mirarlo para no ofrecerle el gusto de verla nerviosa ante su futuro incierto.

—¿Mi padre conoce sus intenciones? —le preguntó en un intento de disfrazar su desaliento.

Charles no despegó los ojos de su rostro ni le ofreció un atisbo de calor. Seguía escudriñándola con atención, tratando de encontrar sus puntos más débiles para usarlos convenientemente cuando llegase el momento.

—Mi desleal suegro tiene conocimiento de que he venido a buscarte para llevarte a mi hogar como duquesa —Elizabeth entrecerró los ojos—. Lo he dejado todo bien atado, querida —añadió en un tono despectivo que le provocó un escalofrío—. He sido claro, convincente, y también determinante.

La sorpresa se dibujó perfectamente en el rostro de Elizabeth.

—Pero ese no es ese el motivo, ¿verdad? No voy a ser una esposa respetada ni una duquesa digna, porque así no completaría su venganza sobre los Mortimer.

Charles no contestó, bajó su mirada hasta el escote femenino que subía y bajaba debido a la respiración entrecortada.

—Tengo grandes planes para ti —le informó.

Elizabeth no supo cómo tomarse esas palabras que le habían sonado como una seria amenaza.

—¿Mi decisión no cuenta? —inquirió.

—Podrías haberte negado a este matrimonio, pero no, eres demasiado ambiciosa, ¿verdad?

Charles volvió el rostro con desdén logrando que el corazón de ella se encogiese.

—Nunca he sido ambiciosa, y no pude negarme a este matrimonio, pero, eso fue antes, porque ahora sí que lo niego —dijo desesperada—. ¿Qué desea de mí?

—Lo sabrás cuando lo crea oportuno, ni un momento antes ni un momento

después.

Elizabeth no picó el anzuelo. En medio de su turbulencia emocional confió en buscar un medio para comunicarse con su primo Richard para que la ayudara escapar.

—¡Jamás! —gritó Charles, Elizabeth dio un brinco ante la violenta exclamación.

Le había leído el pensamiento, y, ser consciente de ese detalle, la dejó completamente turbada. ¿Cómo podía conocer sus pensamientos escondidos? ¿Leer en sus recelos más guardados? Estaba atónita.

—Lamento que nos odie —le respondió Elizabeth en un susurro.

Charles parpadeó una sola vez.

—No más de lo que me odio a mí mismo —respondió él con acritud.

Los ojos de ella mostraron un brillo de compasión que él no agradeció. Charles arrastró su cuerpo grande y musculoso hasta el borde del asiento de terciopelo, con la cabeza casi rozando la de ella. El sentimiento de aversión intenso e incontrolado que pudo apreciar en su rostro, le puso a Elizabeth la piel de gallina.

—Si hay algo que no puedo soportar es que tú, la hija del verdugo de mi hermano, me muestres compasión. Nunca más volverás a hacerlo, ¡lo juro!

El corazón de Elizabeth se aceleró. Contuvo un suspiro ante la inspección de él. Volvía a desnudarla con la vista. Sentía como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo, podía sentir como la desnudaba y escrutaba su mente. Como acto reflejo se escudó en su genio, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo porque Charles rodeó con sus manos la nuca de ella y la besó con fiereza, obligándola a abrir la boca a su demanda. Ella no se esperaba ese ataque a sus sentidos. La fuerza al sujetarla y el rencor que advertía en sus labios le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No, por favor, no! —suplicó.

Charles desoyó su protesta y siguió sometiéndola con sus besos y sus manos, que buscaban su carne dentro de la ropa. Ella se debatía con fuerza, pero las manos de él la sujetaban con tenacidad. Elizabeth apenas podía respirar, y por ese motivo dejó de luchar al comprender que si él decidía tomarla allí mismo en el carruaje, poco podría hacer para evitarlo.

Charles notó el brusco cambio en el cuerpo de su esposa y decidió usar otra táctica para obligarla a responderle. Suavizó el beso, que se convirtió en una caricia íntima. Sus manos se tornaron sutiles, ligeras. Rozaron la piel de forma exquisita, como si fuese la más delicada de las flores, y su lengua siguió

explorando en la húmeda cavidad, despertando los sentidos de ella y apaciguando en parte su temor. Le inclinó la cabeza hacia atrás de forma lenta, dulce, para dejar al descubierto la totalidad de su cuello, y entonces comenzó a bajar los labios en un premeditado recorrido que fue dejando un reguero ardiente al paso de su lengua.

Elizabeth perdió la noción y el sentido del verdadero motivo por el cual la estaba besando. Las pulsantes sensaciones en la base de su garganta la hicieron estremecerse y lanzar un gemido ahogado, logró que Charles se detuviera. Había pretendido castigarla, doblegarla a su merced, pero el suspiro de placer de ella había sido tan certero para él como un puñetazo en el estómago. Había estado tan pendiente del sabor de su piel, que había olvidado el motivo de su asalto, pero se propuso no sucumbir nunca más al encanto de su esposa.

Elizabeth tardó un instante en percatarse de que él ya no la estaba besando, de que había puesto una distancia prudente entre los dos, aunque seguía notando su aliento en el rostro. Abrió los ojos al fin para encontrarse con una mirada fría. El alma se le cayó a los pies al comprender cuál había sido el inicio de su venganza: hacer que lo deseara y dejarla a continuación saboreando el poder que tenía sobre sus besos.

—Nunca olvides que puedo hacer contigo lo que desee. Que puedo usarte de la forma que más me plazca —le dijo Charles en un tono que le provocaba escalofríos.

Elizabeth asintió de forma sumisa, pero sus palabras despectivas avivaron su genio, y no contuvo su réplica.

—¿En cualquier lugar, incluso aquí en un carruaje de alquiler? —preguntó con voz herida.

Ella era una dama, pero su esposo la trataba como a una furcia. Charles entrecerró los ojos antes de responder. Volvió a su posición inicial en el mullido sillón y cruzó una pierna sobre la otra.

—Tu atractivo no alcanza las cotas de mi interés hasta el punto de querer follarte en un carruaje. Valoro sobre todo mi comodidad —le espetó de forma mordaz.

El insulto le dejó bien claro lo que Charles sentía por ella. Un enojo bien enraizado subió por el pecho de Elizabeth y le coloreó las mejillas.

—Me complace saber lo poco atractiva que me encuentra porque de esa forma no tendré que temer que me ataque como un vulgar delincuente.

Se dejó caer hacia atrás, y pasó su brazo por el rostro. Nada le iba a

servir para escapar a su destino, de nada iba a servirle patalear ni llorar, no ahora. Tendría que buscar algún medio para poder recuperar su libertad. Cuando llegara a Londres encontraría alguna forma de salir de ese atolladero. Sí, cuando llegara a Londres. Con este pensamiento tranquilizador giró el rostro hacia la ventanilla y se dedicó a observar los campos, pero su tranquilidad duró muy poco.

—No eres la misma boba del pasado, lo reconozco, pero me enfurece que me haya visto obligado a desposar a una avariciosa sin escrúpulos deseosa de un título —Elizabeth pensó que era la segunda vez que la acusaba—. Porque toda esta pantomima se resume al título que ahora ostentas como duquesa de Goldfinch.

—Y, entonces, ¿por qué desea continuar este matrimonio con una avariciosa sedienta de su título? —le replicó sin mirarlo—. Porque ya le he ofrecido la solución a nuestro problema.

Charles apretó los labios con ira desmedida al escucharla.

—Tengo planes para ti—le dijo de forma despectiva y sin medir las palabras—. Una vez hayas cumplido mis propósitos, consideraré que tu deuda ha quedado saldada, entonces es posible que considere lo de la nulidad.

Elizabeth respiró con un profundo alivio, pero si hubiera sospechado por un momento lo que él tenía planeado, habría caído desmayada por el horror.

—¿Planes? —preguntó, y la boca de Charles se abrió en una sonrisa pedante.

—Pronto lo sabrás, pero hasta entonces, confío en que no me molestes más de lo necesario con tu presencia, porque no tolero ni mirarte.

CAPÍTULO 6

Para sorpresa de Elizabeth, su esposo no la llevó directamente a la propiedad de Surrey, sino que juntos habían embarcado en la ciudad de Plymouth en un gran velero que pertenecía a una de sus navieras. Charles le había informado que harían el resto del recorrido en barco porque tenía que tratar asuntos muy importantes en la ciudad de Dover donde atracarían algunas horas. Elizabeth solo había cogido un vestido ligero creyendo que irían directamente a Surrey, pero se había equivocado. Era una pasajera con solo dos vestidos, por ese motivo había declinado asistir al comedor de la nave, y almorzaba y cenaba sola en el interior de su camarote, pero por las tardes salía a pasear por cubierta. Ignora qué hacía su esposo durante las horas del día, pero se abstuvo de hacerle preguntas al respecto.

Se inclinó sobre la barandilla de madera mientras sonreía por las gotas de espuma que le salpicaban el rostro. El Otter, que así se llamaba el velero de tres mástiles, continuaba su rumbo.

A lo lejos divisó algunos delfines que recorrían las frías aguas. Una brisa repentina arrancó el sombrero de su cabeza e hizo que volara por la popa del buque hasta aterrizar en las hamacas colocadas en el pasillo de estribor de la nave. Elizabeth se sujetó las amplias faldas. Dirigió unos pasos vacilantes por las tablas de madera hasta alcanzar el lugar exacto donde había caído su sombrero, pero este volvió a elevarse entre las hamacas a cada intento que hacía de sujetarlo. La risa le reverberó en la garganta al instante, ya que era completamente incapaz de alcanzarlo y el sombrero seguía su recorrido por el pasillo, como burlándose de sus intentos fallidos de atraparlo.

Elizabeth meneó la cabeza con resignación porque sabía que su sombrero iba a terminar planeando por la barandilla de madera hasta el mar, y entonces sí que ya no podría recuperarlo. De pronto, una bota pisó las cintas y detuvo la andadura. Elizabeth alzó los ojos desde el zapato hasta el rostro masculino que la miraba con interés. Con un gesto de la cabeza, el hombre se inclinó ceremonialmente y cogió el sombrero que había quedado bastante maltrecho por el pisotón de la suela de cuero.

—Lo lamento.

La disculpa del desconocido sonó bastante sincera. Elizabeth amplió la sonrisa ante el salvador de su prenda.

—Muchas gracias, y no se preocupes pues tiene arreglo. Si hubiera aterrizado en el mar, hubiese sido imposible recuperarlo —le dijo Elizabeth.

El hombre le correspondió con una sonrisa. La mujer pudo apreciar que tenía unos dientes blancos y perfectos. Admiró los ángulos musculosos de la cara y el corte perfecto de su cabello castaño que se ondulaba a la altura de la nuca.

—Peter O’Sullivan, es un placer.

El hombre cogió la mano que le tendía la muchacha, y, tras besarla, la detuvo para mirar el anillo con el emblema del ducado de Goldfinch. Elizabeth retiró la mano enseguida, pues no podía soportar aquellas confianzas. El hombre se puso ceñudo ante la imprevista reacción de la extraña criatura. Era hermosa hasta decir basta.

—Elizabeth Mortimer —correspondió ella, pero no se percató del brillo de reconocimiento que acudió a la mirada de él ante la mención de su nombre.

—Qué coincidencia, lady Mortimer, conozco a su padre y a su primo Richard, que es un gran amigo mío.

Elizabeth frunció el ceño tratando de recordar si conocía al individuo en cuestión, pero estaba convencida de que no lo había visto por la casa de sus padres. «¿Había dicho que era amigo de Richard?», se preguntó extrañada.

—Richard y yo servimos en el mismo regimiento.

—Mi primo nunca le mencionó.

—Llámeme Peter —la interrumpió, pero ella negó con la cabeza algo escandalizada.

—No sería correcto —le contestó.

El hombre asintió al comprender su reticencia, que estaba justificada pues apenas se conocían.

—Acompaña a Raymond Clyff —le dijo él.

Raymond Clyff era socio del marqués de Tinley, su padre, ella ignoraba que navegaban en el mismo barco.

—Raymond, mi padrino, mantiene negocios con el duque de Goldfinch —añadió Peter.

—No tenía conocimiento de ello pues conozco a su padrino.

Peter la miró con sorpresa.

—¿Conoce a mi padrino? —preguntó, pero Elizabeth simplemente le ofreció una sonrisa a modo de respuesta.

Peter O’Sullivan era un hombre imponente, y, si había servido en el ejército junto a su primo, debía rondar los treinta años, aunque unas pequeñas

arrugas alrededor de los ojos oscuros le hacían parecer mayor. Le gustó la franqueza de su expresión.

El hombre, que la miraba con sumo interés, fue capaz de comprender la sucesión de emociones que dejaba traslucir el rostro de ella.

—Asistí con su primo a una fiesta en Raven House cuando se licenció con honores del ejército —ella también había asistido a la fiesta, pero no recordaba al apuesto caballero amigo de su hermano—. Lamenté mucho que dejara su carrera militar.

Elizabeth asintió dubitativa. Lo que el señor O'Sullivan ignoraba era que su primo había dejado el ejército por su padre, no por voluntad propia.

—Es una pena que no coincidiéramos entonces —le dijo ella. Peter se llevó una mano al pecho fingiendo un dolor intenso.

—Mi corazón no podrá recuperarse de ese descuido, lady Mortimer —el semblante de Elizabeth se ensombreció al escuchar el título que ya no podía utilizar porque era una mujer casada—, pero llevo en el ejército doce años.

Doce años en el ejército era mucho tiempo. Debía de haber ingresado muy joven.

—Soy lady Beaufort, pues estoy casada con el duque de Goldfinch —le mencionó con suavidad. Peter ya lo sabía—. ¿Está de permiso? Del ejército, me refiero.

—Un permiso especial, sí, hasta que mi padrino regrese de nuevo a Cornualles. ¿Puedo hacerle una pregunta un tanto personal? ¿Viaja sola?

Elizabeth negó con la cabeza. El brillo de interés en los ojos de Peter lograba incomodarla.

—No, acompaño a mi esposo.

—Acaba de romperme el corazón, su Excelencia —Elizabeth entrecerró los ojos confundida por la ligereza en las palabras de él al mencionarle el título que ahora tenía como duquesa—. Creí que los días que nos quedaban de navegación, serían mucho más interesantes con su presencia.

Elizabeth meditó un instante sobre esas palabras que la incomodaron.

—Pronto llegaremos a Dover —le anunció.

—Será un placer ofrecer mis respetos a su esposo —continuó él con voz marcial porque había visto la duda en sus ojos.

—Es posible que nos veamos en el comedor —respondió ella con voz neutral.

Apenas había visto a Charles en los dos días que llevaban de navegación. Almorzaba sola en el camarote y se dormía antes de que él llegara. Sabía que

su marido descansaba en la parte de la cama que le correspondía porque escuchaba su respiración acompasada, y veía las sábanas revueltas por la mañana.

—Entonces quizá no le importe que la acompañe en sus paseos. Sería imperdonable que le ocurriese algo —dijo Peter.

Elizabeth dio un paso hacia atrás con desconfianza. Temía darle una impresión equivocada.

—No sería correcto, pero se lo agradezco.

La mano de Peter seguía sosteniendo la suya con descaro. Elizabeth hizo un movimiento para que la soltara. Por momentos se ponía más nerviosa.

—Comprendo —le dijo él en un susurro—, aunque confío en que podamos mantener una cierta amistad. Londres es una ciudad que no conozco, y sería de gran ayuda tener una conocida allí.

Ella podía entender ese sentimiento.

—Por supuesto que le ayudaré en todo lo que pueda en su estancia en Londres. —Peter soltó su mano y ella la mantuvo durante un instante suspendida en el aire antes de dejarla caer junto a su falda—. Dígale a su padrino que estaré encantada de saludarlo en nombre de mi padre, el marqués de Tilney.

—Tiene mi palabra de que le informaré de esta agradable coincidencia —respondió Peter.

Elizabeth se dio la vuelta y retomó el camino hacia su camarote llena de dudas.

CAPÍTULO 7

La luz parpadeante de la lámpara de gas del camarote daba al rostro de Charles un aspecto fantasmagórico. De pie, junto a la puerta, contemplaba silencioso a Elizabeth.

—Hoy cenarás en el comedor —Elizabeth alzó la vista de la pluma que sostenía entre los dedos y miró a su esposo durante un breve instante sin comprender—. El capitán nos ha invitado a cenar en su mesa. Me ha resultado imposible declinar su amable ofrecimiento —le explicó Charles sin parpadear. Mantuvo los hombros rígidos y miró su vestido arrugando el ceño.

Todo el vestuario de gala de Elizabeth se había quedado en la propiedad de River Colne, y no podía presentarse a una cena con el mismo atuendo que llevaba desde el comienzo del viaje, porque el otro vestido de diario estaba sucio y arrugado.

—Emma... quiero decir lady Taylor va a prestarte un par de vestidos —le dijo él.

Elizabeth iba de sorpresa en sorpresa. Ignoraba quién era Emma, pero antes de preguntar a su marido, tocaron a la puerta del camarote. Charles la abrió con una sonrisa tan deslumbrante que la dejó perpleja.

—Lady Taylor, muchas gracias por su atención —dijo Charles—. Mi esposa está encantada de su generosidad.

Elizabeth se fijó en la hermosa morena que cruzaba el umbral de su camarote cargada con unos vestidos. Le hizo una inclinación con la cabeza antes de dedicarle una mirada suspicaz. Ella seguía sentada en el escritorio frente a la carta sin terminar.

—No sabe cuánto lamento que perdiera su equipaje. Charles nos ha contado el desafortunado incidente. Imagino lo enfadada que debe sentirse de que sus ropas vayan camino de las Indias —comentó Emma con una sonrisa.

Esa era la explicación que había dado Charles para justificar la ausencia de ella en los almuerzos y las cenas en el comedor del buque.

—Sí, es un gran inconveniente —respondió.

Emma le ofreció una sonrisa compasiva y Elizabeth la miró de pies a cabeza, evaluándola. La mujer era bastante más delgada y menos voluptuosa que ella, y dudaba que uno de sus vestidos pudiera servirle.

—Le he traído algo de mi doncella pues tiene más o menos su talle —

Elizabeth se lo agradeció en silencio—. Son ropas modestas, pero imagino que estará deseosa de poder llevar algo diferente. Yo no sabría qué hacer sin mi vestuario.

Los ojos de Elizabeth se desviaron hacia Charles que seguía absorto en el escote de la mujer, y, sospechosamente callado.

—Le estoy agradecida —respondió. Emma comenzó a sacar la muda y la dejó extendida en la pequeña cama. El vestido de color gris y ausente de adornos no la molestó, todo lo contrario. Como hija de marqués su vestuario era imponente, salvo en su casa de River Colne donde era más modesto pues no le gustaba mostrarse presumida en el campo.

Charles arrugó el ceño ante la aceptación de Elizabeth. Al parecer a su esposa no le preocupaba vestir ropas de sirvienta, pero su pretensión al traérselas había sido otra. ¡Quería humillarla!

—¿Cómo podré agradeceréselo? —añadió Elizabeth.

Emma siguió sonriendo sin apartar los ojos de Charles. Elizabeth supo que la mujer se sentía atraída hacia su marido, pero no se sorprendió. Su esposo era un hombre muy apuesto, de carácter enigmático, y sumamente atrayente. Un jeroglífico difícil de descifrar para una mujer.

—La acompañaré de vuelta —se ofreció Charles—, es lo mínimo que puedo hacer por usted después de tanta generosidad.

Elizabeth vio que ambos salían del camarote intercambiando miradas coquetas. No supo calibrar si habían intimado ya, pero la mano de su marido en la espalda de la mujer le decía mucho al respecto.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, se dirigió hacia la cama y miró la ropa con más detenimiento. Levantó la barbilla en un gesto altivo que no pudo contemplar nadie, a ella no le preocupaba vestir ropas de sirvientas, sino el hecho de que su esposo tontease con otra mujer estando ella presente.

El hermoso comedor de la nave le arrancó un suspiro leve. Observó las mesas redondas ricamente ataviadas con manteles de hilo bordado en unos tonos azules muy suaves. Tenían bonitos jarrones llenos de flores que olían muy bien. Vio la mesa del capitán con seis asientos, dos de ellos estaban ocupados por la lady Taylor y por un hombre que no conocía. Charles la dirigió hacia ellos. Cuando alcanzaron la mesa, el hombre sentado al lado de Emma se levantó para presentarle sus respetos.

—Lady Beaufort, es un placer contar con su compañía esta noche — Elizabeth le sonrió.

—Lord... — Elizabeth no pudo terminar la frase, pues desconocía el nombre del caballero. Charles la ayudó:

—Guy Taylor, hermano de nuestra benefactora.

Antes de poder corresponderle en el saludo, llegaron a la mesa los dos comensales que faltaban. Peter O'Sullivan y su padrino.

—¡Me alegro de verla, lady Beaufort! —Elizabeth aceptó de buen grado el saludo del hombre pues le pareció auténtico—. Cuando mi ahijado me contó que estaba usted en el barco, llegué a pensar que podría ver a su padre el marqués.

—Mi padre se encuentra en París en viaje diplomático.

—¿Cómo es posible que su padre no me haya informado de su regreso a París?

Elizabeth no tenía una respuesta que ofrecerle, pero Peter acudió en su ayuda sin sospecharlo.

—Lady Mortimer, encantado. —¿Era su imaginación o Peter sostenía su mano más tiempo del permitido? Antes de poder ofrecer una respuesta, Peter se volvió hacia la rubia con suma galantería—. Lady Taylor, es un placer, como de costumbre—. De nuevo, posó los ojos en Elizabeth, con un brillo especulativo en la mirada que a ella no le gustó en absoluto.

—Permítame que le presente a mi marido —le dijo Elizabeth, pero Charles se adelantó.

—Gracias, querida —Charles aceptó la mano de ambos hombres sin que a su rostro asomase emoción alguna.

—¿Cómo es posible que mi buen amigo Frank no me haya invitado a la boda de su única hija? ¡Me siento ofendido!

—Me casé en Escocia —contestó Elizabeth mirando fijamente a su esposo que le sostenía la mirada—. Difícilmente pudimos invitar a los amigos.

La voz del capitán sacó a Elizabeth de su ensoñación. Estaba completamente atrapada en la mirada azul zafiro de su esposo. Todos se levantaron a la vez para brindarle el saludo cortés.

—Señores, comencemos la cena.

Charles no se perdía detalle alguno de la conversación que mantenían su esposa con los diferentes comensales. Elizabeth era una beldad. De ademanes exquisitos y sonrisa de ángel.

Todos los comensales invitados a la cena se levantaron al unísono cuando el capitán la dio por terminada.

—Les sugiero, señores, que den un paseo por cubierta, la noche es en

verdad magnífica —anunció el capitán y, tras una inclinación de cabeza, abandonó el comedor.

—¿Se une al paseo, Elizabeth?

La pregunta sibilante de Peter la intranquilizó. Contempló en sus ojos la clara fascinación que sentía, pero este era un interés que ella no había alimentado.

—Lady Beaufort agradece su invitación.

Charles había conseguido responder y corregir a Peter a la vez. Elizabeth estaba tan sorprendida, que no pudo objetar nada cuando Peter le ofreció el brazo. Charles había aceptado en su nombre sin preguntarle a ella si le apetecía dar un paseo. Miró a su marido con tristeza, pero comenzó a dar los pasos hacia la cubierta acompañada de Peter, seguidos de Guy y Emma. Charles se había quedado en la mesa junto a su padrino para degustar una copa de coñac.

CAPÍTULO 8

Elizabeth deshacía los rizos del moño de su cabeza con dedos diestros, pero completamente perdida en pensamientos. El interior del camarote estaba prácticamente en penumbra, ella hacía ese trabajo de forma rítmica sin prestar atención al movimiento de sus manos. Durante el paseo por cubierta había estado tan concentrada en sus dudas, que apenas había prestado atención a la conversación de Peter. Eran tantas las preguntas y tan pocas las respuestas, que no sabía a qué atenerse con respecto a la actitud de Charles.

Su marido se había mostrado ausente durante la cena, pero a la vez vigilante. Seguía la conversación mantenida por ella y el resto de comensales, y no parecía molesto por las continuas interrupciones y preguntas personales realizadas por Peter O'Sullivan. Otro hombre se hubiera tomado como un insulto las atenciones sobre su esposa, pero él no. Cogió el cepillo de plata y comenzó a darse una pasada lenta y suave por el cabello, totalmente absorta.

La puerta del camarote se abrió repentinamente. Charles se quedó parado en el umbral y la miró intensamente. Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en él. No lo dejaba razonar. Cuando había ido a buscarla a Dover tenía un propósito muy claro para ella, ahora no tanto.

—¿Aún no te has acostado? —preguntó.

Ella hizo una mueca ante lo obvio. El paseo por la cubierta la había retrasado.

—Será solo un momento —respondió Elizabeth.

Charles comenzó a deshacerse el nudo del pañuelo.

—Cuando estemos instalados en Surrey ofreceremos una cena en honor a Peter O'Sullivan —anunció.

Elizabeth dejó de cepillarse el cabello para tratar de asimilar las palabras de su marido. Su mirada le produjo un escalofrío en el cuerpo que no pudo contener.

—¿Una cena en honor a lord O'Sullivan? —la voz había sonado llena de incredulidad.

—¿No es eso lo que acabo de decirte? —contestó.

Elizabeth apretó la boca ante lo que se avecinaba. Si Charles quería iniciar una discusión, pensaba ofrecérsela encantada. Se sentía crispada por la soledad, por los cientos de interrogantes que la acosaban sin que pudiese

encontrar respuestas. Además, necesitaba dar salida a la ira acumulada: la había obligado a marcharse con él, y la había ignorado el tiempo que llevaban de viaje...

—Una cena en su honor puede ser la ocasión perfecta para que perciba tus encantos.

Elizabeth parpadeó atónita. Él no podía hablar en serio.

—No es mi intención que perciba mis encantos —respondió ella.

Charles la miró con atención. Elizabeth había desviado los ojos hacia el espejo, pero sabía que tenía toda su atención puesta en él.

—Pero es mi deseo que lo hagas —insistió—. Que despiertes su deseo.

Esas palabras la golpearon. ¿Alentar los deseos de O'Sullivan? Era demencial. ¿Por qué motivo deseaba algo así?

—¡No pienso hacer tal cosa! —la exclamación salió por su boca antes de poder contenerla.

Él avanzó hacia ella con el torso desnudo y con un brillo peligroso en sus ojos.

—Una mujerzuela mostrando escrúpulos —la insultó él.

Elizabeth bajó los párpados para ocultar el dolor que le habían provocado sus palabras.

—Lo que pretende que haga es un pecado contra Dios. —Elizabeth tenía el cepillo tan apretado que los nudillos se le pusieron blancos—. Soy una dama, educada en una familia honorable.

El brillo de las pupilas de su marido le producía quemazón.

—Harás lo que yo te diga, o haré de tu vida un infierno.

«¿Un infierno?», se preguntó consternada.

—¡No pienso deshonrar el buen nombre de mi padre! —exclamó ofendida hasta la médula.

Ahora entendía los planes del duque para ella: deshonrar su apellido. Su padre no resistiría que fuera tachada de adúltera pues sería señalado en todos los círculos sociales. Como ya no podía dejarla plantada buscaba otro tipo de humillación para ella.

Charles la sujetó por los brazos y la levantó del sillón para zarandearla, pero ella no protestó.

—¿Acaso no te deshonraste ya cuando aceptaste este matrimonio? —le increpó en un tono de voz helado.

Elizabeth cerró los ojos y bajó la cabeza, pero al momento alzó el rostro con altanería. Le sostuvo la mirada con aflicción.

—Acepté este matrimonio porque soy una súbdita obediente, pero no pienso incluir en mi lista de pecados la transgresión de adúltera porque mi padre no se merece una deshonra así, y le advierto que no aceptaré sus amenazas —Charles la soltó de repente y la escudriñó de pies a cabeza, verla vestida solo con la camisola había canalizado su interés en su físico y no en los planes que tenía para ella. Elizabeth no se percató del cambio sutil en su expresión, ni del brillo acerado de sus pupilas.

Charles pasó uno de sus dedos por el brazo desnudo de ella y se sorprendió de su suavidad. Al momento, los pezones de ella se endurecieron debido a ese efímero contacto. Cruzó los brazos sobre el pecho para tapar la evidencia completamente mortificada.

Qué ingenua era si creía que podría engañarlo tan fácilmente. Charles casi pudo saborear el comienzo de su venganza. Su culminación iba a llegar más pronto de lo imaginado.

—Puedo adiestrarte para que puedas llevártelo a la cama —apuntó él.

No podía haber escuchado bien. Lo miró con el horror pintado en el rostro. Elizabeth ni se lo pensó, le cruzó la cara de un bofetón.

—Difícilmente podría instruirme sobre algo que no está a su alcance.

—¿No está a mi alcance? —inquirió.

—Corromperme —contestó.

La respuesta de Elizabeth fue como un golpe en su estómago que lo desconcertó. Por un momento la había deseado.

—Gracias por recordarme mis palabras, pero no tienes de qué preocuparte. Siento demasiado desprecio por tu persona para olvidar mis intenciones con respecto a ti —Elizabeth aguantó un grito ante el insulto.

Charles disfrutaba de vejarla. Se lo había dejado muy claro en River Colne, quería destruir la reputación de su padre usándola a ella, pero Elizabeth no era una mujer que se achantara ante las dificultades, y el despecho la hizo ser imprudente en sus palabras.

—Me alegra comprobar que es un hombre de honor —el insulto no se lo esperó.

Charles se acercó peligrosamente al cuerpo de ella, que retrocedió un paso hacia atrás con cautela y sin bajar los brazos del torso, como si intentara proteger su corazón.

—A diferencia de una avariciosa sedienta de un título.

Elizabeth no esperaba estas palabras que la golpearon con severidad.

—Como hija del marqués de Tilney, lo último que desearía sería el título

de un hombre despreciable —calló un momento para tomar aire, el camarote había encogido con la presencia de su marido—. Y tenga por seguro que removeré cielo y tierra para lograr la anulación de este desastroso matrimonio.

El duque entrecerró los ojos.

—¿Piensas que te lo voy a permitir?

—No puede detenerme, sobre todo ahora que conozco sus planes.

Él no iba a permitir que ella anulara el matrimonio, al menos hasta que hubiera consumado su venganza. Charles no pensó en las consecuencias. La sujetó de los hombros y la besó. La besó con un ansia vengativa, pero a la vez buscando y encontrando. Elizabeth forcejeó.

—¡No! —trató de separarse.

—Ha llegado el momento de hacer realidad este matrimonio.

Ella lo miró escandalizada. ¿Consumar el matrimonio? Entonces no podría pedir la anulación, y se dio perfecta cuenta de que él perseguía eso.

Charles acercó el rostro al de ella y se apoderó de sus labios. Al principio se limitó a mover sus boca sobre los dulces y carnosos labios de la joven, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió pasó entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficie, la joven se estremeció. Y la besó más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea del escote de su camión hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad salió de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir. ¿Qué le estaba ocurriendo? Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella. No la dejaba razonar, y él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias. Momentos antes estaban discutiendo, incluso ella lo había abofeteado, y la venganza de él era someterla, pero a ella no le importaba porque estaba logrando que lo desease, que anhelase esos besos que la seducían, esas caricias que le provocaban escalofríos de placer.

Lo que había sentido por él en el pasado regresaba con más fuerza todavía.

Charles la alzó en brazos y la llevó al lecho sin dejar de besarla. Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Que Elizabeth

estuviese vestida únicamente con el camisón resultó en una gran ventaja. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, era como estar en el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorrían la columna vertebral y vibraban en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión ya olvidada. La boca de él abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar. Devorar ese joven cuerpo que se retorcía bajo él y que tantas noches había deseado, ahora lo admitía. Notó el mordisco en el lóbulo de su oreja pero no le importó, también él quería morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metidos en miel templada. Los retiró de ella no sin escuchar la súplica de sus dulces labios de que no parara aquella tortura. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el portal en el que se moría por entrar. La cabeza púrpura de su miembro encontró la apretada entrada y se deslizó suavemente. Se deslizaba dentro de ella con mucho calor. La verdad es que le abrasaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera del todo, y, de una fuerte estocada, se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. El cuerpo de Elizabeth se tensó ante la invasión y la rotura de su himen, pero solo fue un momento, unos segundos después estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente.

Charles contuvo una exclamación pues era el mejor sexo que jamás había experimentado con una virgen y que además era su esposa. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse en la tierna carne una vez y otra, y otra, hasta que sintió que ya no podía aguantar más. Quería eyacular ya, pero no sería justo para ella. Sobre el cuerpo sedoso de su Elizabeth, Charles olvidó su venganza. Olvidó la locura de hacerla desgraciada. Ahora solo podía sentir, y valoró que su primera experiencia tenía que ser tan grata como lo estaba siendo para él.

Elizabeth se abrasaba, el calor era insoportable. El fuego la cubría por completo. Todo eso se concentraba en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba la danza del deseo. Buscó con sus manos el cuerpo duro en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de éxtasis, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Aquello era la muerte.

Su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y junto al ahogado grito de ella, reverberó también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó la matriz de ella.

Aquello era la vida.

Charles no dijo nada tras la posesión salvaje sobre ella. En silencio recogió sus prendas, y salió del camarote sin pronunciar una palabra. Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas, lágrimas que derramó sin contemplaciones. Era un llanto de pena.

Ahora no podría pedir la anulación del matrimonio. El duque de Goldfinch se había salido con la suya, pero con la completa colaboración de ella que se había entregado gustosa. Él la besaba, y ella dejaba de pensar. Y lloró como nunca hasta agotarse. Mucho tiempo después se quedó dormida, pero de madrugada se despertó bañada en sudor. Se pasó el dorso de la mano por la frente para enjugarse el sudor que brotaba de ella. Se acomodó en la cama y colocó el almohadón en la cabecera de manera que pudiese apoyarse. A solas, en medio de la noche, en medio de la nada, maldijo su destino. ¿Qué se esperaba ahora de ella? ¿Total obediencia y sumisión ante los caprichos del duque de Goldfinch? No, mejor dicho, sumisión y obediencia a los caprichos de un hombre detestable. Porque Charles le había hecho el amor, no, rectificó, la había poseído para que ella no pudiera pedir la anulación. En un arranque inesperado golpeó con toda la rabia que sentía el almohadón que tenía a sus espaldas pese a que con ello, no recuperaría su preciada libertad.

Resignada y cansada, volvió a recostarse. Tenía una dura lucha por delante, pero lo que su esposo ignoraba era la voluntad que poseía ella, nada la doblegaría, y pensaba demostrárselo.

CAPÍTULO 9

Elizabeth alzó su rostro hacia la fachada del castillo para admirar las piedras blancas. Surrey era la residencia oficial de la familia Goldfinch. Estaba situado a orillas del precioso parque de Bramham, y sus jardines habían sido diseñados por el mismo arquitecto. Su interior contenía un patio de forma cuadrada rodeado por murallas y una torre redonda que albergaba actualmente la biblioteca. El interior era una excelente muestra del estilo imperial que había predominado en la decoración de todas sus habitaciones. En la planta superior había un total de veinte alcobas a las que se accedía a través de una escalera bellamente diseñada. La barandilla era de bronce y madera de castaño. Los peldaños, de mármol italiano, estaban gastados por el uso continuado de generaciones. Los dormitorios, amplios y luminosos, eran destinados según las categorías de sus visitantes, los más elegantes se reservaban para las visitas de nobles. En la planta inferior se encontraba el resto de dependencias, y en el ala este estaba alojado el personal de servicio.

Suspiró profundamente antes de dar el primer paso que iba a introducirla en el hogar de su marido. Elizabeth había estado en el castillo en una ocasión cuando acompañó a su padre, pero de aquello hacía varios años.

—Surrey no va a comerte —le dijo Charles.

Elizabeth parpadeó confusa al escuchar sus palabras. No se había percatado de que se había quedado parada en el último escalón de subida. Sentía las manos sudorosas, y, en un gesto involuntario, las pasó por la tela de su falda al mismo tiempo que trataba de bajar el nudo de nervios de su garganta. Tomó aire antes de cruzar las grandes puertas que iban a significar su encierro hasta que pudiera recuperar de nuevo su libertad.

—¡Bienvenido! —la voz femenina que los recibió tenía un tinte de ansiedad que no pasó desapercibida para ella—. Cómo ansiaba tu regreso.

Elizabeth fijó sus ojos castaños en la tía de Charles. Anne la miraba con extrañeza mal disimulada, como si no esperara verla de pie en el amplio y elegante vestíbulo.

—Lady Mortimer, me alegro de verla —le dijo al fin.

Elizabeth carraspeó para encontrarse la voz.

—Lady Beaufort, igualmente —contestó Elizabeth.

Anne dio dos pasos hasta quedar frente a ella para escudriñarla de forma

más concienzuda. Unos segundos después cogió sus manos heladas y se las apretó con afecto.

—Bienvenida a vuestro nuevo hogar, duquesa.

Elizabeth quedó desconcertada. Jamás podría considerar Surrey su hogar, pero agradeció las palabras con una sonrisa. Anne se mostraba amable con ella a pesar de las circunstancias.

—Ordenaré que preparen un té con pastas, imagino que deseará tomar un baño caliente y descansar un poco antes de la cena —añadió la tía de Charles.

Elizabeth hizo un gesto afirmativo. El largo y agotador viaje había acabado con las pocas fuerzas que le quedaban. La tensión entre Charles y ella se había hecho más que palpable en el estrecho e incómodo camarote que habían compartido durante la travesía.

—En las estancias que compartirá en Surrey tiene sus pertenencias. Llegaron en el día de ayer y ya está todo colocado en los roperos y cómodas —le dijo Anne, y Elizabeth la miró con un brillo de interés.

—Subiré entonces para refrescarme un poco. No tardaré.

Charles se había mantenido en silencio sin apartar los ojos de su tía. Una doncella acudió presurosa a la llamada de éste para que acompañara a su esposa hacia sus dependencias. Elizabeth siguió a la doncella con paso tembloroso y sin volver la vista atrás. Cuando ambas mujeres hubieron desaparecido por la escalera, Charles soltó un suspiro. Tener a Elizabeth en su hogar iba a ser mucho más duro de lo que había imaginado en un principio. Desde que le había hecho el amor no se la quitaba de la cabeza. Le había parecido estimulante el temor que había encontrado en sus ojos durante el primer tramo de viaje, pero esa serena actitud que había adoptado tras haberla poseído, le producía una insatisfacción desconocida, también alarmante.

—Sigue siendo igual de hermosa —las palabras de su tía le hicieron volver de sus pensamientos negros. No le gustaba en absoluto que le recordasen lo guapa que era su esposa. Lo bien que sabían sus pechos en su boca—. Ha cambiado mucho desde la última vez que la vi, y fue en la merienda que dio la condesa viuda de Morthé —la tía se quedó pensativa durante un momento—. Creo que hace de aquello algunos años. Ahora es toda una mujer.

—¿Hay noticias nuevas? —la cortó el sobrino.

El tono seco en la voz de Charles hizo que Anne arrugara la frente. Había estado tan concentrada en la llegada de Elizabeth, que se había olvidado de la presencia de su sobrino en el vestíbulo.

—Dos cartas del Parlamento —Charles hizo un asentimiento de cabeza antes de dirigirse hacia la biblioteca—. Te avisaré cuando esté el refrigerio — le dijo ella, pero Charles ya no le respondió, aunque detuvo sus pasos ante la pregunta inquisidora que su tía le hizo a continuación—. ¿Ha venido de forma voluntaria?

Tardó unos instantes en darse la vuelta, y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que Anne había adoptado una postura desafiante. Lo escudriñaba como si pudiese penetrar en el interior de su alma y tocar con su afecto su corazón dolorido. Pero era imposible, nada en este mundo o en el otro podría calmar la herida mortal que tenía dentro de su ser.

—¿Lo duda? —preguntó Charles.

Anne suspiró y cerró los párpados durante un segundo.

—La ausencia de equipaje es muy reveladora, así como el temor en sus ojos.

Charles maldijo la perspicacia de su tía, pero no iba a darle gusto a Anne de admitir sus sospechas, le daba igual lo que ésta creyese.

—Puede estar tranquila, no pienso matarla aunque su padre lo merezca.

Anne se quedó parada. La presencia de Elizabeth en la casa podía suponer muchos problemas para su sobrino en el presente o la redención de sus pecados en el futuro. Confiaba con toda su alma en que fuese la segunda opción.

Se quedó plantada de pie en el umbral del dormitorio. Ahora más que nunca Surrey le parecía una prisión. Se amonestó de forma severa, tenía que dejar de compadecerse, por ese motivo fijó sus ojos en el interior de la alcoba para apreciar su elegancia. La habitación estaba comunicada con otra habitación más pequeña, la que ocuparía un futuro hijo... pero ella no pensaba alumbrar al próximo duque de Goldfinch porque iba a abandonar Surrey lo más pronto posible.

Elizabeth se descorazonó. ¿Y si la había dejado encinta?

Clavó sus ojos en las paredes bellamente empapeladas. Parecían vivas de color gracias a los rayos del sol que se colaban a través las vidrieras emplomadas. Las cortinas de rico terciopelo ocre estaban atadas con un elaborado lazo a la pared, y el suelo de mármol estaba cubierto en gran parte con alfombras traídas de Oriente. Dio varios pasos para entrar a la alcoba y le dio las gracias a la doncella. Cuando llegó a los pies del lecho, se dejó caer abatida. Elizabeth se hizo una pregunta: ¿dormiría él en la misma alcoba?

¿Tendría intenciones de hacerle el amor de nuevo? Elizabeth rectificó, de someterla de nuevo. ¿Cómo debía actuar ella? No podía fingir felicidad delante de la tía Anne, o mostrar indiferencia ante su futuro incierto, pero recompuso su dignidad todo lo que pudo. Tenía que aprender a controlar su desolación delante de su esposo para que él no disfrutara de su caída como se había propuesto. Iba a mostrarse fuerte, aunque por dentro estuviera hecha pedazos. Soportaría sus estocadas hirientes con una sonrisa en la boca. Con esa determinación, se levantó del lecho y dirigió sus pasos hacia el baño. Sentía tanta renuencia a bajar de nuevo al salón, que no sabía qué excusa ofrecer para justificar su ausencia.

Al momento, la vergüenza tiñó sus mejillas de rojo. Estaba tan preocupada por los motivos que tenía Charles para llevarla a Surrey, que se olvidaba de lo mucho que había sufrido por la muerte de su hermano. Una mujer inteligente trataría de ganarse el respeto de su marido, trataría de que confiase en ella. ¿Cómo se ganaba un marido que estaba ahogado por el despecho? Lo ignoraba, pero si de algo estaba convencida era de que no iba a dejarse derrotar y que haría todo lo que estuviese en su mano para obtener de nuevo su libertad.

Con esa nueva resolución, comenzó a quitarse la ropa.

CAPÍTULO 10

Charles no se encontraba en el salón cuando ella hizo su entrada poco tiempo después. Se había guiado por su instinto y no se equivocó. El refrigerio iba a ser servido en el salón más pequeño. La mujer la guio hacia el sillón con una sonrisa de empatía que atesoró. La ausencia de su marido suponía un pequeño respiro, aunque seguía tan nerviosa como el primer día que lo vio en River Colne sentado en el sillón de su hogar.

Pero Elizabeth ignoraba que la ausencia de Charles iba a ser muy breve.

—El Castillo de Surrey volverá a resplandecer como antaño, ahora que tiene de nuevo duquesa —le dijo Anne.

Elizabeth tragó el nudo de emoción que le atenazaba la garganta. Resultaba gratificante sentirse bien recibida.

—Es un lugar maravilloso. —Los ojos de Elizabeth se fijaron en el hermoso sillón donde estaba sentada. El mullido acolchado del respaldo había sido fabricado en seda azul con rayas blancas. La forma curva de sus patas y sus apoyabrazos era muy ornamental, había talladas rosas que estaban pintadas en azul y hacían juego con los cojines—. El castillo es en verdad majestuoso.

—También lo son las otras propiedades de la familia.

Anne asintió con una sonrisa al mismo tiempo que tomaba asiento a su lado.

—Lamento tanto... —comenzó a decir Elizabeth, pero fue incapaz de continuar. Por alguna inexplicable razón sentía la necesidad de disculparse delante de la tía de Charles—. Mi padre nunca quiso hacer daño a la familia —confesó contrita.

Los ojos de Anne se clavaron en los de ella.

—No es a mí a quien deben dirigirse esas palabras —Elizabeth retorció las manos en su regazo.

Esa misma frase de disculpa se la había repetido a Charles hasta la saciedad, pero había resultado inútil. Lo creía culpable.

—William también era su sobrino —murmuró.

Anne apretó los labios de improviso, como si esas palabras la hubiesen molestado, y Elizabeth rectificó su postura, pues esperaba no ganarse a una enemiga en la persona de Anne. Con uno ya tenía más que suficiente.

—Esta situación no es fácil —le dijo en un susurro.

La mujer madura pensó un momento antes de responder.

—No lo es para ninguno.

Elizabeth aceptó la taza caliente que le sirvió. Con la necesidad que había sentido de mostrarse sincera, había roto el momento de empatía que compartían.

—Pero la vida continúa y el pasado debe quedarse atrás —apuntó Anne.

Al escuchar las palabras de la tía de Charles, su corazón comenzó a galopar.

—Este matrimonio no ha sido deseado por ninguno de los dos —respondió Elizabeth—. Yo obedecí a mi padre, y Charles obedeció al rey.

Anne dejó su taza encima de la bandeja.

—Mi sobrino aprenderá a tolerarla —Elizabeth la miró atentamente—. Usted no tiene la culpa de aquello, y mi sobrino tendrá que aceptarlo.

—¿Y si no lo acepta?

—Presumo que es una mujer fuerte —dijo la tía—. Podrá soportar su desplantes y sus arranques de mal genio.

¿Qué trataba de decirle? Todas las personas tenían un límite de tolerancia al dolor, pero ya no pudo responder pues Charles hizo su entrada en el salón de forma intempestiva. Clavó su mirada en el cuerpo de ella, primero con interés, después con desagrado.

El estómago de Elizabeth se encogió de aprensión. Había elegido con mucho cuidado su atuendo. La falda de raso azul contrastaba con el negro de la chaqueta de terciopelo. El fajín, también negro, parecía más de caballero que de señora, salvo por los bordados en negro y celeste. La camisa blanca era de un tejido tan suave y transparente, que casi se podía apreciar el color de la piel bajo la misma. Los zapatos de raso azul y pasamanería negra daban a su aspecto el toque perfecto. Elizabeth había prescindido de pendientes, y llevaba el cabello recogido en un elaborado moño.

Charles sintió un vuelco en el estómago en el mismo momento en que posó los ojos en ella. Vestía como la orgullosa dama que era, y creyó ver un reto en su postura firme, también una provocación en sus manos que apretaba en el regazo hasta dejarse los nudillos blancos. Cuando Elizabeth se lamió los labios con la punta de la lengua, el corazón se le aceleró. Tensó, sin ser consciente, las mandíbulas hasta el punto de crujir los dientes. Todo en ella le producía una irritación profunda porque le quitaba parte de su autodomínio, también una ansiedad loca porque se moría por enterrarse nuevamente en el dulzor de su vientre, pero tenía una venganza que cumplir y la cumpliría mal

que le pesara después.

—Has regresado pronto —le dijo Anne.

Charles no se molestó en responder, alcanzó la taza que ésta le ofrecía con mirada de piedra. Si hubiera abierto la boca en ese momento, habrían salido serpientes venenosas por ella. Por ese motivo reprimió el impulso y se sentó lo más alejado posible de la presencia turbadora de su esposa. Cuando tuvo de nuevo el control sobre sus emociones, clavó sus ojos en la figura de Elizabeth, que tenía la mirada perdida en el vacío sin soltar la taza de sus manos.

—He terminado pronto —fue su escueta respuesta.

La voz de Charles tenía el mismo filo que un cuchillo de carnicero. Elizabeth era plenamente consciente del desafío de sus ojos, de la amenaza de su postura. Agradeció, con una oración sincera, la presencia en la casa de la tía de él.

—Mañana tenemos que asistir a una cena en Manier, hemos sido invitados por el barón Breston. — Elizabeth tragó saliva de forma forzosa, todavía no estaba preparada para encontrarse con los amigos y conocidos de su marido—. Tu primo Charles asistirá a la cena —le informó Charles con mirada calculada.

—¿Mi primo? —preguntó la chica con curiosidad—. Creía que estaba en Essex.

La tía Anne seguía en silencio. La noticia de la asistencia de su primo a la cena hizo que el peso de su corazón se aligerara por un momento.

—Tendrás que vestirte acorde a tu nuevo rango.

Elizabeth volvió un tercio su rostro para mirar a su esposo con ojos entrecerrados.

—Soy una dama con un rango indiscutible —contestó con la voz asombrosamente calmada—. Le recuerdo que mi padre es marqués.

—Irás mañana de compras —añadió él.

Cada palabra que salía por la boca de Charles era una afrenta a sus sentimientos, pero, ¿qué esperaba? Él le había dejado muy claro que pensaba hacerla sufrir, y nada en su postura le indicaba que había cambiado de idea.

—Ninguna modista podrá tener un vestido preparado para asistir a una cena de gala por la noche —Elizabeth apenas controlaba la acidez en su voz.

—Madame Lily fue avisada hace unos días de tu visita —le dijo él—, y una de las doncellas le llevó uno de los vestidos que llegaron a Surrey.

Elizabeth suspiró. Madame Lily era una de las modistas más famosas de

Londres.

—Es todo un detalle que se preocupes de mi vestuario —respondió con voz muy queda, pero con los hombros tensos.

—Quiero que prescindas de los tonos pastel en las telas —Elizabeth alzó la vista para replicar, pero Charles no se lo permitió—, y no es una sugerencia, querida.

Un silencio incómodo se instaló en el pequeño salón. Solo se oían sus respiraciones. Anne bebió de su taza sin dejar de mirar a uno y a otro.

—El azul está de moda este año y puedo afirmar que el amarillo también —Anne trató con su comentario de restarle tensión al momento.

—Lady Brandon te acompañará al salón de modas de madame Lily.

La taza de té tembló en el plato que Elizabeth sostenía entre sus manos. Sus pupilas se oscurecieron ofendidas. Lady Brandon era una viuda que había sido artista de teatro en el pasado, y era de todos conocido que se había convertido en la amante de Charles. ¿Cómo le ordenaba ir de compras con ella? Elizabeth comprendió que era parte de la tortura que él pensaba infringirle. Pero si Charles esperaba una protesta enérgica por su parte, se equivocó. Elizabeth buscó dentro de su alma una sonrisa para ofrecerle, aunque fuese la más tormentosa de su vida.

—Así lo haré, querido.

El apelativo cariñoso que profirió Elizabeth había sonado como un insulto, y así se lo tomó él, pero no pudo ofrecerle una respuesta apropiada pues la doncella había anunciado que la cena estaba preparada.

La primera en levantarse fue Elizabeth que lo hizo de forma muy rápida, como si le hubiesen tirado agua hirviendo en el regazo. Charles la vio caminar hacia el comedor precediéndolos. Miró su espalda, caminaba tan tiesa como una lanza. Anne lo reprendió con un gesto apenas perceptible pero que él entendió a la perfección.

CAPÍTULO 11

Charles no había vuelto a hacerle el amor, y ella se dijo que era mejor así.

Miró su imagen en el espejo de la alcoba, dormitorio que no compartía con Charles. Al contemplar su reflejo, comprobó que, vestida con ese atuendo, parecía una furcia. El satén rojo de la tela se ceñía a su piel de una forma escandalosa. La falda lisa del vestido nacía más arriba de la cintura y caía en suaves cascadas hasta el suelo, pero el escote le pareció que era demasiado profundo pues dejaba la mitad de sus pechos al aire, aunque al estar cortado bajo el busto, lo recogía y lo realzaba, quizás demasiado.

¡Los hombres no despegarían los ojos de sus senos!

El día había sido el más frustrante en semanas. Elegir las variadas telas había sido una debacle porque a ella le gustaban los tonos pasteles, más propios de señoras elegantes, que los colores vivos de las mujeres de vida alegre. Pero Charles se había encargado de imponerle un castigo eligiendo los tejidos más vistosos, y sabiendo cuánto los detestaba. Vestida así parecía algo que no era, pero indudablemente esa era la intención de él.

Elizabeth había discutido con madame Lily sobre el escote de los vestidos y el volumen de las faldas. El vestido que llevaba puesto le hizo lanzar un suspiro amargo, aunque gracias a Dios no había tenido que soportar la presencia de la amante de su marido en la jornada de compras. Le había enviado una nota clara y concisa a primera hora de la mañana sobre la anulación del encuentro entre ambas. La tía Anne había sido de una ayuda inestimable al facilitarle la dirección donde enviar la nota de cancelación. Con su gesto de ayuda, mostraba de forma firme que desaprobaba la actitud de su sobrino.

Subió los ojos desde los zapatos hasta la cabeza. La doncella le había recogido el pelo en un moño muy complicado que la hacía parecer más alta, y, en un arrebato, le pidió que le prendiese un aplique de capullos de rosas rojas que lo había sujetado con una estrella de plata. Elizabeth cerró los ojos un momento y un segundo después se giró hacia el aparador, abrió el primer cajón y sacó un chal de encaje negro para cubrir sus hombros. Escogió un abanico de suave tono marfil, así podría mantener las manos ocupadas.

Charles la esperaba en el corredor con la espalda apoyada en la pared.

Al verlo se sobresaltó y se quedó quieta sin saber qué hacer a continuación. Estaba impecable vestido de gala. El traje negro magnificaba su altura y su fuerte constitución, sus hombros anchos y sus estrechas caderas. Elizabeth no podía obviar lo atractivo que era, y en ese instante fue consciente de su masculinidad, de su arrogancia innata.

Pero el desdén que empañaba los ojos de Charles la llenó de pena, también de aprensión. Él la consideraba culpable, y no debía olvidar esa circunstancia. La miró con ojos ardientes. Conocía muy bien el efecto que tenían los colores vivos en las mujeres, pero en ella, se magnificaba. El tono del vestido hacía brillar su pelo de una forma única e intensificaba el dorado de su tez, piel mimada por las largas cabalgatas y el ejercicio a aire libre. Su esposa no necesitaba ponerse carmín. El rojo natural de sus gruesos labios los convertía en los más sensuales el mundo, y también en los más peligrosos. «Dios, Dios, Dios. ¿En qué clase de hombre me estoy convirtiendo por culpa de esa arpía manipuladora, pero encantadora, pasional? Se iba a volver loco», se dijo.

—Prescinde del chal —le dijo.

Elizabeth cruzó las puntas del chal sobre su pecho como si fuese un escudo protector.

—Hace frío —respondió en voz baja.

Charles dio un paso hacia delante que lo dejó a un escaso centímetro de ella. Elizabeth ignoraba qué tramaba o pensaba, pero se quedó quieta. Él alzó una mano y tocó los pétalos de las rosas que llevaba prendidas en el recogido.

—Me gusta el detalle.

—Gracias.

—Pero deja el chal —volvió a ordenarle.

Elizabeth no quería comenzar una discusión, por ese motivo hizo un gesto afirmativo y se lo quitó de los hombros para dejarlo tendido a los pies del lecho. Cuando volvió a salir de la alcoba, Charles le ofreció el brazo de forma galante. Ella titubeó durante un instante antes de aceptarlo.

—Veo que vas aprendiendo —le replicó él con voz seca.

—La incertidumbre es un buen maestro —respondió con voz desangelada.

—Con la capa de terciopelo bastará para que no pases frío.

Manier estaba ubicada en una zona privilegiada de Londres que ella no solía visitar. Sus desplazamientos habían sido acompañados por su padre o por su primo. Cuando el carruaje llegó a la escalinata, giró la cabeza hacia el

cristal de la ventanilla con inusitada curiosidad, pero la vivienda no era tan espectacular y grande como Surrey. Elizabeth se percató de la cantidad de gente que había sido invitada. Peter estaban muy cerca de las enormes puertas de entrada junto al anfitrión, como si les dieran la bienvenida a los invitados. Una sensación de alivio quitó parte de peso a sus preocupaciones.

Peter llevaba los guantes en la mano, y, antes de que frenaran los caballos, giró su rostro hacia ellos. Cuando vio el escudo condal en la puerta del carruaje, mostró una franca sonrisa. Elizabeth suspiró de forma queda. Lo que pretendía su esposo era mezquino, aunque ella no pensara llevarlo a cabo.

Charles le abrió la puerta con galantería, pero ella no podía apartar los ojos de Peter, que se había disculpado con su anfitrión y comenzó a bajar las escaleras para ir al encuentro de los dos. Cuando descendió del todo, se quedó de pie cogida del brazo de él sin decidirse a dar el primer paso: algo muy dentro de ella le indicaba que esa noche iba a cambiar su vida para siempre.

—Lady... —comenzó diciendo Peter.

Charles lo interrumpió con voz acerada.

—Beaufort —lo provocó con ojos fríos.

Peter se mostró extrañado.

—Por favor, no pensaba cometer tal descuido pues sé muy bien el nombre de la dama. —Charles pudo apreciar el finísimo sarcasmo en la voz del hombre pero no le dio mayor importancia. Peter iba a ser el arma perfecta para completar su venganza sobre su pérfida y enemiga esposa.

—Lord O'Sullivan... —Elizabeth le ofreció la mano para el beso correspondiente de cortesía.

Los labios de Peter eran cálidos, firmes, y ella necesitaba quitarle tensión al momento.

—Su presencia en la cena hará que la noche sea mucho más animada —le dijo él.

«¿Y por qué bendita razón yo no lo preveo así?», se preguntó Elizabeth. Ya casi habían alcanzado el último escalón de subida cuando John Leandsome, padrino de su marido, se disculpó ante el anfitrión para ofrecerle la bienvenida a Elizabeth. Ella lo saludó de forma educada antes de brindarle los honores que merecía el anfitrión.

—Muchísimas gracias por su amable invitación —la voz de ella sonó firme.

El barón Breston hizo una inclinación de cabeza y le besó la mano en señal de respeto. Tras las oportunas presentaciones, Charles, John, Peter, y

ella, se dirigieron al interior de la mansión.

Elizabeth confiaba en que la noche no resultara un completo desastre, pero el rostro severo y duro de su esposo le producía unos escalofríos incontrolables.

Iba tomando nota de todo lo que veía durante la cena de gala, pues pronto tendría que dar una en Surrey y no quería defraudar a Charles. Aunque la habían preparado desde la niñez para efectuar ese tipo de eventos, y lo había hecho sin problema alguno en River Colne, el hogar de su esposo eran palabras mayores. Se fijó en los ramos de flores dispuestos por las diferentes salas, las gardenias blancas se veían hermosas. La mesa larga estaba cuidada hasta el más mínimo detalle, la habían vestido con un mantel de hilo blanco con bordados de oro. La cristalería era fina y elegante. Los aristócratas ingleses tenían un gusto exquisito. ¿O acaso su marido no había demostrado un talento especial al elegirla a ella? Elizabeth reprimió una risa ante el pensamiento, pero no fue lo suficientemente rápida. Charles se había percatado perfectamente del chispazo de jovialidad que había mostrado su rostro.

—¿Qué te parece tan divertido? —le preguntó.

Los ojos de Elizabeth llameaban con ese humor característico que la adversidad no lograba doblegar.

—No tiene importancia —respondió en un tono desenfadado.

Charles escudriñó el rostro de su esposa con interés. Por un momento único, su cuerpo se había relajado: carecía de la tensión latente de los últimos días. Estaba vestida de forma muy seductora con ese tono rojo que realzaba el brillo de sus ojos, y la curva deliciosa de su cuello de cisne. Por un instante largo, el deseo por ella lo dejó paralizado. Elizabeth tenía una fuerza de atracción que lo dejaba mareado y confuso. Entrecerró los párpados para ocultar el destello de deseo que había asomado a su mirada ante la visión del nacimiento de sus senos. Estos subían y bajaban dentro del vestido con unos movimientos que a él le parecieron sensuales. Se encontró pensando en el sabor que tendrían sus pezones rosados, y cómo se endurecían dentro de su boca al chuparlos...

—¡Charles! —exclamó ella, y él regresó al presente con la respiración agitada. Por un momento maldijo su debilidad. Tenía que poner freno a sus pensamientos—. ¿Se encuentra bien?

«¿Por qué diantres me pregunta si me encuentro bien?», se preguntó Charles, confuso.

—Quizás el champán le ha sentado mal a nuestro amigo —fue el jocoso comentario del barón Breston al ver el rostro aturdido de Charles.

Él se percató de que Elizabeth lo miraba con el rostro preocupado, y el odio reverberó en su pecho tan rápido como un trueno. ¡Era la hija de su enemigo!

—Recordaba a mi hermano William, y la traición de la persona que debía de haber callado para evitar su muerte —el suspiro femenino le supo a tibia miel en los labios.

El brillo de humor en las pupilas de Elizabeth se había apagado como el fuego en una noche de tormenta, y sintió un placer inesperado ante el descorazonamiento que habían provocado sus palabras. El poco líquido que aún contenía la copa de Elizabeth acabó derramado en el suelo del salón, pero ni el barón Breston ni Charles se percataron del accidente. Unos segundos después, ella dejó el cristal en una mesita adosada a una de las paredes para tal menester, y, con una disculpa precipitada, abandonó a los dos hombres para dirigirse hacia el baño. Necesita respirar para aliviar la opresión que sentía en su pecho.

Charles vio la rápida partida de ella y sonrió de forma cínica.

CAPÍTULO 12

Se mojó el rostro para borrar las huellas del llanto. Charles había logrado con sus palabras que se sintiera miserable. Lamentaba de veras la muerte de William porque su padre no se merecía semejante enemigo. Durante meses, el marqués de Tilney había navegado en una depresión y congoja extrema, sin encontrar consuelo en nada. Era una maldad por su parte recordárselo. Su padre, después de la muerte de William Beaufort, nunca volvió a ser el mismo.

Inspiró profundamente varias veces para controlar de nuevo el ritmo de su respiración. Se pellizcó las mejillas para devolverles algo de color y se colocó varios rizos que se habían soltado de la sujeción del moño. Alisó la falda de su vestido de satén rojo y se dispuso a salir de nuevo a la reunión con una valentía falsa. Afortunadamente, su lugar en la mesa estaba asignado al lado del padrino de su marido, de ese modo podría relajarse sin miedo a que Charles la golpeara de nuevo con sus palabras.

En la puerta de acceso al vestíbulo que distribuía las diferentes dependencias, la esperaba Peter con sendas copas de champán en las manos. Elizabeth se lo agradeció con una sonrisa. Tomó la copa de cristal fino y se la bebió de un trago. Iba a necesitar el valor que daba el alcohol para enfrentar los difíciles momentos que se acercaban. Cuando Peter cogió la copa vacía de ella, Elizabeth asió la otra y se la bebió también de un trago. El rostro de Peter mostraba una incógnita por su actuación. Era alarmante que una dama bebiese de una forma tan descocada.

—Había olvidado lo bueno que está el champán —dijo a modo de explicación.

Peter parpadeó y la miró de forma penetrante.

—¿Se encuentra bien? —la pregunta había sonado sincera.

—Ahora sí —respondió ella con una sonrisa en los labios, pero con tristeza en sus ojos.

Elizabeth tomó gustosa el brazo que Peter le ofrecía y juntos se adentraron en el gran comedor de Manier.

El lugar reservado para Charles en la mesa estaba justo enfrente de ella y el alivio que había sentido hacía solo un instante, cuando pensó que no lo tendría cerca en la cena, se esfumó como el humo ante una ráfaga de viento.

Peter estaba sentado junto a su marido y frente a un noble que no conocía. Elizabeth se preguntó por qué motivo no estaba su primo en la recepción. Volvió a tomar otra copa de champán de una bandeja que habían dejado en el centro de la mesa. Si tenía que terminar borracha para poder soportar la cena, no le importaba. Se sentía incapaz de sostenerle la mirada a su esposo, y tenía que mostrarse fuerte aunque por dentro se sintiese tan débil como un cachorro recién nacido.

Charles la contempló desde el lugar que ocupaba en la mesa, pero su mujer miraba a todos los sitios menos donde estaba situado él, y por su actitud supo que estaba más afectada de lo que dejaba traslucir con su postura serena. La vio tomar una copa de champán y bebérsela de un trago. Elizabeth no estaba acostumbrada al alcohol y le extrañó que se abandonara a la bebida con ese descuido.

—Si sigues bebiendo de forma descontrolada acabarás vomitando encima del mantel —le dijo.

Elizabeth cerró los ojos al no poder responderle como era su deseo, su educación se lo impedía, pero no iba a mostrarle lo humillada que se sentía por sus despectivas palabras.

—Tengo sed —contestó con un hilo de voz—, y el champán está frío.

—Una jarra de agua, por favor —el pedido de John Leandsome a uno de los lacayos la llenó de una sensación agradable.

Era su marido quien tenía la obligación de velar por su bienestar, pero a él le daba exactamente igual mostrar el odio que sentía hacia su familia delante de todos los invitados, y Elizabeth lo había obviado por un instante. Durante unos momentos, en esa noche, había olvidado que la asistencia a esa cena tenía un motivo determinado: encandilar a Peter O'Sullivan.

—Gracias —la sonrisa forzada que le dedicó a su esposo hizo enarcar las cejas a Peter, a quien le parecía insólito el comportamiento de ambos cónyuges.

Ella había respondido sin apenas mirarlo, con los ojos clavados en Charles, al mismo tiempo que sujetaba el vaso de la mesa y se lo alzaba al lacayo para que lo llenara de agua.

—Conocí a su padre hace algunos años —Elizabeth giró la cabeza hacia el comensal que estaba sentado a su izquierda. El hombre vestido con uniforme militar hizo que parpadeara para alejar la visión de Charles y centrar su atención en la persona que se había dirigido a ella— . Coincidimos en una visita que realicé a Devon junto a mi esposa.

Elizabeth buscó con sus ojos a la posible esposa del militar.

—Mi Eloise murió hace tiempo. Una grave enfermedad la alejó de mi lado para siempre.

—Lo lamento —se condolió, y, desde el momento que pronunció las palabras de pésame, el oficial acaparó su atención por completo, algo que agradeció Elizabeth pues de ese modo tenía los pensamientos centrados en otro asunto que no fuese la fuerte y atrayente personalidad de su marido, y sus maquiavélicas decisiones.

Charles no había vuelto a mirarla salvo cuando ella rechazó el postre. Tenía el estómago tan tenso que no había podido disfrutar de los diversos platos elaborados. De tanto en tanto, John Leandsome la incluía en la conversación que mantenía con su esposo y con Peter, pero ella solo respondía con monosílabos.

Los comensales comenzaron a levantarse y se dirigieron hacia el salón donde la orquesta amenizaba la velada con música suave. Ella sentía unas ganas enormes de regresar, de recluírse en su alcoba y no salir en mucho tiempo, al menos hasta que la congoja que le oprimía el pecho se esfumara, pero siguió soportando en silencio el lento caminar de las horas.

—¿Me concede el privilegio del primer baile? —le preguntó John Leandsome.

Elizabeth hizo un gesto afirmativo. Bailando tendría las manos y los pies ocupados, aunque no la cabeza.

—Y yo solicito el segundo —apuntó O'Sullivan con un guiño en sus ojos.

—Bueno, seré condescendiente y me conformaré con el tercer baile, lady Beaufort —el coronel había pronunciado su título con suma cortesía, pero a ella le sonó como el peor de los chirridos—. Aunque, por mi edad, debería ser el primero en poder elegir.

Momentos después, John Leandsome y el militar se enfrascaron en una conversación sobre la marina inglesa y el desastre acontecido en la batalla de Trafalgar. Los músicos se esmeraban en sacar lo mejor de sus instrumentos. Los candelabros brillaban de forma intensa, pero en el salón de baile había dos personas tan alejadas en sentimientos de afecto como lo están el bien del mal. Elizabeth seguía con los ojos los pasos que daba Charles en la habitación, saludando a todos los conocidos sin demostrarle a ella el mínimo interés.

—¿Han discutido?

La pregunta formulada por Peter O'Sullivan le hizo dar un brinco. Lo

miró con rostro preocupado y mortalmente sofocada por la vergüenza. ¿Se habrían dado cuenta el resto de invitados de la animosidad que existía entre Charles y ella?

—Sí —respondió contra toda lógica. Peter alzó una de sus cejas negras con sumo interés—. No me parecía correcto acudir a una cena poco después de nuestra llegada, porque apenas acabamos de instalarnos en Surrey.

Peter dudaba de su explicación. ¿Esas miradas despechadas que se dirigían ambos cónyuges eran ocasionadas por una invitación repentina? Supo que mentía y se prometió a sí mismo hacer lo posible por descubrir el verdadero motivo de la tristeza que observaba en ella.

—Además, la ciudad de Londres me agobia un poco —soltó de sopetón y esa explicación le pareció a Peter mucho más creíble—. River Colne es lo que más añoro en estos momentos.

—Londres es una ciudad hermosa —le dijo.

Elizabeth giró parte de su cuerpo hacia Peter, que en ese momento estaba bebiendo de una copa de cristal.

—Tiene que asistir al teatro —la incitó.

¿Cuánto tiempo hacía que no asistía a una representación teatral? Elizabeth no lo recordaba, los últimos años había estado recluida en River Colne apartada de todo.

—Nuestro baile —la intervención de John Leandsome evitó que le ofreciera una respuesta a Peter.

Los músicos comenzaron a tocar un vals y el acto de perderse en los giros de hizo que la amargura disminuyera lo suficiente como para disfrutar de la danza.

Con Peter bailó un minué, con el militar otro vals, y en ese momento danzaba con un joven noble que no debía superar los veinte años y que no se atrevía a sostenerle la mirada. Sus mejillas se habían encendido por el ejercicio y el rojo de su vestido hacía que su piel brillara de forma intensa a cada paso que efectuaba. De pronto, sin saber cómo, se encontró rodeada por los brazos del duque, su esposo. Elizabeth no se había percatado de que el último baile exigía cambiar de pareja, y, al sentir los brazos de su marido alrededor de su cintura, se tensó entre ellos de forma instantánea.

—No voy a comerte —le dijo él.

Era una frase conciliadora, pero se la ofreció en un tono más duro que el granito. Inspiró profundamente antes de responderle.

—Le dijo el zorro a la gallina antes de clavarle los dientes en la

garganta.

Ambos se miraron de frente sin un parpadeo.

—Levantaría demasiados comentarios que no bailase con mi bella esposa — esa declaración sentó tan mal a Elizabeth, que perdió pie en el siguiente giro. Bailaba con ella por obligación. ¿Y qué otra cosa esperaba?—. Si no cambias de expresión creerán que te he propuesto algo indecente —continuó él.

Ella abrió la boca en una sonrisa falsa. Charles la fue dirigiendo hacia las cristaleras del jardín, en las diferentes vueltas que realizaban. Elizabeth comenzaba a marearse. Sin embargo, cuando la danza terminó con un crescendo, los pies de ambos se quedaron quietos, y entonces se percató de que estaban fuera del salón y completamente solos.

—Estás haciendo tu trabajo muy bien —las palabras de Charles la descentraron, pues no supo a qué trabajo se refería—. Tienes a ese semental bufando de deseo por meterse entre tus piernas.

El aire se le había quedado atascado en la garganta al escucharlo, y la bofetada sonó como un disparo en la quietud de la noche. Charles no hizo ningún gesto de tocarse la mejilla, pero sujetó la mano de ella que se alzaba de nuevo de forma amenazadora.

—Te veré en el infierno, Charles Evans Beaufort —forcejeó para soltarse, y finalmente él se lo permitió.

Elizabeth abandonó el jardín tan llena de ira que no volvió la vista hacia atrás ni una sola vez.

Charles se llevó la mano a la frente, como para contener un gesto de cansancio. No le había dolido la bofetada, sino los ojos heridos de ella. Por un momento, mientras la tenía entre sus brazos, había olvidado cuál era su propósito. Contener sus ansias de abrazarla con fuerza y estrecharla con pasión, le había supuesto un esfuerzo inaudito, pero no flaquearía.

CAPÍTULO 13

No podía dormir a pesar de lo tarde que era. Elizabeth daba vueltas en el lecho completamente agotada, pero sin encontrar la postura cómoda que la incitara al sueño. El regreso del baile había sido tenso, angustioso. Y de seguir en esa situación, iba a terminar enferma de los nervios, si acaso no lo estaba ya. Charles se había mantenido en silencio el resto de la velada, salvo para despedirse de sus anfitriones cuando se marchaban, pero no le había dirigido ni una sola mirada. La bofetada le había dolido a ella más que a él, pero no podía dejar un insulto de ese calibre sin una respuesta contundente.

Ante su imposibilidad de conciliar el sueño, optó por levantarse y tomar un vaso de leche templada, porque era un remedio eficaz para tranquilizar los nervios. Elizabeth buscó su bata de seda a los pies del lecho, se la colocó sobre los hombros antes de meter los brazos por las mangas abullonadas, y se ató el cinturón antes de calzarse las suaves zapatillas. Dejó la luz de la lámpara a medio gas, y caminó hacia la puerta para abrirla con sigilo.

El pasillo estaba oscuro y desierto, pero una de las ventanas emplomadas de la escalera dejaba penetrar los rayos de la luna. Por ese motivo podía caminar sin tropiezos. Bajó los peldaños con decisión, y, al llegar al vestíbulo que distribuía las diferentes habitaciones, vio que en el salón había un resplandor que se filtraba por la rendija inferior de la puerta. Elizabeth agudizó el oído y escuchó a Charles que hablaba en francés con alguien en voz muy baja. Se acercó todo lo silenciosa que pudo, y, sin un asomo de remordimiento, pegó su oído a la puerta y trató de escuchar algunas palabras, pero resultó inútil. Desistió de su intento frustrado y dirigió sus pasos hacia la cocina situada en el otro extremo de la planta baja.

Elizabeth sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar a Charles sobre sus intenciones, hablar claro y hacerle saber su postura. Quería regresar a River Colne y pensaba hacerlo muy pronto. Si tenía que negociar su marcha, por Dios que lo haría.

Anne miraba a su sobrino con el rostro inusualmente serio. Bajo ningún concepto había esperado esas revelaciones comprometedoras.

—¿Cómo te expones a ese peligro? —le preguntó con un hilo de voz.

—Tengo un propósito en esta vida, y nada ni nadie me hará cambiar de opinión.

—William espiaba para los franceses, ¡maldita sea! Si no lo hubiera ajusticiado la corona inglesa, lo habría hecho Francia, y lo sabes.

Charles miró a su tía. Sus palabras le dolían hasta un extremo indecible. Sabía que su hermano era culpable. ¡Pero lo quería!

—Napoleón está triunfando en Europa —dijo a modo de respuesta—. Su red de espías es interminable.

—Bonaparte se muestra demasiado codicioso en sus ambiciones —exclamó Anne contundente.

—William tuvo un mentor, y pienso descubrir quién es.

—Es un juego demasiado peligroso, sobrino.

—He buscado a la meretriz, pero no he conseguido encontrarla. Sé que William cayó en un complot pues las pruebas que cayeron en manos del marqués de Tilney fueron intencionadas.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Porque William era un patriota, nunca creeré que fue un traidor, ni el mismo rey Jorge me convencerá de ello.

—Tu hermano estaba enamorado de la mujer equivocada, y se le fue la vida en ello.

—Puede que estuviera enamorado, pero no era un traidor, y nadie me convencerá de lo contrario.

—¿Hacia dónde se dirigen tus sospechas? —Charles no podía decirle que todas sus pesquisas y las miles de libras empleadas en encontrar al verdadero traidor, lo llevaban hasta Peter O'Sullivan.

Charles miró a su tía con un brillo extraño. Había creído conveniente mantenerla informada sobre sus planes, pero ahora no estaba tan seguro.

—Estoy muy cerca de descubrirlo.

—¿Lady Beaufort lo sabe? —le preguntó.

Charles miró a su tía con sorpresa.

—Para nuestro beneficio, el marqués de Tilney ha sido enviado a París. Gracias a eso podré conocer en qué sentido se mueve la política y los intereses de Francia. Podré informar a la corona para que actúe en consecuencia.

Anne iba sumando las noticias una a una y comprobó que todo estaba minuciosamente calculado. Estudiado con una frialdad que producía sumo respeto, pero un hombre abrumado por el dolor y ciego de odio era un candidato idóneo para dar los pasos sin medir las consecuencias.

—¿Vas a utilizarla para espiar a su padre?

Charles se preguntó cómo diantres había llegado su tía a esa conclusión. Él no le había dado ningún indicio al respecto.

—¡Eso es amoral! —añadió la mujer ante su silencio.

—Se lo debo a William —respondió el sobrino con acritud.

Anne se percató del leve rubor que cubrió el rostro de su sobrino y maldijo interiormente su odio, porque lo podía conducir al desastre.

—Por ese motivo fuiste a Dover, la necesitas para los planes que has trazado, ¿no es cierto? —la deducción había sonado crítica, y la pregunta, contenciosa.

—¿Creía que iba a olvidar que es la hija de mi enemigo? El destino la ha colocado en una situación en la que deberá pagar por las acciones de su padre, y voy a ser el instrumento para hacer efectivo el cobro de su deuda de sangre.

Anne sintió pesar al escucharlo. Su sobrino estaba lleno de odio, pero olvidaba algo muy importante, William había actuado mal al espiar a la corona.

—No te reconozco hablando así, pero no vas a lograr que Elizabeth espíe para ti. Presumo que la hija del marqués es una mujer inteligente.

La sonrisa cínica de Charles pilló desprevenida a su tía, que se llevó la copa a los labios para mantener las manos ocupadas.

—Obtendrá la información de Peter O'Sullivan, y el individuo en cuestión bebe los vientos por mi esposa. Además —recalcó con énfasis—, sé que lord O'Sullivan trabaja a las órdenes de Henry Colt.

—¡Henry Colt es tu amigo!

—Lo fue —el tono seco del duque hizo que Anne entrecerrara los ojos—. Dejó de ser mi mejor amigo cuando su ambición personal perjudicó mis intereses.

Anne intuía que su sobrino se callaba demasiada información personal.

—¿Vas a empujarla a que te sea infiel? —le preguntó horrorizada.

Charles tensó los labios.

—Voy a hacer lo imposible para limpiar la memoria de mi hermano.

—¿Vas a ser un consentidor del adulterio de tu esposa? —ella no podía creerlo.

—Sería un mal necesario —le dijo al fin—. Pero, no se preocupe, ocurra lo que ocurra, tengo intenciones de divorciarme de ella.

—¡No tienes honor! —exclamó Anne con reproche.

Las pupilas de Charles refulgieron con afrenta.

—Perdí el honor el día que murió mi hermano —contestó.

Anne suspiró.

—Lady Beaufort no es culpable —le recordó con un hilo de voz.

Charles estuvo a punto de soltar una carcajada. Era cierto que Elizabeth no era culpable, pero los actos de su padre habían sido el desencadenante, y él no podía olvidar.

—Es tan culpable como su padre pues lleva su misma sangre.

Anne lo cortó en seco.

—Estás cometiendo un terrible error.

Charles estaba perdiendo los nervios. Su tía estaba siendo demasiado dura con él.

—¡Mi hermano seguiría vivo si el marqués de Tilney hubiese acudido a mí y no a la corona! —exclamó.

Anne se levantó con pesadez del sillón donde estaba sentada y dejó sobre la mesita de caoba la copa de oporto vacía. Miró con gran resignación a su sobrino y le dio las buenas noches con un timbre de pesar.

Cuando Charles se quedó solo, maldijo violentamente. El claro rechazo de su tía a sus propósitos lo había pillado por sorpresa. Sentía en su interior que no actuaba bien, sabía que existían medios para lograr su propósito sin la necesidad de utilizar a Elizabeth, pero entonces, ¿qué ocurría con la necesidad de castigarla?

Se bebió de un trago el licor que contenía la copa, y la dejó sobre la mesa al mismo tiempo que desterraba de la parte racional de su cerebro los sentimientos sobre el honor y la dignidad que lograban perturbarlo hasta un punto inconcebible. Sabía que había perdido la objetividad, pero no podía permitir que le importara.

CAPÍTULO 14

Elizabeth reía a causa de la broma que le había gastado la hermana de Peter. En las semanas que llevaba en Londres, la compañía de ambos hermanos había sido de enorme ayuda para ella. Los tres habían asistido, con el beneplácito de Charles, a la ópera, y al teatro. Atrás había quedado la insinuación de su marido para que sedujera con sus encantos a Peter. Desde la noche de la cena en Manier la relación entre ambos se había vuelto tolerante. Charles no regresaba nunca para el almuerzo, Elizabeth ignoraba qué tipo de negocios lo mantenían tan ocupado, y por las noches, gracias a la compañía de Anne, las cenas resultaban tranquilas y sin sobresaltos emocionales.

Pero ella tenía que regresar a River Colne, y no saber cómo la atormentaba.

Emma era una muchacha encantadora. Su llegada a la ciudad la había llenado de emoción porque ahora tenía una amiga a quien contar trivialidades, y con quien visitar tiendas de moda. Emma era el comodín perfecto para desbaratar los planes de Charles de seducir a Peter, pues ahora nunca estaba a solas con él.

—No me está escuchando. —Elizabeth pestañeó al ser devuelta a la realidad por las palabras de Emma.

—Meditaba en lo rápido que pasa el tiempo —respondió Elizabeth.

Peter pensó que eso era muy cierto. Habían pasado varias semanas desde la llegada de ellos a la ciudad, pero la tristeza en el rostro de Elizabeth era un distintivo permanente, aunque ella se esforzara en mostrar lo contrario.

—¿Es feliz? —la pregunta de Peter formulada a bocajarro cogió a Elizabeth completamente desprevenida—. Porque no lo parece.

Emma miró a su hermano con el rostro serio. ¿Por qué motivo le hacía una pregunta tan personal a una mujer casada? Desde su llegada a la hermosa ciudad de Londres, no había pasado ni una tarde en solitario gracias a ella. La duquesa era extraordinaria, le había dado la bienvenida a su vida sin cuestionar nada, sin hacer preguntas, y se alegraba de haber encontrado una amiga en una ciudad tan grande y elitista. Por ese motivo censuraba la actitud de su hermano.

Elizabeth meditó hasta qué punto podía responder con sinceridad a la pregunta formulada por Peter.

—Extraño a mi padre y a mi primo Richard. Añoro mi casa de River Colne, en realidad, a todas las personas que me quieren y que están lejos —en la voz de Elizabeth había un timbre de anhelo mezclado con angustia, que le hizo preguntarse a Peter si estaba siendo del todo sincera.

—Tengo la impresión de que su marido no la valora como se merece. Sus actos en los últimos días así lo demuestran.

Elizabeth recibió estas palabras como si fuesen una bofetada, pero estaban llenas de razón.

—¡Peter! —exclamó Emma abochornada, pero la sonrisa de Elizabeth le restó seriedad al momento.

—Mi padre fue el causante de la muerte de su hermano William —la cara de asombro de ambos hermanos fue muy elocuente—. Resulta difícil para él olvidar que mi padre aportó las pruebas que lo incriminaban.

Los ojos de Emma se abrieron de par en par por la sorpresa. Peter entrecerró los suyos pensativo.

—¿No lo sabían? —les preguntó Elizabeth sumamente extrañada.

A Peter le daba apuro admitir que lo desconocía.

—¿El hermano del duque era un espía? ¿De Francia? —preguntó Emma.

Elizabeth negó de forma leve, pero perdida en recuerdos.

—No sé todos los detalles —contestó.

—Debió de ser terrible para su padre —respondió Emma.

Emma tenía en el rostro una expresión de horror.

—El padre de mi esposo era socio de mi padre, y Charles lo fue a su muerte, pero eso fue antes de que todo sucediese.

—Imagino el resto —apuntó Peter con tino.

—Mi padre tuvo que informar de lo que había descubierto, facilitar las pruebas que llegaron a sus manos. Declaró en su contra y lo ahorcaron —confesó ella.

—¿El duque la acusa de lo que sucedió? —preguntó Emma completamente azorada—. Me parece inconcebible.

—Como hija de mi padre tengo parte de culpa en aquello que sucedió.

—¿Era inocente? —preguntó Emma.

Elizabeth negó con la cabeza. Charles Evans Beaufort había perdido la credibilidad. Su honor intachable había quedado manchado.

—Yo no podría resistirlo. Dormir con mi enemigo —Emma hacía cábalas inquisidoras, pero con la inocencia de sus dieciocho años.

—Ese es un tema que no deseo comentar.

—Comprendo —contestó la otra.

—Debe de ser un necio.

Las palabras de Peter tenían una intención que Elizabeth comprendió enseguida, y supo que había llegado el momento de poner la distancia necesaria entre los dos.

—Mi marido no es un necio —respondió con voz seca—. No pienso tolerar ningún insulto hacia él. Espero que lo comprendan.

Emma aplaudió su explicación, no así Peter, que entrecerró los ojos ante su respuesta.

—Discúlpeme, no pretendía mostrarme grosero.

Elizabeth había cometido un error al sincerarse, pero necesitaba que ambos hermanos comprendiesen la frialdad que mostraba Charles, y su reticencia a acompañarla a los diferentes actos a los que tenía que acudir como duquesa. Sin saberlo había afianzado la determinación de Peter de indagar sobre ella y su pasado, pero la entrada de un sirviente que traía una nota, le impidió dar una respuesta apropiada a su último comentario. Tras leerla, Peter miró a ambas mujeres.

—Lo lamento, pero no puedo acompañarlas, tendrán que disculpar mi ausencia involuntaria.

—¿Algo grave? —preguntó Elizabeth con preocupación.

—Debo partir hacia Manchester de inmediato —Peter O'Sullivan iba metiendo diversos documentos en su carpeta de piel, al mismo tiempo que daba la explicación

—Nos veremos pronto —se despidió Elizabeth.

—El conde de Dove da una recepción la próxima semana. Confío en verla allí —Elizabeth no respondió.

Cuando Peter sujetó el pomo de la puerta de salida, Elizabeth y Emma lo siguieron.

—Regresa pronto —fue la escueta despedida de Emma en las escalinatas. Elizabeth lo despidió con la mano, el hombre les devolvió el saludo antes de subir al carruaje que esperaba.

—Nos vemos en unos días.

CAPÍTULO 15

Las noticias no podían llegar en peor momento. Elizabeth seguía sosteniendo la carta en sus manos sin creerse su contenido. A pesar de sus intentos de solucionar los problemas en River Colne, no había podido hacerlo. Mary le pedía en la carta que le enviara dinero para poder pagar a los acreedores y abonar las deudas contraídas en ausencia de ella.

Suspiró profundamente. Su padre no se había comunicado con ella pese a los tres telegramas que le había enviado. Mantener al día las propiedades era mucho más difícil de lo que en un principio había creído.

Elizabeth pensó que su estancia en Surrey no podía durar mucho más tiempo, apenas veía a Charles e imaginaba que sus ansias de venganza habían disminuido lo suficiente como para no importarle lo que fuera de ella. Desde la cena en la casa del barón Breston, apenas habían intercambiado algunas palabras, y meditaba si eso sería bueno o malo.

—¿Son buenas noticias, lady Beaufort?

Elizabeth parpadeó. La entrada de Anne al saloncito azul la había cogido por sorpresa.

—Noticias de River Colne —el tono de su voz había sido de profunda añoranza.

Anne se sentó frente a ella para servirse una taza de té. Elizabeth dobló las hojas con cuidado y las volvió a meter en el sobre blanco.

—Por su mirada, deduzco que está deseando volver.

—Allí tengo todo lo que amo y me importa.

—Entonces no debió venir a Londres —le dijo Anne de forma directa.

Elizabeth levantó los ojos del sobre que sostenía en las manos para clavarlos en el rostro de Anne con profunda consternación. ¿Creía ella por un momento que su regreso a Londres había sido voluntario? Por supuesto. Qué ilusa podía mostrarse en ocasiones. Charles jamás le revelaría a su pariente los planes que tenía para ella.

—Hay situaciones que escapan a nuestro control —respondió Elizabeth en un tono bajo pero crítico—. Mi estancia aquí es una de ellas.

—Pero este es el lugar de la duquesa, al lado de su esposo, aunque parte de lo que ama y le importa se quede atrás.

¿Por qué le parecía a Elizabeth que las palabras de Anne iban más allá de

la superficialidad? Contenían un consejo que era incapaz de entender. Anne había terminado su taza de té y depositó la porcelana en la bandeja que estaba situada encima de la mesita. Elizabeth escuchó el tintineo de la cucharilla al caer sobre la bandeja de plata.

—Mi sobrino ha sufrido mucho —le dijo Anne con censura en la voz.

Ella podía entender la alegación que hacía la tía, aunque no la compartía. Si hablaban de sufrimientos, tenía mucho que decir al respecto.

—Todos sufrimos en mayor o menor medida —respondió en un susurro.

—Irving Mortimer, su abuelo, era un hombre al que admiraba —le dijo Anne con un tono franco que le hizo lanzar una mueca, y que podía interpretarse como el inicio de una sonrisa—. Lamenté su fallecimiento.

Las palabras sonaban sinceras y emotivas.

—Una pérdida absoluta, puedo asegurarlo —la voz de Elizabeth había temblado al recordar la persona de su abuelo.

Irving Mortimer había muerto de un infarto fulminante ante el escándalo desatado en la familia. Si algo caracterizaba a la familia Mortimer era el enorme sentido de la responsabilidad moral y ética que habían demostrado durante generaciones. Moralidad intachable. Honor incuestionable. Irving Mortimer había sido educado con la más alta rectitud, y por eso, ver a su hijo metido de lleno en líos de espionaje, acusaciones, y juicios, había logrado que su corazón se debilitara. Y para colmo de males, su nieta había sido desdeñada y plantada frente al altar el día de su boda. El escándalo había sido de tal calibre, que no lo soportó.

—Mi sobrino no es culpable de los sentimientos de despecho que lo embargan —anunció Anne.

Elizabeth entrecerró los ojos con incredulidad ante la defensa que hacía la tía.

—Uno puede no ser culpable de sus actos, porque a veces son involuntarios, pero sí de sus sentimientos. Él desea odiarme porque de esa forma puede tapar parte de su culpa en la desgracia de su vida. —La tía Anne la miró con fijeza, también ofendida, pero la mirada de la tía no detuvo sus palabras—. William sustrajo información delicada de su propio hermano, y se la dio al enemigo frente a sus narices, Charles también tiene su parte de responsabilidad en todo aquello.

—Lo lamento, no me he expresado bien, duquesa —se disculpó Anne con sinceridad—, y no me refería en absoluto a eso.

—Por favor, no me llame así —le dijo ella completamente atribulada.

Detestaba que la llamaran con el título de su esposo.

—Es usted la duquesa de Goldfinch, sería bueno que comenzara a actuar como tal.

Elizabeth se preguntó si las palabras de la tía eran un consejo disfrazado de reproche. No tenía modo de saberlo ni de cómo debía tomarlo.

—No puedo actuar como tal —le confesó—, pues no sé el tiempo que estaré en Surrey.

Anne la escudriñó durante unos minutos tan largos que a Elizabeth le resultaron pesados.

—Puedo imaginarlo, se siente una víctima dominada por sus acciones —contestó Anne.

—Me siento una víctima, cierto, pero de las acciones de otro —le espetó a bocajarro.

—Mi sobrino no le desea ningún mal —le dijo para desarmarla.

Elizabeth lo dudaba, pero no se lo dijo,

—El sentimiento es mutuo —respondió Elizabeth sin un asomo de duda.

—Es realmente una pena que un matrimonio tan ventajoso resulte estéril, y que se convierta en un arma para hacerse daño mutuamente —contraatacó Anne.

—Creo que está hablando de su sobrino, ¿verdad?

—Hablo en nombre de los dos.

Elizabeth casi suelta una carcajada al escuchar la defensa que Anne hacía de su sobrino, pero se contuvo a tiempo. La respetaba demasiado para ofenderla con sus réplicas ácidas.

—Este matrimonio fue impuesto —contestó sin más.

—Entonces, ambos van a ser muy desdichados —sentenció la tía.

Elizabeth miró a Anne a los ojos sin apartar la mirada un instante.

—¿Y quién le dice que no somos ya unos completos desgraciados?

Un silencio pesado pendió sobre las dos, que mantenían la mirada altanera y la postura erguida en sus asientos.

—Me gustaría creer que sigue siendo la muchacha alegre y confiada que fue una vez —añadió Anne.

Elizabeth tragó saliva de forma forzosa. Se había puesto a la defensiva y contraatacado en un acto reflejo, ya que la muchacha confiada que fue una vez se había esfumado para siempre.

—Aquella muchacha quedó herida de muerte cuando la desdeñaron, y murió definitivamente el mismo día de su boda—confesó al fin con gran pesar

—. Una boda que jamás se tendría que haber realizado.

—No —la contradijo de pronto Anne—, sé que esa mujer está oculta, aunque bajo una coraza protectora.

—No comprendo a dónde nos conduce esta conversación.

—A Charles —le respondió Anne.

—¿A mi esposo? ¿Por qué?

—Porque es mi mayor deseo que le dé una nueva oportunidad.

—¿De perdón? —inquirió Elizabeth con cierto sarcasmo.

—De afecto genuino, de amor. Usted elige el término.

—¿Amor? ¡Imposible! —exclamó con un fervor inusitado.

Toda la ilusión de su pasado estaba echa añicos.

—¿Cuál es el motivo? —le preguntó a su vez Anne, con voz excesivamente seria.

Elizabeth cerró los ojos durante un instante antes de responder.

—Porque me mira y me ve culpable. El odio que lo ata es demasiado intenso para que olvide lo que me hizo —Elizabeth tomó aire—. Podía haber roto el compromiso antes de la boda, pero no, tenía que vengarse de mi padre, y descargó su ira en mí que era un ser inocente. No solo me dejó plantada el mismo día de mi boda, sino que envió un mensaje que me vejaba a todos nuestros invitados. ¿Cómo voy a olvidar eso? Logró que lo detestara con todas mis fuerzas.

—Palabras desafortunadas, mi querida duquesa —la mirada de Anne estaba clavada detrás de ella, y Elizabeth supo entonces, sin que nadie se lo dijera, que Charles estaba tras su espalda. Sentía sus azules ojos clavados en la nuca, y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—Buenas tardes, tía —dijo Charles.

«¿Hasta dónde ha escuchado de esta conversación?», se preguntó Elizabeth llena de pánico. Charles pasó a su lado y tomó asiento en el cómodo sillón de piel sin mirarla. Entrecerró los párpados, tratando de controlar el sofoco. Una cosa era detestar a Charles y su actitud, y otra muy distinta proclamarlo con impunidad delante de su único pariente vivo. Elizabeth no tenía modo de saberlo, pero con la última aseveración había cambiado el rumbo de su destino y la determinación de su esposo.

Charles había escuchado cada una de las palabras que había pronunciado ella, y un sobresalto de asombro lo zarandeó. Esperaba el miedo de Elizabeth, el descorazonamiento actual, pero no que ella albergara un sentimiento de aversión y de rechazo tan intenso e incontrolado como el que pudiera sentir él

mismo. Tenía que demostrarle lo equivocada que estaba con respecto a ese asunto. Tomó la determinación de seducirla y enamorarla por completo, y cuando estuviese vencida de amor a sus pies, le daría el golpe que la quebraría para siempre.

Con esa decisión tomó la taza que le servía su tía sin dejar de mirar a su esposa, haciendo planes apresurados.

CAPÍTULO 16

Se sentía extrañamente abatida. Miró su reflejo en el espejo de la alcoba y detestó la imagen que este le devolvía. El vestido azul oscuro era de una pieza, y estaba confeccionado al estilo imperio como dictaba la moda, y con medio metro de cola que le daba un aspecto muy elegante, aunque iba a ser un inconveniente para moverse con comodidad entre los invitados. El largo de la manga llegaba hasta el codo donde terminaba con una cinta de encaje del mismo entretejido que el chal. Elizabeth decidió prescindir de los guantes. En el cuello llevaba un sencillo collar de perlas a juego con los pendientes que caían sobre sus hombros en forma de lágrimas. En las manos sujetaba un abanico de madera noble de castaño, de calado muy fino, la tela era de seda color crudo con bordados en plata.

Confiaba en que su aspecto estuviese a la altura de lo que se esperaba de ella. Así lo había pretendido a la hora de escoger los diferentes accesorios.

—¿Estás lista? —Charles se quedó plantado en el dormitorio de Elizabeth completamente atónito al verla.

El conjunto que llevaba ella era demasiado regio. El tono azul oscuro realzaba su pelo dorado y hacía que su piel pareciese oro bruñido. En esos momentos, nada de sus conocimientos en el manejo de armas le iba a servir de nada ante porque ella acababa de darle una estocada a su corazón. Ninguna de las enseñanzas aprendidas sobre las mujeres le valdrían para algo, porque ahora, su verdadero enemigo, era lo que comenzaba a sentir por su esposa. ¿Por qué tenía que ser tan hermosa?

Elizabeth pensó que Charles desaprobaba su atuendo, la línea rígida de su mandíbula así lo indicaba, pero ella pretendía dar la mejor impresión a los invitados de esa noche. Muchos de ellos eran conocidos tanto del anterior duque como de su padre: le informarían sobre sus conversaciones, le mostrarían sin una duda sus impresiones, y Elizabeth no podía dar un paso en falso. De pronto, se fijó en el atuendo de su esposo y parpadeó complacida pues la ropa le quedaba como un guante. Su altura y constitución magnificaban cualquier prenda que llevara. La casaca, doble acanalada, era de seda negra. El chaleco, en tonos grises y marrones, era de sarga de seda bordada. Había elegido el pantalón en color negro, aunque menos brillante que la chaqueta. La camisa blanca estaba confeccionada en lino con volantes de algodón, abierta

por delante para cerrarse con lazos y sin aberturas laterales. El cuello tenía la suficiente altura para plegarse sobre el pañuelo de seda blanco. Los puños de la camisa se cerraban con gemelos de zafiros a juego con el alfiler. Charles llevaba el pelo muy corto, como el de un militar, y esa noche se lo había peinado hacia atrás dejando su frente al descubierto. Olía a jabón, y, por un momento, Elizabeth sintió el impulso de acercarse y aspirar su fragancia varonil. Tocar el mentón masculino con la yema de sus dedos... resistió el impulso de hacerlo y pensó que se había vuelto loca. ¡Ansiaba tocarlo! ¿En qué estaba pensando? Que era su marido para lo bueno y para lo malo.

—Si estás preparada... —él dejó la frase incompleta.

Tenía en sus ojos un brillo que Elizabeth no acertaba a comprender. ¿Se habría dado cuenta de lo tremendamente seductor que lo encontraba? ¿De que su corazón se le había desbocado al contemplar su mirada? Sí, Charles era un hombre sumamente atractivo, aunque tremendamente vengativo.

Se aclaró la voz con un carraspeo.

—Estoy lista —Charles le ofreció el brazo, ella lo agarró con un suspiro. Estaba nerviosa, y no era precisamente debido al miedo, sino a otro sentimiento mucho más devastador: el deseo que le provocaba.

En los salones de Hamilton House, la vivienda de John Leandsome, no había un alfiler. Asistían a la cena de gala ministros extranjeros, diversos políticos, comerciantes, gente del teatro y de las letras. Elizabeth parpadeó sorprendida, pues era la primera vez que asistía a una cena tan importante, y de la que no conocía a casi nadie, exceptuando al padrino de su marido, a Peter y a su hermana Emma. La tía Anne había declinado la invitación con suma cortesía, pero a Elizabeth le hubiera gustado que los acompañara porque el trayecto en el carruaje ducal habría resultado mucho menos incómodo de lo que fue.

—Su capa, duquesa —el mayordomo le hizo una inclinación con la cabeza, ella le correspondió con una sonrisa.

Charles desabrochó las cintas que sujetaban la capa de terciopelo a su cuello. Cuando Elizabeth sintió el roce de sus dedos templados, un escalofrío la recorrió por entero, Elizabeth pudo sentir el poder que de él emanaba, y que le penetraba por cada poro de su piel, pero él hizo como si no se hubiera percatado de ello.

Le dio la capa de Elizabeth y la suya propia al mayordomo, que las tomó con sumo cuidado. Un momento después las depositó en uno de los despachos habilitados para ese menester. Cuando el mayordomo hubo acabado la tarea,

los acompañó al interior de la magnífica vivienda, hacia el salón donde tendría lugar el banquete.

—Mi querido ahijado y esposa —John Leandsome caminaba directamente hacia ellos—. Lady Beaufort, está preciosa —el hombre sujetó la palma de su mano y la besó con atención. Un segundo después, le ofreció a Charles el correspondiente saludo—. Confío que disfrutéis la velada en Hamilton House.

—El placer es nuestro padrino.

Charles se mostraba con su padrino como si fuese un familiar cercano. Narváez le mostró una sonrisa sincera de bienvenida.

—Lady O'Sullivan preguntaba por ti hace unos minutos —le dijo John Leandsome—. Temo que no sabe estar sin tu compañía —le dijo sonriente.

Elizabeth recorrió con los ojos la estancia buscando con la mirada a ambos hermanos. Emma conversaba de forma animada con la esposa de un terrateniente amigo de su tío, y Peter llevaba del brazo a una señora muy elegante. La dirigía hacia donde estaban ellos. Las arañas iluminaban el suelo de mármol y los diferentes ramos de flores daban el toque de color y de fragancia al ambiente. Se fijó en los vestidos sobrios de las mujeres y se alegró de haber escogido un tono oscuro, porque así no desentonaba con el resto de invitadas a la cena. Peter llegó a su lado y le hizo una reverencia un tanto exagerada que a ella le pareció divertida. Las presentaciones se sucedieron una detrás de otra.

Por momentos, la mente de Elizabeth regresaba a River Colne, y a las reuniones amenas e interesantes que habían organizado sus padres en el pasado. A Elizabeth le pesaban los recuerdos, y, a un suspiro suyo, Charles la miró de forma penetrante. Ella no había sido consciente de que sus ojos mostraban angustia, ni que sus hombros caídos eran una clara muestra de la derrota que sentía. Afortunadamente, la cena fue anunciada en ese preciso momento. Elizabeth no se creía capaz de soportar la intensa mirada de su esposo durante mucho más tiempo. Su asiento en la larga mesa había sido ubicado al lado de su padrino. Charles estaría sentado frente a ella.

La cena resultó la más larga y aburrida de su vida. La atención de John Leandsome había sido monopolizada por un militar. El acompañante de su izquierda era un señor mayor que adolecía de una sordera pronunciada, Elizabeth se había cansado de gritarle para que oyera sus palabras, por ese motivo optó por el silencio y por perderse en sus recuerdos.

La música en el salón de actos comenzaba a fluir y a llenar de notas

dulces el ambiente festivo del comedor. Sobre el murmullo general se podía escuchar la música de la orquesta. El pie de Elizabeth se movía por debajo de la mesa siguiendo el ritmo y la sucesión de notas, completamente concentrada en la música.

Charles tenía la mirada clavada en ella. Tenerla sentada frente a él durante la cena había sido una gran ventaja. Había contemplado su vacilación al tomar la primera cucharada de crema, tragarla con esfuerzo e inspirar antes de volver a introducir la cuchara en el hondo plato. Era la perfecta dama que no se salía de los cánones establecidos. Enseñada desde la cuna para ser una impecable anfitriona, educada en las más estrictas normas morales. Aunque tuviese el plato lleno de gusanos, no lo despreciaría, y ese conocimiento sobre ella le hizo apretar los labios con enojo porque era la perfecta mujer para el ducado de Goldfinch. Los enormes ojos verdes resplandecían en una cara de ángel, y su cabello, del que se habían desprendido un par de mechones, caían sobre un rostro que tenía una extraña característica de belleza salvaje, y que era capaz de dejar al hombre más mundano sin palabras. Sus bien formados senos se dejaban notar bajo la tela del vestido... Charles respiró profundo porque el deseo se había desatado en él, y apenas podía controlarlo.

Cuando John Leandsome se levantó de su asiento para preceder a los invitados más importantes al salón especialmente habilitado para la orquesta, Charles dejó de mirar a su esposa, que seguía sentada con los ojos fijos en un punto indeterminado de la mesa. Sus dedos se movían sobre el blanco mantel siguiendo las notas de la música, y en las comisuras de sus labios del color de las cerezas, comenzaba el inicio de una sonrisa que no estaba dedicada a nadie en particular, salvo a sus pensamientos. Retiró su silla de forma brusca para levantarse, y la mente de Elizabeth fue devuelta al comedor y a la presencia masculina que tenía en el rostro una expresión dura.

—Tienes que abrir el baile con mi padrino —le dijo Charles. Elizabeth ya lo sabía. Como duquesa de Goldfinch era la mujer con más rango en la cena, y tenía el privilegio de comenzar el baile—. Te llevaré con él —Charles recorrió el largo de la mesa, giró hacia donde estaba ella, y le ofreció el brazo con cortesía.

Elizabeth se levantó con mucha elegancia y le hizo una inclinación de cabeza, aceptando el punto de apoyo. A medida que avanzaban hacia el salón, el sonido de la orquesta resultó mucho más audible, los invitados se reunían en grupos y agasajaban a las invitadas, fuesen esposas o no.

Los ojos de Elizabeth recorrieron las filas y grupos de invitados hasta

que divisó la figura elegante de John Leandsome. Charles la conducía hacia él con pasos firmes. El hombre la recibió con una gran sonrisa. Le ofreció el brazo con una inclinación de cabeza, y un segundo después Elizabeth le daba las gracias a Charles con una bajada de párpados ausente de coquetería. El hombre la condujo hacia el centro del salón y le hizo un gesto a la orquesta afirmativo, unos segundos después comenzó a sonar un vals, y ella se entregó a la tarea de dejarse llevar en el baile. Tras unos momentos en los que danzaron solos, un nutrido de invitados se animó a acompañarlos.

—Te noto muy pensativa esta noche —le dijo él.

Elizabeth dejó de mirar por encima del hombro para fijar sus ojos en el rostro maduro pero jovial.

—Trato de no equivocarme en los pasos —contestó evasiva.

Cuando terminó el vals, Peter le pidió el siguiente baile, y John Leandsome se dirigió hacia una de las invitadas de mayor rango.

—Es un alivio infinito poder bailar con una mujer tan hermosa, y con una voz tan encantadora —le dijo Peter. Elizabeth se dejaba guiar por los brazos de Peter y al escuchar su queja, alzó las cejas en un interrogante mudo. En la cena había estado sentado en el otro extremo junto a su hermana—. El sonido grave de algunos invitados me provoca dolor de cabeza —añadió.

—El acento de Devon es más suave, cierto —aceptó ella.

—¿Les sonará nuestro acento del sur tan peculiar como a nosotros el suyo?

—El acento de Cornualles es mucho más fuerte —le susurró con una sonrisa.

Cuando terminó el baile, Elizabeth buscó con sus ojos a Charles pero no lo encontró en el salón, y enarcó las cejas sin percatarse.

—¿Busca a su esposo? —Elizabeth asintió con la cabeza—. Lo vi marcharse con dos militares hacia uno de los despachos de la planta superior de Hamilton House. ¿Desea que le acompañe a buscarlo?

Elizabeth negó de forma firme. Lo último que deseaba era darle un motivo a Charles para enfadarse con ella por seguirlo por la casa de su padrino.

—Lo esperaré aquí en el gran salón —contestó.

—Entonces iremos junto a mi hermana Emma.

Ambos se dirigieron hacia uno de los rincones del salón de baile donde estaba Emma hablando con la condesa Willis y su nieta Louise.

El ambiente en uno de los salones privados de Hamilton House resultó inesperadamente tenso. Los hombres allí reunidos trataban de marcar las pautas del futuro tratado con Francia. Charles tenía una expresión en el rostro impasible escuchando los diálogos de ambos militares, pero sin intervenir. Los tres hombres se encontraban esperando la llegada de John Leandsome, en ese preciso momento se encontraba en su despacho buscando las órdenes que le habían sido transmitidas en el Parlamento.

—¿Firmará Francia la deportación? —la pregunta la había formulado un general.

—Debe hacerlo pues las relaciones diplomáticas tras el escándalo de William Beaufort se han complicado demasiado.

Charles apretó los labios al escuchar el nombre de su hermano.

—Francia debe retirar a todos los espías de Inglaterra —el oficial de mayor rango no se andaba con rodeos

El duque mantenía una pose atenta. Llevaban demasiado tiempo intentado desenmascarar a los espías infiltrados incluso en los círculos más cercanos a la corona.

—Son demasiado escurridizos —apuntó el oficial más joven.

—¿Cuándo está previsto que Francia retire a sus hombres de suelo británico? —preguntó Charles con un brillo de interés en sus ojos de zafiro.

—Finales de septiembre o principios de octubre de este año.

—Pero no conocemos todavía los movimientos de algunos de ellos. Si los deportamos a todos, perderemos información valiosa que terminarán en manos enemigas —dijo Charles pensativo.

Los dos militares lo miraron.

—Pero es un hecho que uno de esos espías vigila a John Leandsome.

Los tres creían saber de quién se trataba el espía. Eran demasiadas las coincidencias para ignorarlas. Peter de O'Sullivan era un militar que había pospuesto su servicio al ejército durante un tiempo: el necesario para controlar a John Leandsome, pero todavía no tenían pruebas concluyentes.

Charles llevaba mucho tiempo y dinero invertido buscando al hombre que colocó a su hermano en el punto de mira. Él creía ciegamente que su hermano William no era un traidor, y estaba deseando atrapar al verdadero espía.

—Tenemos que saber sus próximos movimientos —los ojos de los militares se clavaron en Charles que parpadeó varias veces.

—Yo me ocuparé de ello —respondió de inmediato—. Sé cómo hacer que el pez muerda el anzuelo.

La entrada de John Leandsome al despacho silenció cualquier posible respuesta de los militares.

—Disculpen mi tardanza.

El silencio que hubo de repente entre los presentes a la entrada de John Leandsome hizo que el político alzara la ceja interrogante. Como buen diplomático no hizo mención alguna al respecto. Conocía de primera mano lo susceptibles que se mostraban los militares en asuntos de Estado, y el que tenían que tratar esa noche era demasiado importante. Tomó asiento frente al general. El único que se mantenía de pie era Charles, que se mantenía absorto mirando los numerosos libros de las estanterías. Pasaba la yema de sus dedos por los lomos de piel lujosamente labrados, como valorándolos.

—Señores —comenzó John Leandsome—, el rey está de acuerdo.

—La deportación enfriará las relaciones con Francia —dijo uno de los militares.

—Francia está muy ocupada con el sur de Europa.

John Leandsome entrecerró sus ojos con suspicacia. Desvió sus ojos hacia el duque de Goldfinch que se mantenía en un sospechoso silencio que él no supo cómo calificar, así como su presencia en la reunión privada.

—El duque de Goldfinch es el más interesado en desenmascarar al traidor.

Para los hombres de la estancia estaba claro que no hablaban de espías franceses sino de un inglés que actuaba de agente doble, ignoraban cuándo se había pasado al bando enemigo.

—Por ese motivo su presencia es tan importante en esta reunión —dijo el general.

John Leandsome hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero con ojos llenos de interrogantes y desbordando escepticismo. Su ahijado tenía que mantenerse al margen de todo ese asunto pues su apellido estaba manchado con el estigma de la traición, pero estaba tan cegado tratando de defender la inocencia de su hermano William, que no atendía a ninguna sugerencia por su parte.

Como si Charles fuese consciente de los pensamientos de su padrino sobre él, trató de excusarse alegando que había desatendido demasiado tiempo a su esposa y que los detalles de la deportación podrían serle comunicados cuando lo estimaran conveniente. Su padrino le dio permiso para que abandonara la reunión y él lo hizo con prontitud.

CAPÍTULO 17

Elizabeth seguía buscando a su esposo en las diferentes estancias del palacio. Abajo, en los salones, se escuchaba el sonido de la música y el bullicio de los invitados. La ausencia prolongada de su marido le resultaba extraña, también preocupante. Confiaba que siguiera en el edificio pues no quería regresar sola.

La indiferencia que mostraba desde la llegada de ambos a Londres le resultaba inquietante, pero no podía permitir que la casa Beaufort fuese la comidilla de la aristocracia por la indiferencia que mostraba su esposo. Su orgullo se lo impedía. Cuando vio con sus propios ojos que su marido salía de forma furtiva del despacho de su padrino, el corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Su posición casi oculta en la parte más alejada del corredor la hacía prácticamente invisible. Elizabeth apoyó su mano derecha en la pared forrada de madera, tratando de recuperar el aliento. Vio que su marido se guardaba unos papeles en el bolsillo interior de su levita, sin dejar de mirar a izquierda y a derecha para cerciorarse de que no lo veía nadie. La sospecha echó raíces profundas en su corazón y lo agitó con emociones contradictorias.

—¡Charles!

La exclamación salió por su boca sin que pudiera contenerla.

Él volvió su rostro hacia ella con mirada acusadora, pero recompuso de forma inmediata su semblante, y le ofreció una sonrisa ausente de sorpresa por su aparición inesperada.

—Te buscaba —le dijo él.

Ella sabía que mentía. «¿Me buscaba en el despacho de su padrino?», se preguntó. Y, entonces, el recuerdo de de William la sobrecogió. Trató de convencerse de que estaba equivocada, Charles no era su hermano William.

—Pensé que te habías marchado a casa —le dijo ella con voz temblorosa, pero Charles no se percató de la leve vacilación al hablarle—. Iba a pedir un carruaje para regresar.

—No podemos marcharnos, todavía no he bailado con mi esposa. —Esas palabras produjeron en Elizabeth el mismo efecto que caminar por el borde de un precipicio sin poder sujetarse a nada.

«¿Por qué motivo su voz suena falsa y contenida?», se preguntó con una profunda desazón.

—No espero que lo hagas —respondió, como si no le importara su descuido.

—Mis amigos sí, y la opinión de ellos me importa demasiado. — Elizabeth se tragó un suspiro lastimoso al escuchar las palabras de él. ¡Iba a bailar con ella para complacer a otros!

—Comprendo...

Pero Charles ya no dijo nada más. La sujetó por la cintura y la condujo hacia las escaleras. Elizabeth se dejó guiar sumida en pensamientos contradictorios. Bailar con su marido iba a resultar una prueba difícil. Cuando llegaron al salón de baile, Charles la soltó un momento para hacer una solicitud al director de la orquesta contratada para el evento. Unos segundos después de que cesara el vals que sonaba, la dirigió hacia el centro de la zona de baile. La posicionó frente a él con ambos cuerpos ligeramente desplazados hacia la izquierda. Subió la mano femenina hasta dejarla reposando en el punto de unión entre su cuello y el comienzo del hombro.

Elizabeth abrió los ojos perpleja: él no podía pretender que bailaran una danza como la que comenzó a sonar, pero así fue, la orquesta comenzó las notas de un ritmo alegre y pleno de brío, muy parecido al que se solía escucharse en los teatros, pero mucho más trepidante.

Charles guiaba sus pasos con la palma de su mano, que tenía puesta en la espalda femenina, al mismo tiempo que pegaba su frente a la de ella. Ninguno de los dos fue consciente de que los invitados comenzaron a replegarse para permitirles un mayor espacio en los movimientos. El brazo de él la desplazó con fuerza y la volvió a sujetar haciéndola girar sobre sí misma varias veces sin que ninguno de los dos perdiera pie en la danza. Elizabeth quedó, tras las sucesivas vueltas, pegada al torso duro y musculado de Charles, que seguía moviéndose al compás de la música, abrazándola de forma íntima. Y, para mayor deleite de los que disfrutaban el baile de ambos, Peter y Emma se unieron a ellos.

—Bailas muy bien, duquesa —ella no supo dilucidar si la halagaba o la insultaba.

Su marido era un bailarín excepcional

—Igualmente, duque —respondió ella con inusitada timidez. Los ojos de él sonreían y Elizabeth no acertaba a comprender por qué motivo se mostraba comunicativo y afable, como si no los separase un río de reproches y ofensas. O puede que sí lo supiera, pero no quería considerarlo. Necesitaba pensar. Pero las manos de él en su cintura, el olor de su fragancia masculina, le

embotaban los sentidos, le nublaban el juicio. «Dios, Dios, Dios. ¿En qué clase de mujer se estaba convirtiendo por culpa de su esposo, pero a la vez soberbio y atractivo.? Se iba a volver loca», se dijo.

El cuerpo de Elizabeth despertó a las sensaciones de golpe, creándole un motín emocional.

—Ni te imaginas las cosas que recuerdo en este momento —le dijo Charles en un susurro. Elizabeth creyó que las palabras de él se referían a momentos desagradables entre ambos, pero estaba completamente equivocada—. Recuerdo cómo se ondula tu cabello cuando lo llevas suelto. La firmeza de tus pechos bajo el corsé. —El rubor tiñó las mejillas de Elizabeth al escucharlo—. Tus ojos brillantes mostrándome que me deseas.

—¡Por favor! —exclamó mortificada—. No.

Pero él desoyó su súplica. La hizo girar sobre sí misma y la sujetó con mucha más fuerza, colocando su palma caliente y dura en el punto que unía su estómago con el comienzo de la curva de su seno.

—Cualquier hombre podría volverse loco por ti —le dijo con cierta aspereza—. Pero yo no soy cualquier hombre...

Ella tragó con mucha dificultad. La música llegaba a su fin, Elizabeth deseaba que acabara cuanto antes. Escuchar a su marido, sentirte abrazada por él, era una tortura inimaginable: una debacle emocional que la dejaba confusa y agotada en el sentido más literal de la palabra.

—Podrías ser mi vida, mi razón de ser —Elizabeth pudo percibir los labios de su marido en su frente. Sintió su cálido aliento al pronunciar las palabras. Había convertido el momento en algo único, íntimo. Desquiciante—, pero cualquier sentimiento que pudiera albergar por ti, fue asesinado por las acciones de tu padre.

La última palabra le hizo perder pie, afortunadamente, la música había cesado al fin. Elizabeth se había quedado parada frente a él con los ojos llenos de un dolor que no podía controlar ni pretendía disimular. Charles tenía el poder de hacerla subir hasta las estrellas para dejarla caer después al vacío sin que pudiera agarrarse a nada, ni siquiera a su orgullo herido.

Charles la sujetó por la cintura para apartarla de la zona de baile. Había comenzado otro vals. Elizabeth reaccionó al fin apartándose como si su contacto la hubiera quemado, y le dio igual que los invitados, que los miraban con interés, se percataran de su semblante afligido y de su postura vencida.

Charles había percibido completamente durante el baile la lucha emocional que sostenía ella consigo misma. Su postura contenida, pero ávida.

La vacilación de sus ojos y del brillo anhelante de sus pupilas al sentir el contacto de sus manos sobre la espalda. Había sido plenamente consciente del leve estremecimiento de su cuerpo cuando sus dedos rozaron los hombros desnudos de Elizabeth, y supo que podría hacerle mucho más daño del que había previsto, pues ella misma iba a contribuir a su completa caída a los infiernos.

Casi podía paladear el momento de verla rendida, quebrada de espíritu, aunque durante un breve instante, y de forma inesperada, el remordimiento lo azotó, pero logró desterrarlo a tiempo de que arraigase. Estaba determinado a cobrarse la venganza sobre ella. Le resultaba muy duro llevar a cabo su propósito, pues la detestaba y la deseaba en la misma medida. Era incapaz de sopesar qué sentimiento prevalecía sobre el otro.

Las continuas miradas de infelicidad de su esposa eran como dedos que acariciaban su corazón para disuadirlo de su decisión de venganza. Pero tenía que castigarla para que sufriera el padre.

CAPÍTULO 18

Charles no supo cómo interpretar el silencio de Elizabeth en el viaje de vuelta a Surrey. Los momentos posteriores al único baile que habían compartido se habían vuelto amargos. Ella no había querido despedirse de John Leandsome que atendía en ese momento a unos comerciantes de Bristol. La urgencia de su esposa por salir de la casa era una pequeña victoria para él. No obstante, el regalo de su silencio le producía un ligero malestar, pero no podía reprochárselo. Se había mostrado como un cabrón sin escrúpulos.

Elizabeth tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla del carruaje, y él comenzó a analizar el contorno de su perfil aristocrático. Clavó sus ojos en la línea larga de su cuello cremoso, del escote pronunciado que no cubría la capa. Cada palabra íntima que le había ofrecido para molestarla le había despertado unos deseos abrasadores. Su esposa era una mujer tremendamente fascinante, de una seductora inocencia que lo atraía, pero el dolor de la traición perpetrada por su padre prevalecía sobre el deseo lujurioso que le provocaba.

Siguió mirándola con intensidad, llevaba el adorno del cabello ligeramente escorado hacia la izquierda: como si el peso hubiera terminado cediendo a la gravedad. De pronto, sintió la urgente necesidad de quitárselo y soltar los suaves rizos, pero contuvo el impulso a duras penas. Bajó los ojos hasta las pequeñas manos que tenía recogidas en su regazo, las mantenía inmóviles. Su piel brillante contrastaba con el terciopelo rojo del sillón y lo acentuaba. Su postura erguida daba muestras de que se mantenía en tensión, sin permitirse relajarse en su presencia, detalle que le provocó una sacudida inesperada.

Elizabeth sentía los penetrantes ojos de su marido clavados en ella, no obstante, había llegado a un punto donde no había retorno. El corazón humano tenía sus limitaciones y Charles la había llevado con sus acciones y palabras al extremo del dolor y la inquietud. No iba a jugar su juego maquiavélico. Había decidido regresar a River Colne de inmediato, aunque para ello tuviera que pedirle ayuda a Peter O'Sullivan. Se acabaron las estocadas afiladas, las noches de insomnio que padecía desde que había puesto un pie en Surrey.

Cuando el carruaje paró en la puerta del castillo, Elizabeth no quiso esperar a que él la precediera para ayudarla a bajar los tres escalones,

pensaba evitar como fuera cualquier contacto físico con él. Cuando el lacayo abrió la portezuela, ella saltó como un resorte del asiento, pero calculó mal la agilidad de su esposo, que sujetó el vuelo de su capa negra para impedirle una escapada rápida. Elizabeth quedó trabada con los pliegues de la gruesa tela, que se le enredaron en los pies, y terminó por permanecer sentada en el mullido asiento.

Charles escuchó el improperio que soltó en voz baja y sonrió de forma ladina. Conocía perfectamente el motivo por el que Elizabeth quería salir huyendo, pero no pensaba darle tregua. La tenía justo donde quería, y allí iba a mantenerla hasta que él decidiera lo contrario.

La lentitud de Charles al recoger su elegante capa negra y ponérsela sobre los hombros, la puso en tensión. Lo veía colocarse los guantes de piel como si el tiempo fuese algo carente de importancia, y ella no estuviese impaciente por bajar del carruaje y llegar hasta la casa para desaparecer de su presencia turbadora.

—¿Debo esperar toda la noche?

Elizabeth se arrepintió de inmediato de las palabras pronunciadas, habían salido de su garganta con voluntad propia. Pero él no respondió a su provocación. Se colocó el sombrero ladeado en la cabeza y la miró con ojos llenos de burla. Elizabeth se mordió el labio con gesto ofendido, sabía que su lentitud era intencionada.

—Soy un caballero —le dijo al fin—, y pienso comportarme como tal a pesar de tu impaciencia.

El lacayo seguía manteniendo abierta la puerta del carruaje. Charles descendió al fin el primer escalón. Ella no esperó a que él bajara del todo, estaba ansiosa por perderse en su alcoba. Charles se giró y Elizabeth esperó que le ofreciera la mano, por ese motivo se quedó rígida cuando él la sujetó por la cintura y la alzó en vilo: la dejó suspendida entre el vacío y su torso recio. Un segundo después, la fue deslizando hacia el suelo, pero sin perder el contacto de ambos cuerpos. La barbilla de Elizabeth quedó a escasos centímetros de la frente de él, y en el sensual deslizamiento por su recio pecho, percibió con claridad sus músculos duros y bien definidos. La fuerza de sus brazos, su respiración profunda, y el aliento tibio que la acariciaba a medida que iba resbalando hacia el suelo. Sus fosas nasales se llenaron de su aroma masculino. Y todo su cuerpo se llenó del poder que de él emanaba. Lo consideró un castigo que en modo alguno se merecía, aunque su cuerpo hambriento ansiara su contacto. Sus pies tocaron el terreno firme, pero las

rodillas no la sostuvieron. Cerró los ojos durante un momento tratando de recobrar la coordinación de sus músculos. Gracias a Dios, Charles no la había soltado del todo, la tenía sujeta por la cintura.

—¿Te encuentras bien? —la pregunta le sonó burlona, pero no le dio la satisfacción de mirarlo.

Tensó la espalda e irguió el mentón. Él se estaba divirtiendo de lo lindo con su incomodidad. ¿Buscaba guerra? ¡Que ardiera Troya!

—Creo que he bebido demasiado champán en la cena —respondió en un susurro apenas perceptible para darle a entender que su debilidad era causada por culpa del alcohol y no por su contacto. Y sin esperar ningún comentario más, emprendió la subida al castillo.

Antes de tocar la aldaba, el mayordomo abrió la puerta. Elizabeth cruzó el umbral decidida sin volver la vista para comprobar si Charles la seguía. Escuchó las palabras de despedida para el cochero, la conversación banal con el lacayo, y los pasos que la seguían de cerca. Justo cuando alcanzaba el centro del vestíbulo, Anne le salió al paso.

—Lady Beaufort... —los pies de Elizabeth se quedaron clavados a las frías losas, la escapada a su alcoba tendría que posponerse un poco más—. Tiene visita.

Elizabeth abrió los ojos sorprendida. ¿Visita? ¿A esa hora de la noche? Charles estaba parado justo detrás de ella. Aunque no podía verlo, supo que le entregaba la capa, el sombrero, y los guantes, al mayordomo, que se mantenía erguido con la espalda hacia la puerta de entrada.

—¿Visita? —preguntó completamente sorprendida, y de pronto el desastre se desató en esa noche.

—¡Lizzie! ¡Lizzie!

Una voz infantil se escuchó desde el interior del saloncito azul. Sophie salió a su encuentro con el ímpetu y la ansiedad de una niña que ha estado demasiado tiempo separada de su ser más querido. Mary la seguía de cerca con el rostro contraído de angustia. «¿Qué hacían las dos en Londres?», se preguntó atónita. Elizabeth no se encontraba la voz, pero la profunda exclamación tras su espalda le hizo reaccionar ante el desastre.

—¡Tesoro! —abrió los brazos para sostener el pequeño cuerpecito—. ¡Qué sorpresa tan maravillosa!

La niña le echó los brazos al cuello y la besó profusamente. Elizabeth le devolvió el gesto tierno arrullándola con mimo. ¡La quería tanto!

—No ha permitido que la acostara. Estaba demasiado ansiosa —la voz

de Mary estaba impregnada de preocupación.

Sus ojos oscuros se paseaban de la figura que seguía tras su espalda completamente inmóvil a la niña que sostenía ella.

—Las doncellas han preparado la habitación que comunica directamente con la suya, duquesa, pero la pequeña se niega a irse a la cama —las palabras de Anne le hicieron apretar los labios ante lo que se avecinaba.

Charles seguía quieto detrás de ella sin dar un paso hacia delante o hacia atrás. Podía escuchar perfectamente su respiración incrédula. Percibía la tensión de su cuerpo, y, con la niña en sus brazos, se dio la vuelta para enfrentarlo.

«¡Los malos tragos cuanto antes mejor!», se dijo, aunque con un ánimo falso.

—Querido —Elizabeth inspiró profundamente antes de soltar toda la artillería—, te presento a lady Sophie Mortimer, mi hermana.

Charles estaba completamente descolocado y sin poder apartar los ojos de la pequeña que sostenía ella entre sus brazos. A pesar de la sombra proyectada sobre la niña por la figura de Elizabeth, pudo fijarse en su pelo negro, en su rostro ovalado, y en los profundos ojos de color azul oscuro. Su rostro era igual a uno que amaba muchísimo, y que había muerto mucho tiempo atrás. Charles sintió como si un puñal afilado se le clavara directamente en el corazón.

La pequeña lo miraba completamente absorta. Ajena a la tensión de los adultos.

—Le ruego que nos disculpe. Esta preciosidad tiene que irse a la cama, pero le ofrezco mi palabra de que bajaré en el momento en que se haya dormido.

Elizabeth no esperó una respuesta. Enfiló las escaleras y comenzó a subirlas con su preciosa carga. Mary la seguía solícita sin volver la vista atrás. En el vestíbulo quedaron él y Anne observando la subida de las tres.

Charles clavó los ojos en su tía, que se veía bastante azorada.

—¿Sabía algo de esto? —le preguntó.

Anne negó con la cabeza varias veces.

—Llegaron hace cuatro horas, y puedes creerme si te digo que casi sufro un vahído al contemplarla. No he podido despegar mis ojos de esa criatura.

—Es una Beaufort —afirmó Charles para sí mismo—. Tiene el rostro de mi madre...

—Sin lugar a dudas —respondió Anne.

—¿Cómo...? —pero fue incapaz de terminar la pregunta, se sentía como si lo hubiesen zarandeado con fuerza y le hubiesen separado el cerebro del cráneo.

—Mi querido sobrino, tendrás que preguntarle a tu esposa el porqué de su silencio premeditado sobre algo tan importante como esa niña, porque no me cabe duda que pertenece a nuestra familia.

CAPÍTULO 19

—¿Por qué? —la pregunta directa de Elizabeth hizo que Mary bajara los ojos al suelo.

La niña se había dormido al fin tras unas enérgicas protestas que había logrado apaciguarla, ella se había mantenido firme al respecto.

—El banco no aceptaba más pagarés —le informó Mary. Elizabeth chasqueó la lengua con ira. Los banqueros eran unos parásitos—. Esperamos noticias tuyas durante varias semanas —la última frase había sonado como una crítica.

—Desde aquí no puedo acceder al banco, y no puedo sacar dinero mientras mi padre se encuentre en París —le dijo ella muy preocupada—, no sabía de qué modo hacerlos llegar efectivo sin tener que recurrir a mi esposo, aunque ya había decidido pedirle dinero a un amigo para enviártelo.

Ambas mujeres se miraron de frente.

—¿Qué amigo? —preguntó Mary sorprendida.

Elizabeth le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Por qué no acudiste a mi primo Richard? —le preguntó a su vez.

—Traté de hacerlo, pero está de viaje en Italia —respondió Mary con cansancio.

Elizabeth cerró los ojos llena de impotencia. Su familia tenía importantes propiedades en la ciudad de Roma. Richard viajaba a menudo allí para encargarse de ellas.

—¿Cómo has podido pagar los pasajes?

Mary entrecerró sus ojos oscuros.

—He gastado parte de mis ahorros —le respondió.

Elizabeth se mordió el labio inferior preocupada. Que Mary hubiese gastado el dinero que había logrado ahorrar, le producía un malestar infinito.

—¿No confía en el duque de Goldfinch? —la pregunta de Mary la cogió por sorpresa.

—Te dije que regresaría pronto —Elizabeth obvió su pregunta—. Tenías mi permiso para vender lo que hiciera falta hasta que yo regresara.

Mary apretó los labios con un poco de ofensa.

—Sophie tiene que estar con su familia —le dijo en un tono que no admitía evasiva. Elizabeth masculló al escuchar la crítica de la persona que

ella consideraba su amiga—. Tu esposo es ahora su familia.

Elizabeth se pasó la mano por la frente en un intento de calmar el dolor de cabeza.

—¿Vas a quedarte aquí de forma definitiva? —le preguntó Mary contundente.

Elizabeth no respondió enseguida.

—Se te ve agotada, Mary, te acompañaré hasta la alcoba que se te ha asignado —seguía eludiendo las preguntas comprometidas que le formulaba Mary.

No era el momento ni el lugar para explicar por qué razón no había regresado a River Colne.

—El viaje ha sido demasiado largo y exasperante —confesó Mary—, estoy deseando reposar la cabeza en la almohada y no levantarme en tres días.

Elizabeth la guio por el corredor hasta el dormitorio que había sido destinado para su amiga, estaba a escasos metros del suyo. Los baúles habían sido deshechos y la ropa colocada en sus respectivos lugares.

—Ahora podrás descansar —le dijo ella abriendo la gruesa puerta.

—Han sido las horas más largas de mi vida —explicó Mary con un tono de reproche.

—No tenía modo de saber que estabais aquí esperándome.

Mary ya no le respondió, se le cerraban los ojos de puro cansancio. Elizabeth contempló cómo se desvestía con mucho esfuerzo, por ese motivo la ayudó a meterse entre las sábanas.

—Habla mañana temprano —le dijo con voz determinante.

—Más tarde pasaré a ver a Sophie —dijo Mary bostezando, pero Elizabeth negó con la cabeza. Su amiga estaba realmente agotada.

—No te preocupes y descansa. Yo me encargaré de ella esta noche.

Elizabeth cerró la puerta de la alcoba de Mary y se apoyó en la suave madera. Ella también estaba agotada, pero antes tenía que cambiarse de ropa y cerciorarse de que Sophie seguía dormida. Alzó su mano derecha y comenzó a quitarse las horquillas que sujetaban sus rizos, el terrible dolor de cabeza aumentaba. Masajeó con sus dedos el cuero cabelludo para restablecer la circulación y aliviar así la tensión del cuello.

Cuando llegó al dormitorio de Sophie, dudó un instante antes de abrir la puerta y cruzar el umbral. Su llegada complicaba mucho las cosas, pero ella no era mujer de desánimos fáciles. Finalmente se decidió a entrar. ¡La había

extrañado tanto! Estaba realmente preciosa y había crecido mucho.

Cuando fijó la mirada en la enorme cama, vio la silueta de Charles que estaba sentado e inmóvil en la orilla del lecho. Miraba a Sophie con atención sin perderse detalle de su rostro, de su pequeña figura dormida. Elizabeth avanzó con pasos lentos, como si arrastrara una pesada cadena que hubieran atado a sus pies y se situó a su lado. Escuchó su respiración agitada por emociones que lo desbordaban, pudo sentir la tensión en sus hombros, y cuando alzó la vista hacia ella, lo que vio la dejó helada. Las pupilas de Charles brillaban con un profundo dolor. Abrió la boca para decirle algo pero él no le permitió una palabra, se alzó y colocó su fuerte mano derecha en el cuello de Elizabeth. Ella retrocedió un paso hacia atrás, y él se tomó el gesto como cobardía y no como precaución.

Charles la fue empujando hacia atrás con inmensa ira hasta que la espalda de Elizabeth tocó la dura pared y la presión que ejercía sobre su cuello se acentuó. Le costaba respirar, pero no le pidió que la soltara. Lo veía debatirse en un sinfín de emociones que no controlaba.

—¡Siento deseos de estrangularte! —le espetó con voz como el hielo y, de repente, la boca de Charles cayó sobre la de Elizabeth con brutalidad.

Su mano seguía sujetando el mentón, pero aflojó la presión que ejercía.

La besó con fiereza, como si pretendiera castigarla. La obligó a abrir la boca a su voluntad para someterla con su beso. Su mano comenzó a buscar dentro de la ropa femenina la carne tierna, ella se debatía con fuerza, pero sus poderosos brazos la sujetaban. Un momento después, Elizabeth dejó de luchar y se apoyó sobre el cuerpo masculino, que la sujetó con más firmeza. De pronto, el beso salvaje, castigador, se convirtió en una caricia íntima. La mano de Charles se volvió sutil, ligera bajo el escote de su vestido. Tomó uno de sus pechos y lo acarició con delicadeza. Su lengua seguía explorando en la cavidad húmeda despertando sus sentidos.

Elizabeth se abandonó de forma lenta, dulce. Lo amaba y estaba cansada de ocultarlo. Nunca había dejado de amarlo, a pesar de sus acciones pasadas.

Sin apenas percatarse, Charles la fue llevando hacia el dormitorio que estaba comunicado con el de Sophie por una puerta que dividía ambas alcobas. Hasta que Elizabeth no sintió el lecho tras su espalda, no fue consciente de lo que sucedía. La boca de él la dejaba sin capacidad de reacción. Charles comenzó a bajar los labios en un premeditado recorrido que fue dejándole un reguero ardiente al paso de su lengua por el cuello y el busto turgente. Se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes

brazos que la sujetaban, fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él. Ya no la obligaba, había liberado su brazo y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino. Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar, y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en su interior. Sin saber qué debía hacer a continuación, entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrara en el interior de su boca.

Cuando sintió el contacto se estremeció.

Sintió el aliento tibio sobre la corona de su pecho izquierdo, el profundo escote estaba diseñado para tal fin, y gimió cuando él lo chupó con avaricia. Elizabeth comenzó a recobrar la cordura cuando sintió la brisa helada sobre sus piernas desnudas. Charles le había subido la falda del vestido, pero las constantes pulsaciones en su vientre, los días de tensión, y el temor acumulado, estallaron en una eclosión de necesidad acuciante que la dejó aturdida y sin capacidad de reacción para negarse. Sus caricias le hicieron estremecerse y lanzar un suspiro ahogado. Sintió el desgarrón en sus bragas y los dedos de Charles que se movían con avidez en su hendidura resbaladiza. De pronto, con un movimiento apenas perceptible, Charles la penetró de una embestida y se quedó quieto en su interior. Elizabeth podía sentir los latidos del corazón de él, percibía la respiración jadeante junto a su oído, la mano caliente que seguía aprisionando uno de sus senos con posesividad. Ella ni se había percatado de cuándo había abierto los botones de sus pantalones para sacar su miembro y penetrarla. Lo sentía en su interior, duro, pleno y se dedicó a tomar conciencia de todas las sensaciones que le despertaba. Tras unos segundos de vacilación, Charles comenzó a moverse en un constante vaivén que la fue llevando hacia al paraíso del placer sin ser consciente de que iba a bajar a los infiernos de golpe, pero en ese instante de locura, a ella no le interesó perder el tiempo en lamentaciones.

La besó. La besó con un ansia posesiva.

Elizabeth era plenamente consciente del sabor de la boca de su marido, de su aroma varonil, de su transpiración. Ambos llevaban la ropa puesta, pero eso era una banalidad en ese momento. Eran como dos náufragos que de pronto encuentran un manantial fresco donde saciar la sed que los consume. Unos momentos después, y sufriendo una profunda agonía dulce, Elizabeth se estremeció bajo su esposo, que la siguió en esa carrera frenética sin importarle si se estrellaba o no, se sumó al orgasmo de ella instantes después.

La inquietud y la pesadumbre tras el arrebató pasional no se hizo esperar

y los golpeó a ambos con una brutalidad demoledora.

El peso de Charles la hundía en el blando colchón de plumas, pero él no hizo ningún intento de aliviar la carga sobre ella. Estaba demasiado conmocionado para reaccionar, seguía con la mente llena de interrogantes. La había deseado durante demasiado tiempo, sobre todo desde el momento que la hizo suya por primera vez, y ver la cara de esa niña que dormía como un ángel en la habitación continua, había despertado a la fiera que palpitaba en su interior. Charles era un hombre atormentado. Ante las ganas que sentía de golpearla, había optado por el camino más corto aunque más espinoso: hacerle el amor como un loco, y sin pensar, sin razonar nada.

Había cometido el único acto censurable: amarla de nuevo.

Elizabeth pudo escuchar el profundo suspiro de aflicción que soltó él, pero ella había llegado a amarlo a pesar del sentimiento de rechazo y aversión que había visto en sus ojos durante semanas. Lo amaba, y ya no tenía remedio.

—¿Por qué me la ocultasteis? —ella no comprendía.

—¿A qué te refieres? —le preguntó tuteándolo por primera vez.

Charles rodó sobre sí mismo y quedó tendido de espaldas al lecho. Elizabeth se bajó la falda del vestido.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Elizabeth seguía sin comprender a qué se refería—. Cuando la he visto —continuó él—, he sentido como si un vendaval me hubiera azotado. No podía pensar con lógica.

Elizabeth optó por levantarse del lecho y colocarse la ropa desaliñada. Tenía un pecho fuera del corpiño y la falda completamente arrugada. Charles la imitó con ademanes pesados. Ella le daba la espalda porque no podía mirarlo, todavía no.

—¿Por qué rehúsas mi mirada? ¿No tienes nada que decirme? —preguntó Charles.

Cuando hubo recompuesto su atuendo lo mejor que pudo, se volvió hacia Charles que la miraba con la frente arrugada en una incógnita. Su camisa estaba parcialmente abierta. Elizabeth se fijó en la piel expuesta, y se lamió los labios con nerviosismo.

—Porque es una Beaufort, ¿verdad? —le preguntó a bocajarro.

Ella seguía en un silencio que le pareció sospechoso, pero Charles no tenía modo de saber que ella se sentía mortificada por la forma en que la había amado por segunda vez. Sin delicadeza, sin miramientos. Elizabeth había adoptado una actitud serena que desmentía el nerviosismo de sus ojos.

—¿Quién es una Beaufort? —preguntó en un susurro.

A la vista estaba de que hablaban de cosas distintas.

—¡Sophie! —le espetó de forma estridente sin ser consciente de que podía despertar a la niña que dormía en la habitación contigua.

Elizabeth mantuvo su silencio durante un minuto eterno. Tenía los ojos abiertos como platos.

—Sophie es hija de mi padre, es mi hermanastra —dijo al fin.

Charles retrocedió un paso completamente aturdido por las palabras de Elizabeth. Su rostro era una máscara de incredulidad. Sus ojos buscaron en el rostro de ella la aclaración que negase su declaración anterior, pero Elizabeth le sostenía la mirada con franca determinación. Él creyó al mirarla que mentía, y entonces, la inmensidad de la revelación lo golpeó con una saña estremecedora. Sophie no podía ser hija de Frank Thomas Mortimer. La niña era hija de su hermano William, ¿quién era la madre? ¿Por qué se la habían ocultado?

El corazón de Elizabeth latía de forma descontrolada. Cuando contempló con sus propios ojos la devastación que había logrado la revelación en su marido, hizo ademán de acercarse a él, pero Charles detuvo su avance con una mano alzada. Si ella se acercaba, sería capaz de golpearla. Elizabeth se preguntó por qué motivo afectaba tanto a su esposo descubrir a la hija ilegítima del marqués de Tilney. ¿Creía a caso que la pequeña ensuciaría el buen nombre de los Beaufort? Elizabeth tensó la espalda. Ella no iba a permitirle ningún insulto o desprecio hacia su hermana pequeña.

Charles necesitaba recuperar el control.

—¿Por qué la presencia de Sophie te ha molestado tanto? —le preguntó con mirada extrañada—. Si estimas que su presencia en Surrey es un inconveniente, nos marcharemos por la mañana —concluyó al fin Elizabeth, pero él se sentía incapaz de coordinar las palabras en la mente, era como si le hablase en una lengua desconocida.

—¡Vete! —le espetó furioso—. Sal de mi vista enseguida.

Elizabeth lo miró con ojos brillantes. De verdad que no entendía su actitud.

—¿Deseas que me vaya? —le preguntó atónita—. ¿Tanto te ha perturbado la llegada inesperada de mi hermana pequeña?

Él la cortó con un gesto negativo de su mano. No podía con sus mentiras.

—Te irás de inmediato —Elizabeth emitió un gemido al escuchar la orden. Tenía mucho que contarle, pero él estaba sordo a todo lo que no fuese la furia más negra—, porque no respondo de mis actos.

—Charles, escucha —le dijo de forma entrecortada—. Sophie no tiene la culpa de ser ilegítima...

Charles la cortó con voz de hielo.

—No sabes cuánto te desprecio —Elizabeth tenía que hablar, pero él no le permitía una explicación—. ¡Vete!

—Sophie no tiene la culpa de nada —repitió—. Y no pienso permitir que la insultes.

Charles maldijo de forma violenta. Si se quedaba un segundo más en la presencia de ella, iba a terminar por hacer una locura, como estrangularla con sus propias manos. Tenía que recuperar el control sobre sí mismo.

—¡No mientas más! —le gritó con el rostro mortalmente serio—. ¡Sé de quién es hija! Y me la habéis ocultado.

El pulso de Charles seguía descontrolado. Elizabeth tensó la espalda al escucharlo.

—No soy una mentirosa, y no puedo entender tu actitud. Si la presencia de mi hermana perturba tu inmaculada rectitud, nos iremos —la declaración de Elizabeth se le clavó en las entrañas como un dardo afilado—. Pero te recuerdo que es un ser inocente que no tiene la culpa de su concepción.

—¡Calla de una vez! —exclamó colérico—. ¿No ves que no respondo de mis actos?

Elizabeth suspiró completamente atribulada.

—Nos iremos por la mañana —aceptó con voz temblorosa.

—Te marcharás ahora mismo —le respondió, y, sin pensar en nada más, la sujetó por el brazo y la arrastró fuera de la alcoba hacia el corredor y las escaleras que comunicaban ambas plantas. Elizabeth se resistía, pero la fuerza de él era muy superior a la suya.

—Te doy mi palabra de que nos iremos mañana por la mañana.

— ¡No! —exclamó él con voz afilada mientras la arrastraba hacia la salida de la casa.

—¡Charles! Por favor... por favor...

Ya habían alcanzado el centro del vestíbulo, y, aunque Elizabeth trataba de frenar con sus pies el avance, Charles estaba demasiado obcecado para escuchar su ruego. Abrió la gruesa puerta de la calle y la dejó plantada fuera de un empujón.

—Si vuelves, juro que... —no concluyó la amenaza. El nudo que sentía en la garganta era como un puño que lo aprisionaba e impedía que el aire circulara hacia sus pulmones.

Elizabeth no podía articular palabra. La puerta de Surrey había sido cerrada en sus narices. Una brisa fría le puso los vellos de punta, y se percató de que solamente llevaba puesto el vestido de fiesta y que en modo alguno podía protegerla del aire húmedo. ¿Cómo iba a pasar la noche en la calle? Decidió tocar la aldaba hasta que la dejaran entrar alguno de los lacayos, pero escuchó a través de la puerta la amenaza que él profería. Si alguno de los criados le abría la puerta, sería despedido de inmediato. Se dejó caer en el suelo completamente abatida.

CAPÍTULO 20

O'Sullivan miró al doctor con ojos preocupados. La llegada de Elizabeth aterida y sola, lo había llenado de enorme preocupación. Ella únicamente le había explicado que había reñido con Charles, y que en un arrebato, había decidido abandonar el castillo sin medir las consecuencias de su impulso. Había explicado de forma vaga la ausencia de carruaje y abrigo, pero él era un hombre paciente y podía esperar más detalles.

—Enfriamiento —dijo el doctor—. Lograremos bajarle la fiebre y calmaremos esa tos.

Elizabeth no podía parar de temblar con profundos escalofríos. Había caminado durante horas en la fría noche hasta llegar a la casa de Peter y Emma en el otro extremo de la ciudad. Los blandos zapatos de baile se habían roto por varias partes, casi había llegado descalza, pero lo peor había sido el frío que le había calado hasta los huesos. Gracias a Dios que sus amigos la habían recibido con los brazos abiertos, aunque profundamente consternados. Elizabeth había sido escueta en su explicación de por qué llegaba sola y helada, él se encontraba ansioso de que le ofreciera las respuestas a sus preguntas silenciosas, pero ella le había prometido que se las daría. horas después, había caído enferma.

Tras dos días de tos y convulsiones la fiebre había alcanzado un punto peligroso. O'Sullivan se moría de ganas de pedir explicaciones al duque de Goldfinch, pero le había hecho una promesa a ella de esperar hasta su total recuperación.

—Mary debe de estar al llegar —le dijo él con voz grave. Elizabeth iba a darle las gracias por todas las molestias, pero un nuevo acceso de tos se lo impidió—. Descansa. Hablaremos más tarde.

Elizabeth se tapó con la gruesa colcha en un intento de que el calor no se le escapara del cuerpo, necesitaba recuperarse cuanto antes. Tenía tanto que agradecer, en primer lugar a Emma que le había prestado la ropa que llevaba puesta. Charles la había dejado en la calle solamente con lo puesto.

—¡Por San Jorge! —la exclamación de Mary hizo que Elizabeth se reincorporarse en el lecho. Cuando vio frente a ella a su amiga, rompió a llorar de forma desconsolada. Mary la abrazó y la arrulló con cariño, tratando de calmarla—. ¡Estás ardiendo!

—¿Cómo está Sophie? —el silencio de Mary le produjo un escalofrío que en modo alguno era debido a la fiebre—. ¿Mary? —insistió Elizabeth que se quedó apoyada en el codo y sin dejar de mirar con ojos enfebrecidos a su amiga y confidente.

—Tu hermana no se encuentra en Surrey —respondió Mary. Un silencio hiriente se instaló en la alcoba. «¿Qué diantres trata de decirme!», se preguntó Elizabeth—. Ignoro su paradero, aunque imagino que su ausencia no será por un tiempo prolongado.

—Tengo que ir a buscarla —Elizabeth hizo un amago de reincorporarse en el lecho, pero Mary la sujetó con fuerza mientras le pasaba un paño húmedo sobre la frente.

—No —le dijo la mujer—. Pero no tenías que haberle ocultado que tenías una hermana ilegítima.

¿La acusaba? ¿Cómo era posible? Elizabeth suspiró de forma entrecortada, cualquier movimiento le suponía un esfuerzo supremo.

—No se lo dije porque pensaba regresar cuanto antes a River Colne —se justificó con un nuevo acceso de tos.

—¿Por qué no hablaste con tu padre? Él es el único responsable de la pequeña Sophie —Elizabeth cerró los ojos con cansancio, pero las palabras de Mary eran una verdad aplastante.

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de la seguridad de mi hermana pequeña —respondió molesta.

—El duque de Goldfinch es ahora responsable de la pequeña hasta que regrese tu padre.

—¡No! —respondió con un hilo de voz—. Se cree tan intachable y recto que no puede soportar su presencia —reconoció con voz temblorosa—. Es un desgraciado, y no pienso permitir que nos separe sus prejuicios.

—¿Acaso no lo ha hecho ya? —le preguntó Mary con sarcasmo.

Pero ella había hecho una promesa solemne y la había cumplido, hasta las últimas consecuencias.

—Le juré a mi padre que yo sería la madre de Sophie, le prometí que la cuidaría con mi vida siempre que él estuviera fuera, y no pienso faltar a mi palabra.

Mary maldijo de forma ostensible.

—El marqués fue un irresponsable. Con sus años, y liándose con pelanduscas.

Elizabeth se mordió el labio inferior profundamente desolada. Amaba a

Sophie con toda su alma. Era su madre de corazón, y Charles no podía separarlas.

—La madre de Sophie no era una mujer de mala vida sino una viuda honorable. ¿Dónde estará mi hermana? —volvió a preguntar con voz temblorosa.

—Sé que sacó a la pequeña del castillo mientras dormía. Los acompañaba la tía de él. Yo no me enteré hasta la mañana siguiente. Cuando fui a verla y supe de su ausencia, pedí las oportunas explicaciones y se me informó de que ninguna de las dos estabais en la casa.

—Tengo que encontrarla —nuevamente hizo amago de levantarse.

Mary la volvió a sujetar por los hombros.

—El duque de Goldfinch me ha comprado un pasaje en el Santa Elena. Tengo orden de regresar a Devon en tres días, pero hasta entonces no te moverás de la cama. Tienes que mejorar. Gracias a Dios que ese guaperas de O'Sullivan me hizo llegar un mensaje a primera hora de esta mañana, podría haber zarpado sin enterarme de que estabas enferma.

Elizabeth no podía pensar. Sentía una neblina dentro de su cerebro, ella sabía que era debido a la fiebre, y esa impotencia la sumía en una depresión profunda.

—No te marcharás —le dijo para convencerla—. No lo permitiré. Encontraré a mi hermana y nos marcharemos a River Colne.

—Claro que lo haremos, pero antes tienes que recuperarte lo suficiente para darle su merecido a ese arrogante que tienes por esposo —Elizabeth volvió a levantarse, pero las manos de Mary la volvieron a recostar en el mullido colchón.

—¡Tengo que preguntarle! ¡Tengo que saber dónde está Sophie!

Otro acceso de tos la dejó sin fuerzas y con los ojos cerrados.

—No le hará daño —le dijo Mary.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó resabiada.

A pesar del dolor que le producía incluso respirar, no quería quedarse en la cama, pero Mary la sujetó por los hombros para impedir que se levantara. Elizabeth ya no pudo escuchar la respuesta de Mary, había caído desvanecida por el agotamiento. Y sus sueños estuvieron plagados de dolor, de miedos negros y de unos ojos azules que le producían pesadillas constantes.

Charles maldijo de forma violenta por enésima vez. Cuando trató de alcanzar la licorera, volcó un vaso que rodó por el escritorio hasta que cayó al

suelo y se estrelló produciendo un ruido agudo. Había deseado emborracharse desde el mismo momento que decidió llevarse a la niña de Surrey a su casa de campo en Bath. Trataba de aclararse las ideas, al menos hasta que el dolor que lo consumía remitiese lo suficiente, pero se engañaba, deseaba castigar a la mentirosa. La pequeña iba a estar mucho mejor en el campo. Pensar en ella removi6 el cuchillo que tenía clavado en el pecho desde la revelación, y el dolor volvió a surgir con una voracidad que lo torturaba. Sus ojos recorrieron las altas librerías de su despacho sin ver en realidad los cientos de libros de piel que la adornaban, y que representaban siglos de historia recopilada por sus antepasados.

El brillo de sus ojos se oscureció durante un momento al evocar la furiosa entrega de Elizabeth. De su pérdida de control al entregarse de forma tan fogosa. ¿Por qué lo había permitido? ¿Para evitar un enfrentamiento que de todas formas se había realizado? Había perdido la cabeza por completo al hacerla suya, pero descubrir a la pequeña había agitado sus sentimientos protectores hasta un punto insospechado.

¡Era hija de William! ¡La hija de su hermano muerto! Y los Mortimer le habían mentido. Le costaba asimilar ese descubrimiento.

Charles volvió a alzar la botella hasta que agotó el líquido de su interior, pero el fuego de su ira no había menguado lo más mínimo con el alcohol. Después de su arrebato extremo, de la locura ciega que lo había poseído tras el devastador descubrimiento, había mandado a uno de los mozos para que la siguiera. Necesitaba asegurarse de que no le ocurría nada. Pero él necesitaba calmarse lo suficiente antes de verla de nuevo, porque no se sentía con la suficiente seguridad en sí mismo como para no infringirle un daño físico cuando la tuviese al alcance de la mano, y menos todavía si ella le mentía de nuevo. Nunca una mujer lo había llevado al extremo de cometer una locura. Ninguna, salvo ella, la más mentirosa de todas, y la más deseable.

La puerta del despacho se abrió a pesar de la orden tajante de no ser molestado bajo ningún concepto.

—La duquesa de Goldfinch espera ser recibida —anunció el mayordomo.

Un resquemor le subió por la garganta al escuchar el nombre, pero no le dio tiempo a una negativa, Elizabeth acababa de invadir su santuario ignorando el protocolo de esperar su permiso.

—No espero ser recibida —comenzó—, voy a serlo —espetó con voz controlada.

Charles se percató del brillo de sorpresa que asomó a los ojos de

Elizabeth al verlo en un estado tan lamentable. Llevaba el mentón sin rasurar, la camisa de hilo abierta y arrugada. El pelo desordenado por habérselo mesado sin compasión con ambas manos para mantenerlas ocupadas.

—¡Fuera! —el grito retumbó en la habitación, pero ella se mantuvo firme en su sitio y soportando la amenaza de sus ojos. Charles respiró profundamente. ¿Por qué demonios tenía que ser tan obstinada?—. Déjanos solos —el mayordomo no se sorprendió por la orden contradictoria. Hizo una inclinación de cabeza respetuosa y cerró la puerta del despacho al salir.

El silencio pendió sobre los dos como un verdugo, pero ni ella ni él variaron la postura de reto.

—¿Dónde está Sophie? —la voz de Elizabeth sonó segura.

—A salvo —le respondió él con una sonrisa diabólica.

—¿De su propia hermana? —inquirió estupefacta.

—De una mentirosa, traidora, vengativa y falsa mujer —fue su respuesta hiriente.

Elizabeth parpadeó varias veces tratando de asimilar las palabras y cuando abrió la boca e inspiró aire para responder como se merecía, un acceso de tos hizo que se le saltaran las lágrimas. Todavía se encontraba convaleciente, pero no había querido esperar más tiempo para conocer el paradero de Sophie y enfrentar al verdugo de sus miedos y recelos más escondidos.

—¿Es una treta para que te compadezca? —le preguntó él con infinito sarcasmo.

Ni un asomo de piedad acudió a los ojos de Charles que la observaba con indiferencia. Cuando ella pudo recuperarse lo suficiente, lo taladró con mirada fiera.

—Un regalo que debo agradecerle al echarme de Surrey en plena noche —Charles alzó sus cejas negras al escucharla. Su voz ya no tenía ese timbre de vacilación—. ¿Dónde está Sophie? —volvió a preguntar, pero en esta ocasión de forma dura.

Elizabeth avanzó varios pasos hasta situarse frente al enorme escritorio de cedro.

—Quiero ofrecerte un trato a cambio de ella —le dijo él a modo de respuesta.

Elizabeth entrecerró los ojos.

—Sophie no es un objeto de intercambio —le espetó dolida—. Es mi hermana, ¡maldita sea!

Los labios de Charles se redujeron a una línea de desprecio.

—Quiero un sobre con información que guarda el señor O'Sullivan en la caja fuerte que tiene a buen recaudo en su alcoba.

—¿Información? ¿De Peter? —le preguntó incrédula.

Elizabeth no entendía. Estaba hablando de su hermana y Charles salía con otro tema muy diferente.

—Peter es un espía.

Ahora lo miró perpleja. ¿Peter espía?

—¿Un espía? ¿De quién? —inquirió con verdadero interés.

—Eso es algo que no te incumbe —contestó el otro con desdén—. Pero tiene algo que necesito.

—¿Y por qué no se lo pides? —Charles la miró como si fuera estúpida, pero no lo era.

—Es una información que no me dará a mí, pero de ti no sospechará.

Elizabeth parpadeó varias veces.

—Entonces le pediré la información que necesitas —le ofreció ella sin darse cuenta de lo absurdo que había sonado el comentario.

Charles estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Eres una necia. Él no te la dará así como así, tendrás que seducirlo para robársela.

Elizabeth retrocedió un paso hacia atrás completamente desagraviada. Recordó perfectamente las palabras que le había dicho tiempo atrás en el barco, y que le habían parecido de una ruindad estremecedora, pero al fin conocía el motivo principal de sus planes. ¡Él quería que sedujera a Peter para espiarlo y robarle! Puso su mano en el estómago para contener una exclamación de asco. Mary, trayendo a la niña a París, le había dado a Charles un arma para usar contra ella.

—¿Piensas usar a mi hermana en mi contra? ¿Y si me niego? —le preguntó.

Charles le ofreció a cambio una mirada de desdén.

—Entonces no volverás a verla —sentenció con voz firme—. La niña será registrada como una Beaufort y tendré todos los derechos sobre ella. Además de que la enviaré a un internado lejos de Inglaterra.

Ella lo creía capaz.

—¡Estás loco! Mi hermana es una Mortimer.

—Sophie es hija de mi hermano William. Jamás os perdonaré que me la hayáis ocultado.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par. ¿Qué locuras estaba diciendo su esposo?

—Mi padre te matará, o lo haré yo antes de que regrese —le advirtió con ojos entrecerrados.

—El más interesado en que regrese tu padre soy yo. Tengo una confesión que arrancarle, y nunca lanzo advertencias en vano.

La amenaza había sonado certera. Elizabeth lamentó los días que había estado enferma, porque Charles había tenido el tiempo suficiente para esconder a Sophie.

—¿Es ese mi castigo? —le preguntó con una profunda amargura que no disimuló—. ¿Separarme de mi hermana y obligarme a que actúe sucio para ti?

—Justicia lady Beaufort, llámalo justicia —respondió, ufano—. El marqués de Tilney me arrebató a mi hermano...

Ella no lo dejó continuar.

—¿Y piensas arrebatarle a su hija? Mi padre te llevará a los tribunales.

—Eso espero —le dijo él lleno de ira—. Voy a destruir a tu padre.

Elizabeth sabía que él era capaz de mucho más. ¿Acaso no se lo había mostrado desde que había puesto un pie en Surrey?

—¡Quiero a mi hermana de regreso! —le ordenó.

—Parece que no me has entendido —siguió él—. Cuando tenga la información en mis manos, traeré a la niña a Surrey.

—¡No! —exclamó con ojos entrecerrados—. Sophie debe de estar con su hermana, no pienso estar separada de ella ni un día más.

—La estás sentenciando...

Elizabeth quería gritar, pero con ello no lograría nada.

—¿No sientes compasión? Es tan pequeña...

Charles la escudriñó de pies a cabeza con mirada lacerante.

—Si te consideras una mujer inteligente, no volverás a recordarme la compasión que no demostró tu padre con mi hermano, ¡con mi sangre!

La frialdad de Charles le producía una ansiedad que crecía hasta causarle un ahogo físico

—¡Por amor de Dios, Charles! —le rogó con voz temblorosa, pero el corazón de él no contenía ni una mota de piedad—. ¡Necesita estar conmigo!

Elizabeth sentía deseos de llorar porque la imaginaba asustada y sola. Su esposo era un monstruo.

—¿Dónde está tu compasión? —preguntó casi en un susurro.

Cada vez que repetía esa palabra, Charles sentía cómo el odio le mordía

las entrañas y le dejaba marcas profundas.

—Hasta hace unos días estaba sola en River Colne. ¿Dónde estabas tú entonces? De fiesta en fiesta en Londres, ¿no es cierto? —la acusación fue como una bofetada en pleno rostro que la dejó aturdida.

¡Había acudido a fiestas y a cenas por él! Elizabeth no podía creer su impertinencia.

—Olvidas convenientemente que mi hermana pequeña estaba en mi casa, protegida por mí, y ni te imaginas cuánto lamento que haya cambiado esa circunstancia. ¡Sophie es inocente en tu odio! —exclamó afligida.

Charles se levantó de un salto de la silla y la sujetó del brazo con fuerza. Había ido demasiado lejos en sus palabras. Elizabeth no pudo retroceder a tiempo y en el forcejeo varias carpetas y documentos cayeron al suelo con estrépito. Charles la atrajo con firmeza hacia él, la dejó con el vientre pegado al escritorio y con la cabeza a un escaso centímetro de la suya. Elizabeth sintió cómo las piernas le flaqueaban.

—Acepta mi consejo, y haz el trabajo que te he encomendado.

Sabía que estaba perdida. El recuerdo de su entrega a Charles noches atrás le produjo un latigazo de remordimiento que no supo controlar y que se reflejó perfectamente en su rostro.

—Regresaré a casa de Peter y Emma —le dijo—, hablaré con él y le explicaré todo —Charles ya negaba con la cabeza.

—No puedes explicarle nada. Te limitarás a ganarte su confianza y a traerme el sobre que necesito.

—¿Cómo? —preguntó agobiada.

—Seguirás allí hasta que obtengas lo que quiero —Elizabeth cerró los ojos porque sintió una gran angustia—. Podrás acercarte a lord O'Sullivan mucho mejor si te cree despechada por una riña conyugal.

—¿Una riña conyugal? —preguntó aunque de forma inconsciente porque la mente de Elizabeth estaba en otro sitio.

Charles meditó en la forma más apropiada de que la actitud de Elizabeth fuera lo más creíble posible

—Voy a darte un motivo que no dejará lugar a dudas del desencuentro entre ambos.

—No necesito más motivación... lo haré por Sophie —Elizabeth creyó que podría hacerse con la información sin tener que seducir a Peter, era muy amiga de su hermana, tenía su confianza. No sería difícil buscar el sobre y traerlo a Surrey.

Charles leyó cada una de las dudas que se pasearon por sus ojos y supo que iba a hacerlo. Por ese motivo la despreció todavía más. ¿Por qué no se negaba? ¿Por qué accedía tan fácilmente a acatar su orden? Él utilizaba el chantaje de la niña para castigarla, y el que Elizabeth lo creyera tan desalmado convenía a sus planes, pero detestaba su facilidad a rendirse.

Elizabeth contempló con cierto recelo los pasos que daba él al rodear el escritorio y quedarse a escasos centímetros del cuerpo de ella. Las manos de Charles sujetaron sus brazos con fuerza y las pupilas negras brillaban con una ira que no supo disculpar.

—Y ahora, el motivo —la boca de él tomó la de ella sin obtener su permiso.

Elizabeth vivió como una tortura el beso de su marido. Estaba impregnado de odio, pero ella lo amaba aunque no lo comprendía. Quería creer que Charles era una víctima inocente como ella, y que actuaba por impulso porque se sentía herido. Casi sin percatarse, comenzó a devolverle el beso que se tornó cálido y tierno en ese remolino de resentimiento que los envolvía a los dos.

Charles se sentía dispersado en sentimientos. La gran cantidad de alcohol que había ingerido le nublabla el juicio, y el aroma de la piel femenina terminó por crearle un motín emocional. Indagó con la lengua en el interior de la boca de Elizabeth, apremiándola a que le correspondiera. Sin comprender qué lo impulsaba, la recostó hacia atrás en el escritorio y se encontró subiéndole las faldas y buscando la tersura de su piel entre su ropa interior. Desabrochó su pantalón y guio su miembro al interior de ella. De una embestida se enterró en lo más profundo del cuerpo de su mujer y comenzó a moverse de forma salvaje, desesperada. La oía gemir junto a su oído y ese sonido actuó como una droga que lo impulsó a besarla con la misma intensidad que la penetraba.

Elizabeth no podía pensar. Sentía en las entrañas las embestidas y relajó su cuerpo bajo el de su marido. El escritorio le hacía daño en los glúteos, pero estaba tan superada en emociones que no le importó esa circunstancia. Tenía apoyadas ambas manos en la lisa madera, Charles la sujetaba por la cintura mientras con la otra mano le sujetaba el mentón para que no pudiera rechazar el beso hambriento que le daba. Ambos estaban perdidos en una maraña de acusaciones, pero Elizabeth deseaba aferrarse a ese momento como si fuese el último.

Charles la sujetó de forma más firme y ella quedó prácticamente sentada en el escritorio a su merced. Tras un embate profundo, las entrañas de ella se

contrajeron con espasmos. Él se dejó caer sobre el cuerpo suave cuando el clímax la sacudió. Sentía las oleadas de placer de ella que envolvían su miembro, acariciándolo, exprimiéndolo hasta que no pudo más.

El fuerte orgasmo le arrancó un gemido gutural.

Ambos respiraban de forma entrecortada. Ambos tenían los cuerpos sudorosos, pero tras el culmen del placer, la razón prendió en el cerebro de Charles como un fósforo prende la paja seca. La soltó como si su contacto le hubiese quemado. Cerró los ojos completamente atormentado.

Elizabeth seguía medio sentada en el escritorio con los muslos al aire. Se bajó la falda completamente avergonzada. Estaba tan aturdida de espíritu, como saciada de cuerpo.

—No regreses, mientras no hayas obtenido lo que necesito, no regreses a Surrey —le recordó él mientras se arreglaba la ropa desaliñada.

Elizabeth lo miró sin comprender la frialdad de la que hacía gala después de poseerla de una forma completa. Charles la había usado como si fuera una mujerzuela, y así se sentía ella. Inspiró profundamente con las mejillas teñidas de vergüenza. Lo miró de frente cuando pudo controlar los latidos desbocados de su corazón, y cuando el pulso dejó de ahogarla en la garganta.

—Eres un bastardo malnacido —seguía respirando de forma entrecortada, jadeante—, y un día —continuó—, te darás cuenta del enorme error que has cometido conmigo.

Elizabeth calló y contuvo las lágrimas. Abandonó la estancia en silencio, acompañada únicamente por los suspiros furiosos de Charles.

CAPÍTULO 21

Su casa en Bath era mucho más pequeña que la de Londres, pero a él le gustaba mucho. Entre sus muros había pasado los mejores años de su vida, y ahora el corazón se le encogió de pena y añoranza.

Fijó sus ojos en el retrato de su madre que presidía el mejor lugar de la casa. La mujer sostenía una fusta en su mano derecha y unas bridas en la otra. Charles miró el pañuelo celeste que llevaba anudado al cuello y recordó el día que se lo había atado a su rodilla porque se había caído y se había hecho un pequeño rasguño sin importancia. Ella, muy amorosa, se había desatado la seda de su cuello y se lo había ofrecido con un beso. Él atesoraba ese pañuelo y lo conservaba como una de sus más queridas posesiones.

—¡Hola!

La voz infantil desbordaba una alegría que resultaba contagiosa. Al escucharla, el corazón de Charles se agitó. Giró su recio cuerpo hacia la puerta al mismo tiempo que la niña avanzaba cogida de la mano de la tía Anne. Se dedicó a escudriñarla a conciencia, la niña era una Beaufort de los pies a la cabeza. Tenía el pelo negro, los ojos azules y los miembros largos y delgados. Tenía la misma sonrisa que William. Solo tenía que mirar el retrato de su madre y después a la niña para constatar el enorme parecido que compartían.

Al ser consciente de hacia dónde lo conducían esos pensamientos, murmuró en voz baja y decidió dejar de pensar en ello de inmediato, aunque le costó un verdadero esfuerzo.

—¿Has tenido un buen viaje? —Anne le hizo la pregunta con preocupación. Había soltado a la niña, que corrió a sentarse en el mullido sofá de flores amarillas. Las últimas lluvias torrenciales habían dejado las rutas intransitables, pero ello no impedía que Charles visitara a menudo su casa en el campo.

—El carruaje no ha tenido dificultad para superar la distancia entre Londres y Bath, aunque hicimos una pequeña parada —contestó él.

Sus ojos regresaron a la pequeña. Le gustó especialmente el vestido blanco que llevaba. La puntilla de los volantes era de buena calidad y hacía juego con el lazo que llevaba prendido en el pelo para sujetar los rizos negros. El impulso acuciante de tocarlos para comprobar si eran tan suaves como

parecían, lo pilló con la guardia baja. Esa preciosidad era hija de su hermano muerto.

—Lady Susan se ha sentido halagada de vestir a esta preciosa y encantadora muchachita —dijo Anne con voz cariñosa.

Se había percatado a la perfección del escrutinio de su sobrino, y sintió verdadera pena por él. Cuando le había revelado que la niña era hija de William, sintió en el alma una profunda ira hacia los Mortimer. ¿En qué estaban pensando para traicionar de esa forma a los Beaufort? Anne no podía entender al marqués de Tilney para hacer pasar a la niña por hija suya, pues solo había que mirar el retrato de la madre de Charles y ver el gran parecido que tenía con la pequeña: cabello negro, ojos azul oscuro, y dos hoyuelos preciosos en ambas mejillas, igual que Sophie. La niña, en los días que la tenía a su cuidado, se había ganado su corazón por completo.

Charles no pudo reprimir una ligera sonrisa. Lady Susan era una de las mejores modistas de Bath, y su tía no había escatimado en gastos, pero no pudo responder, pues la doncella hizo su entrada con la bandeja de la merienda.

—Tiene un apetito voraz —le confesó Anne como un secreto.

Sophie se esmeró en mojar un bollo en el chocolate caliente sin manchar el blanco mantel. Anne le sirvió a su sobrino una taza de té que Charles tomó con gesto agradecido.

—Se nota que estás encantada con ella —le dijo a su tía.

Anne no supo si las palabras de su sobrino eran un reproche disfrazado, pero no se lo tomó a mal. La llegada de Sophie a la casa Beaufort solo podía reportar felicidad.

—La miro y veo el rostro de William, y siento que Dios ha sido benevolente con nosotros ofreciéndonos una nueva oportunidad.

Charles se tragó un impropio. En cualquier caso, era el diablo y no Dios quien manejaba los hilos de su destino.

—Pero no estoy de acuerdo con tu comportamiento pues es del todo censurable —le dijo Anne con un tono crítico—. La necesita —Charles sabía perfectamente que su tía se refería a Elizabeth.

Anne no podía comprender que la mantuviera separada de la niña, al fin y al cabo era la única figura maternal que había conocido la pequeña, aunque fuera su hermanastra.

—Tengo mis motivos para actuar así —dijo él, pero no le aclaró nada más.

—Todos los días pregunta por Elizabeth —le informó con tono seco.

Sophie alzó sus hermosos ojos azules al escuchar el nombre. Los clavó en el rostro de él, que no podía apartar los suyos de ella. La niña le hizo un gesto torcido con la boca que hizo que el corazón de Charles saltase dentro de su pecho. ¡Era el mismo gesto infantil que solía obsequiar William a la gente cuando tenía su edad!

—Me asombra su serenidad, es como si estuviese acostumbrada a la ausencia prolongada de su hermana, pero es exquisita en comportamiento. Elizabeth ha hecho un trabajo extraordinario.

—¿Dónde está Lizzie? —preguntó Sophie.

Charles se sentía hipnotizado por los gestos suaves y elegantes de la niña al introducir el bollo en el chocolate y morderlo después, procurando que no cayese ninguna gota sobre la mesa. En los días que llevaba en la casa, se había portado inusualmente bien para ser tan pequeña.

—Vendrá muy pronto —le dijo con voz serena.

A Sophie le gustó la respuesta de él y le dedicó una sonrisa tierna. Charles supo, al mirarla, que iba a tener un grave problema afectivo si seguía frecuentando Bath con asiduidad. Era hija de William, aunque él había deseado con toda su alma que fuese lo contrario. ¡Que fuera de verdad hija del marqués!

—No puedes permitir que se la lleve —le dijo Anne como si le hubiera leído el pensamiento—. Pertenece a nuestra casa, es de nuestra sangre.

—Lo sé, y haré todo lo que esté en mi mano para que se quede con nosotros.

Anne se tomó su té sin una réplica más. El dolor que los Mortimer le habían provocado a su familia era demasiado intenso para ignorarlo. La herida en el corazón de su sobrino parecía incurable.

—¿Estás seguro de la llegada del marqués de Tilney? —preguntó Anne. Charles miró a su tía con atención.

—Recibí su mensaje ayer noche. Llegará hoy sobre las ocho —respondió conciso.

—Me asusta su explicación, y temo que te haga más daño.

Charles desoyó el consejo no solicitado.

—Tiene que explicarme muchas cosas, pero sobre todo por qué ha hecho pasar a la niña por su hija —respondió con voz dura.

—Solo quiero que estés seguro de lo que haces.

—Estoy absolutamente seguro de lo que hago —le dijo a modo de

respuesta.

El resto de la conversación discurrió sobre derroteros menos importantes, pero Anne no podía obviar el brillo que asomaba a las pupilas de su sobrino mientras miraba a la niña.

Frank Thomas Mortimer clavó los ojos en su yerno justo al atravesar el umbral del despacho. Charles se encontraba sentado detrás de su escritorio con una pierna cruzada sobre la otra en una actitud relajada.

—Duque de Goldfinch —Frank lo saludó al fin con la mano extendida, mano que tomó Charles con mirada franca.

—Marqués de Tilney —Charles le devolvió el gesto amable—. Tome asiento, por favor.

—Recibí tu carta hace un par de semanas, pero me ha resultado imposible dejar la embajada en París, y no es la mejor época para viajar — con modales elegantes y revestidos de fina cautela, el marqués tomó asiento donde le había indicado su yerno.

Charles lo escudriñó con ojos entrecerrados. Su suegro seguía siendo un hombre imponente, de una apostura y seguridad que él todavía admiraba a pesar de su traición. La muerte de su hermano le pesaba como una losa.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó el marqués al mismo tiempo que volvía su rostro hacia la puerta, como si Elizabeth fuese a cruzar la estancia en cualquier momento.

—La duquesa se encuentra en Londres. Fue imposible convencerla para que me acompañara a Bath, aunque confía verlo mañana en Surrey.

Frank se tomó la noticia como si la esperara, detalle que alertó a Charles.

—Resultó toda una sorpresa que decidieras ir a buscarla a River Colne, pero me alegró enormemente. El lugar de mi hija debe estar junto a su esposo.

—Como una buena y leal esposa.

Frank entrecerró sus ojos negros ante la declaración de su yerno.

—Me alegro de que lo hayas visto tan claro —concluyó con altivez.

Charles decidió ir directamente al grano de la cuestión.

—¿Es cierto que Francia va a reponer con una declaración el honor de mi hermano William?

Frank le entregó un sobre lacado con el sello real, pero Charles no abrió la carta, la dejó encima de una carpeta de piel, como si le importara poco su contenido.

—Mis acciones en París han pretendido eso, pero las autoridades ni

aclaran ni desmienten el papel que jugó tu hermano como espía de ellos.

El duque ya se lo imaginaba. Francia no podía aclarar que William Beaufort no era espía de ellos porque entonces tendrían que explicar quién lo era realmente, e Inglaterra tomaría acciones al respecto.

—Hay un asunto muy delicado del que tengo el deber de informarle —dijo Charles.

Frank apoyó su recio cuerpo en el respaldo de la silla con la atención puesta en la persona de su yerno, pero Charles no pudo decir nada debido a la entrada impetuosa de Sophie. El marqués clavó sus ojos en Anne que hacía su entrada en ese momento detrás de la pequeña. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué hacía Sophie en Bath?

—¡Papá! —dijo una voz infantil.

Ambos hombres se levantaron al unísono.

Anne volvió a sujetarla de la mano y a disculpar la interrupción involuntaria. Charles tenía la vista clavada en su suegro, que miraba a la niña con ansiedad. ¿Qué diantres ocurría?, se preguntó Frank.

—¿Qué significa esto! —inquirió el marqués sin dejar de mirar a la pequeña que seguía sujeta por la mano de Anne.

—Lamento la interrupción, sobrino.

La pequeña se soltó de la mano de Anne y caminó directamente hacia Charles. Al llegar junto a él, Charles se puso en cuclillas frente a ella, y la pequeña le echó los bracitos al cuello y le dio un beso de bienvenida.

—¿Dónde está Lizzie? —preguntó con candor.

Su inocencia lo conmovía profundamente.

—En Londres, vendrá pronto, te lo prometo.

El marqués le hizo un guiño, y le sonrió. Después de ese intercambio entre niña y hombre, Charles fue consciente de que su suegro iba a ser implacable con él.

—Ve con lady Beaufort, tengo que hablar con este hombre.

Cuando ambas salieron al vestíbulo, Charles miró a su suegro, que en ese momento se alisaba una arruga inexistente en la manga de su chaqueta.

—¿Qué hace Sophie aquí? —preguntó a bocajarro.

Pero Charles era incapaz de decir o hacer nada. Estaba sobrecogido por el comportamiento de él y, sin ser consciente, apretó los labios.

—Llegó con la niñera de Elizabeth desde River Colne —dijo al fin.

—¿Y por qué está mi hija en Londres y no en Surrey con su hermana?

—¿Sophie es su hija bastarda? —preguntó Charles de pronto.

Los ojos plateados de Frank se entrecerraron, y recordó la congoja de Elizabeth la noche que le confesó que la pequeña era hija de su padre. ¿Qué se le escapaba? Había estado tan lleno de ira, que no había escuchado la explicación que ella pretendía darle, y, ahora, cuando contempló con sus propios ojos la mirada especulativa de su suegro, supo que él había omitido detalles cruciales sobre la identidad real de la pequeña.

—Lo es —afirmó el marqués seguro de sí mismo.

—¡Miente! Sé que es una Beaufort.

—No lo es —insistió el otro.

Charles hizo algo drástico, sujetó a su suegro por el brazo y medio lo arrastró hasta situarlo frente al retrato de su madre.

—¿Qué diantres haces? —le preguntó iracundo el marqués que no pudo soltarse a tiempo.

Su yerno era un hombre corpulento y estaba enfurecido.

—¡Mire a mi madre, cabrón! ¡Mírela y diga que Sophie no es una Beaufort!

El marqués alzó el rostro y miró el cuadro. Lady Beaufort tenía una expresión dulce. Había sido una mujer hermosa, tanto como lo iba a ser Sophie.

Soltó un suspiro largo y pesado. Se giró hacia su yerno, y lo miró sin un parpadeo.

—Tu hermano William me arrancó un juramento la noche antes de morir...

CAPÍTULO 22

Estaba desesperada ¡No encontraba ninguna información relevante! Registrar el dormitorio de Peter estaba siendo un suplicio, no había encontrado nada en la caja que guardaba en el armario, ni en los cajones de la mesita ni del aparador. Se le agotaba el tiempo y su nerviosismo crecía a pasos de gigantes. Abajo, en uno de los salones, se encontraba Peter y varios invitados. Tomaban café y escuchaban a Emma que tocaba un adagio al piano para ellos. Elizabeth se había excusado durante unos momentos, pero no podía demorarse mucho más o los invitados podrían comenzar a sospechar. Los tres días estipulados por Charles se habían alargado a varios más, y ella se moría por comprobar que la pequeña Sophie estaba bien, que había sido tratada con cariño, pues Mary no estaba cuidándola, había regresado a River Colne. Charles había abandonado el castillo de Surrey un día después de darle el ultimátum. Ignoraba su paradero, así como el de la tía Anne.

Elizabeth sufrió un leve mareo y tuvo que sujetarse al borde del cajón para no caer al suelo. Al momento lamentó su desdicha, albergaba en sus entrañas el fruto de una pasión pero alimentada por la venganza. ¿Podía ser más desdichada? Pero tenía que callar, porque revelar la verdad equivalía a darle a Charles una cuerda más larga para doblegarla, y ella no podía permitirlo. No, desde que había descubierto lo despreciable que era. Ella podía perdonar que la hubiese dejado plantada en el altar, que la hubiese humillado delante de todos, pero no podía permitir que usara a Sophie, un ser inocente, eso no iba a perdonarlo.

El ruido de la manivela al ser manipulada la puso sobre alerta, pero no tenía modo de esconderse y no sabía qué hacer. ¿Por qué motivo no estaba Peter abajo escuchando la composición musical que ofrecía su hermana Emma? No tuvo tiempo más que para cerrar la puerta del armario y sentarse en la orilla del lecho en una postura provocativa. Cuando la puerta se abrió por completo, la luz del corredor iluminó, con un manto amarillo, la silueta de ella.

—¡Elizabeth! —exclamó Peter con auténtica sorpresa.

Ella pensaba a toda velocidad.

—Te esperaba —le dijo con una sonrisa seductora.

Peter seguía parado en el umbral, pero, reaccionó al fin, y cerró la puerta

tras él. Elizabeth seguía sentada sin levantarse, como si lo invitara a sentarse a su lado.

—¿Qué significa esto? —la pregunta había sonado astuta e interesada.

—¿Esperaba encontrarme aquí? —le preguntó a su vez y sin responder a la pregunta que le había formulado Peter antes de la suya.

—Ignoraba que estaba en mis aposentos.

Ella se levantó al fin y caminó los tres pasos que la separaban de él.

—Me siento sola —le dijo en un susurro.

Peter tenía los ojos entrecerrados, sopesaba sus palabras. Era cierto que desde hacía varias semanas la duquesa acudía siempre sola a diversos eventos y cenas. Había aceptado su explicación sobre lo ocupado que estaba el duque de Goldfinch para acompañarla, pero él tenía su propia opinión al respecto. Aun así se preguntó si ella estaba dispuesta a tener con él algo más que amistad. Peter lo deseaba desde el mismo momento que la conoció en el barco, cuando la descubrió sin más compañía que la de su sombrero, pero, ¿qué hacía en su alcoba a oscuras? ¿Y por qué ahora?

Elizabeth supo que tenía que ser mucho más atrevida, había visto la desconfianza en Peter. Subió su mano por el brazo de él hasta dejarla apoyada en su hombro, en una invitación que el militar no despreció.

—¿De verdad desea mi compañía? —la pregunta estaba cargada de ansiedad.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y él, a continuación, la estrechó entre sus brazos.

Elizabeth se dejó abrazar en la penumbra del dormitorio. Cerró los ojos para disimular el escalofrío que le produjo el contacto ávido sobre su espalda. Peter le había sujetado la nuca para atrapar su boca en un beso profundo. Y su mente se rebeló, porque su marido había sido el único hombre en su vida que la había abrazado de forma tan íntima y personal, pero era consciente de que se le agotaba el tiempo. No había podido sustraer ninguna información importante, y esa noche tenía que ser la decisiva pues ignoraba cuándo podría volver a buscar de nuevo entre las pertenencias de Peter.

Él buscó de nuevo los labios femeninos y ella le ofreció cierta reticencia, por ese motivo terminó el beso de forma muy lenta y completamente decepcionado.

—Es la amante menos dispuesta que he tenido el placer de encontrarme —la miró a los ojos.

Elizabeth rehuyó la mirada inquisitiva.

«Menos dispuesta, no», pensó. Era plenamente consciente de lo que tenía que hacer, salvo que no podía llevarlo a cabo.

—Me siento nerviosa porque pueden notar nuestra ausencia —trató de justificar su reserva.

Peter O'Sullivan era un militar acostumbrado a analizar situaciones difíciles, y supo que ella mentía.

—Imagino que ese no es el verdadero motivo, ¿no es cierto? —Elizabeth no le respondió. Se sentía incapaz de mentir para ganar su confianza de nuevo. Había dado un paso en falso que no estaba segura de poder rectificar—. Es mejor que se vaya, ahora que puedo controlarme.

Cabizbaja salió al corredor completamente mortificada.

Peter suspiró cuando la vio desaparecer por la puerta, pero un segundo después salió en busca de ella. Tenía que decirle algo para aliviar la culpa y el remordimiento que expresaba el hermoso rostro femenino. Elizabeth ya enfilaba la última parte del corredor que daba a las escaleras de bajada.

—Un hombre intuye cuándo lo están utilizando, y, ¿sabe qué lady Beaufort? Creí que no me importaba, había cerrado los ojos a la verdad porque me interesa demasiado —Peter tomó aire antes de continuar con voz solemne—. Pertenece a otro hombre, pero además muy poderoso, y siento por usted una atracción como nunca pensé que fuera posible por una mujer, por ese motivo permito que se marche.

La revelación de Peter detuvo sus pasos e hizo que se girara hacia él. Cuando miró el rostro del hombre que tenía enfrente, encontró empatía, como si él fuese capaz de percibir lo mal que lo estaba pasando, y entonces, la presa que contenía en su interior se desbordó. Elizabeth se llevó las manos al rostro y lo cubrió con ellas un segundo antes de estallar en sollozos.

Sentía los nervios destrozados.

O'Sullivan llegó hasta ella y la abrazó para consolarla sin importar las palabras que había pronunciado un momento antes. Durante años había jugado con las mujeres, yendo de una cama a otra sin que le importara que estuviesen casadas o solteras, y por primera vez en su vida la única mujer que le interesaba realmente estaba fuera de su alcance. Un castigo merecido a su arrogancia. Por instinto, rodeó con más fuerza los hombros de Elizabeth y la estrechó contra su pecho para ofrecerle lo único que ella aceptaría en ese preciso momento: consuelo. Besó la sien femenina con ternura, y ella lloró con más fuerza.

—¡Qué demonios...!

La voz del marqués de Tilney resonó como un trueno en la quietud del corredor. Se escuchó perfectamente la exclamación de Emma, que subía las escaleras acompañada de Charles. O'Sullivan la soltó de inmediato, pero demasiado tarde: las tres personas que habían alcanzado el corredor superior habían sido testigos directos del abrazo íntimo que compartían.

Elizabeth se tragó las lágrimas al escuchar la voz de su padre. ¿Qué hacía él en Londres?, y lo que era peor, ¿qué hacía en compañía de Charles? Ajena el desastre que se avecinaba, cometió el error de mirar a su esposo, y lo que vio le produjo un escalofrío. Los ojos de Charles quemaban, pero en seguida centró su atención de nuevo en su padre, que estaba parado en el último escalón de subida. mirándola profundamente consternado. De pronto se lanzó a sus brazos protectores. Avanzó hasta situarse a escasos centímetros de la presencia de su padre, y rodeó con los brazos su cuello.

—¡Padre! —exclamó con afecto.

Frank la abrazó fuerte. Su hija parecía quebrada de espíritu. Estaba muy cambiada.

Peter O'Sullivan carraspeó.

—Puedo explicar esta situación —su voz sonó visiblemente incomoda.

—Desde luego que espero una aclaración —le espetó el marqués.

Le parecía inadmisibles que un hombre se tomara libertades con una mujer casada en ausencia de su marido. ¿Por qué demonios la estaba abrazando? El marqués encaró a Peter con ojos como el hielo. Charles y Emma alcanzaron también el corredor, aunque se quedaron muy cerca de la barandilla.

—Padre, no es lo que imagina —dijo Elizabeth con voz entrecortada—. Cedí al desaliento y me derrumbé. Lo extrañaba mucho, también a Sophie. Peter trataba de consolarme antes de regresar al salón —el marqués la miró como si no la creyese—. Lord O'Sullivan se ha portado siempre como un buen amigo. Le hice pasar un mal rato con mis lágrimas, y me siento profundamente avergonzada por ello.

«Las mentiras se acumulan sobre mi cabeza», se dijo Elizabeth.

—Nos extrañó tu tardanza —le dijo Emma de pronto.

—Por ese motivo había subido a buscarla —se justificó el otro con mirada seria—. Duque, le ofrezco mi más sinceras disculpas —le dijo Peter con voz controlada. Suponía que Elizabeth podía tener muchos problemas a causa de ese incidente—. Es cierto lo que dice la lady Beaufort. Mi único interés era brindarle consuelo, pues me sobrecogió su desánimo.

Charles le hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza a modo de

aceptación, y entonces Peter se volvió con ceremonia hacia Elizabeth con los dientes apretados. La actitud fría y distante del esposo de ella lo molestaba de una forma que no acertaba a comprender. Si hubiese sido a la inversa, si Elizabeth fuese su mujer y la hubiese encontrado abrazada a otro, ahora mismo el duque no tendría ni un diente en su sitio.

Pero lo que Peter no podía llegar a sospechar era el enorme esfuerzo que hacía Charles para no arrancarle de cuajo el corazón. No tenía ni la más remota idea de la ira ciega que lo consumía, y que escondía bajo una máscara de pasividad. Estaba a punto de perder el control. Mantenerse quieto y mostrarse indiferente le costó el mayor esfuerzo de su vida.

—Como mi presencia ya no es necesaria, me retiro —Elizabeth le sonrió de forma sincera—. Vamos Emma, regresemos al salón.

Ambos hermanos se marcharon en silencio. Elizabeth los siguió con los ojos. El marqués también.

—¿Cuándo ha llegado? —le preguntó a su padre con interés.

—Ayer noche, y me sorprendió mucho que no estuvieras para recibirme.

—No tenía ni idea de que pensaba visitarnos —se excusó ella.

Lord Mortimer clavó los ojos en su yerno, que se mantenía a una distancia prudente, como si quisiera darles la intimidad necesaria para el encuentro, pero sin separarse de la barandilla en una actitud serena.

¿Su hija no sabía que regresaba a Londres? Estaba perplejo.

—Tienes muchas cosas que contarme —le dijo con voz firme. Elizabeth se tomó las palabras de su padre como un reproche.

—¿Cómo están la tía Rosalind y el primo Richard? —le preguntó con un hilo de voz.

—Tu tía está deseando abrazarte, y Richard no ha regresado todavía de Italia.

Frank se giró hacia Charles.

—La dejo en tus manos. Os veré en unos momentos.

Las manos de Elizabeth temblaron cuando su padre se separó de ella. Pensó que actuaba de forma inusual. ¿Por qué motivo la dejaba a solas con su marido?

CAPÍTULO 23

—Estás muy pálida.

«Pálida no, muerta de miedo», pensó Elizabeth. Había llegado la hora de admitir su derrota, su incapacidad para recuperar a Sophie.

—No he podido engañarlo —le dijo ella de sopetón—. Lo que has contemplado hace un momento, ha sido mi derrumbamiento e impotente ante mi incapacidad para obtener lo que me ordenaste.

Las palabras de Elizabeth le produjeron un profundo alivio que le resultó inesperado. Cuando había visto al individuo abrazar a su mujer, una ira loca se había despertado en su interior y le había costado una vida mantener la calma. Si Peter la hubiese tocado, ahora mismo estaría muerto.

¡Ambos lo estarían!

—Me alegra enormemente que no lo hayas logrado.

Elizabeth lo miró sin pestañear. ¿Se alegraba? ¿Cómo era posible? Él la había empujado a esa situación desastrosa.

—¿Dónde está mi hermana? —le preguntó Elizabeth con urgencia.

Los dos se miraron con un reto, sin ceder ni un ápice en sus posturas. Charles contempló con extrañeza el surco brillante que habían dejado las lágrimas en el rostro, y no tuvo valor para mentirle, no después de lo que había descubierto sobre la pequeña. Sobre su hermano William, sobre el marqués...

—Sophie se encuentra bien. —La voz había sonado neutra, y por primera vez sin el desprecio de semanas atrás.

Elizabeth nuevamente estalló en lágrimas, pero en esta ocasión no tenía a Peter para brindarle consuelo. Desde que había descubierto que estaba encinta, el mundo se le caía encima.

—Necesito verla —le dijo hipando y sollozando todavía más fuerte.

De pronto, los brazos de su marido la rodearon, y, allí, en el silencio del corredor, permitió que la consolara. No importaba que fuese el mismo diablo quien le ofreciera aliento, necesitaba sosiego para calmar su ánimo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó él.

Elizabeth no se sentía con fuerzas para mirarlo.

—¿Decirte...? —comenzó con voz entrecortada.

—Que la madre de Sophie era la meretriz de la que se enamoró mi

hermano William —le respondió con voz grave—. La espía francesa.

Sophie lo miró con los ojos abiertos de par en par. ¿Charles hablaba en serio?

—¿Qué dices? Mi padre no se lio con la amante de tu hermano, eso es una blasfemia.

Charles se percató de que Elizabeth desconocía de verdad sobre la niña. ¡Había sido tan injusto con ella! ¡La había tratado tan mal!

—Antes de que tu padre regresara de París, hice indagaciones con la ayuda de mis abogados. Recibí sus informes anoche.

Elizabeth no sabía qué pensar ni qué decir.

—¿Abogados? —estaba confusa.

—Ven, hablaremos en un lugar más íntimo —le dijo Charles.

Elizabeth se dejó guiar por el corredor hacia otro despacho. El silencio que siguió al cierre de la puerta por la mano de Charles fue muy significativo.

—¿Por qué te mintió tu padre? —le preguntó con voz compasiva.

Elizabeth cerró los ojos y apoyó el cuerpo en el brazo de uno de los sillones de piel que había en el pequeño despacho, se sentía algo mareada. Charles se situó muy cerca de ella.

—Mi padre no me ha mentado —lo defendió.

Charles soltó un suspiro largo y pesado.

—Mi hermano William mandó llamar al marqués de Tilney la noche antes de que lo ahorcaran —comenzó con un hilo de voz—. En un principio tu padre se negó, pero horas después recibió otro mensaje con una súplica. Comprendió que su llamada era urgente —Elizabeth suspiró durante un momento mientras escuchaba—. Cuando llegó a la prisión, William le reveló algo que todos desconocíamos: que tenía una hija ilegítima —Elizabeth se llevó la mano a la boca—. ¡Tenía que habérmelo revelado a mí!, era su hermano mayor —se quejó Charles.

—¡No! ¡Por Dios! ¿Qué dices, Charles!

Ella no podía creerlo.

—Todavía me pregunto por qué acudió al marqués si era su verdugo. ¡Fue el causante de que lo colgaran!

Elizabeth tensó la espalda y miró a su marido espantada. Lo que le decía Charles era monstruoso. ¿Sophie no era hija de su padre sino de William Beaufort? No podía creerlo, se negaba a ello.

—¿Por qué cargas toda la culpa sobre mi padre? William era un espía de los franceses —le recordó ella—. Sigue por favor —la apremió ella pues

quería llegar al fondo de la historia.

Los ojos de Charles brillaban de forma extraña.

—Dentro de la celda —siguió él—, William le hizo jurar que cuidaría de su pequeña. Rogó e insistió para que la hiciera pasar por su hija porque de esa forma no sufriría la vergüenza de ser conocida como la hija de un espía y un traidor de Inglaterra —Charles calló un momento antes de continuar—. En un principio tu padre se negó, pero William con palabras duras le hizo ver que su hija iba a ser huérfana de padre gracias a él.

—¿Por qué tu hermano no confió en ti? —le preguntó ella en un susurro.

—Porque yo no la habría aceptado entonces.

—¡Charles! —exclamó atónita.

Ese era su mayor pesar. Si él hubiese descubierto que Sophie era hija de una espía de Francia, la habría rechazado, así de intransigente era.

—Los remordimientos y la culpa hicieron a tu padre aceptar a la pequeña y hacerla pasar por su hija ilegítima. Para una sociedad como la nuestra, no se le da el mismo trato a una hija ilegítima que a la hija de un traidor a la Corona. Mi hermano era muy consciente de eso, además me conocía muy bien, y sabía lo intransigente que siempre he sido. William no confiaba en mí, pero sí en tu padre.

Elizabeth contuvo el aliento ante la revelación.

—Finalmente la corona arrestó a la madre de Sophie. La falta de recursos y medicinas en la cárcel hizo que no se recuperara del complicado parto. Mi hermano se encontraba detenido en espera de su ejecución cuando nació la pequeña. ¿Qué podía hacer salvo pedir ayuda al único hombre que estaría dispuesto a dársela? Y lo hizo porque sabía que tu padre, por sus remordimientos, era la única persona capaz de prometerle lo que le pidiera —siguió revelando.

Charles se daba perfecta cuenta de que su hermano había sido un completo desconocido para él. Que le encargase la vida de su única hija al hombre causante de que lo ahorcaran, le parecía una broma macabra.

—¿Por qué mi padre no me dijo nada? —preguntó ella.

—Porque mi hermano le arrancó un juramento de silencio.

—¿Dónde está enterrada la madre de Sophie? —preguntó sumamente interesada.

—Tu padre me lo ha confesado todo —la sorpresa fue clara en el rostro de ella—. Se ocupó de ello de forma personal —terminó con voz rasgada—. Tu padre me reveló ayer que buscó a la niña, la habían llevado de la cárcel a

un convento. Estaba al cuidado de las religiosas que tenían órdenes expresas de mi hermano William para que se la entregaran al marqués. Las religiosas no pusieron objeción alguna.

A Elizabeth no le llegaba la sangre al cuerpo.

—Mi padre tenía la obligación moral de informarte sobre Sophie.

Elizabeth miró a su esposo como si fuese la primera vez que lo veía. Su rostro era una máscara de dolor.

—¿Cómo es posible que no supieras nada? —le preguntó Charles.

Solo había una respuesta posible: ella no habría mantenido la promesa hecha por su padre.

—Porque mi padre sabía que yo te habría confesado la verdad. Imagino que mantenerla protegida se convirtió para él en su mayor prioridad.

—Sophie tiene que conocer la verdad sobre sus padres —le dijo él con voz firme.

Elizabeth se quedó pensativa. William estaba muerto, la madre de la niña también, ¿qué bien podría hacerle a Sophie conocer todo eso? Además, ella la adoraba. Moriría por ella.

—Legalmente su padre es el marqués de Tilney —respondió contundente.

Charles la admiró y la desdeñó al mismo tiempo. Se sentía maravillado por la defensa que hacía de la pequeña.

—¿No pensaba tu padre decirle que soy su tío? —preguntó atónito—. Pues hay que cambiar eso. Sophie debe saber que es una Beaufort.

Elizabeth bajó los ojos al suelo incapaz de sostenerle la mirada. Se sentía mortificada.

—Es muy pequeña todavía, Sophie no entendería que la separaras de mi padre, lo adora.

—Sophie debe saber la verdad —recalcó sumamente molesto.

—Tengo que hablar con mi padre...

Él no le permitió continuar, la asió por los hombros, pero la voz del marqués llamándolos desde el corredor, cortó la respuesta enérgica de Charles. Sin embargo, por la expresión de sus ojos azules, Elizabeth supo que no había dicho la última palabra sobre la niña.

Frank Thomas Mortimer miraba a su hija de forma intensa. Ambos estaban sentados frente a frente en el saloncito azul, el lugar más cómodo y confortable de Surrey. Desde el regreso de la casa de Peter O'Sullivan, el rostro de Elizabeth era de enorme preocupación. La conversación sostenida

con Charles sobre Sophie no había concluido, y ella lo sabía, pero le había permitido un respiro para que conversara con su padre sin interrupciones.

—Tenía derecho a saberlo —le dijo a su progenitor.

Frank pensó que esas palabras se parecían mucho a las que había pronunciado el duque con respecto a Sophie unas horas antes, pero él no había actuado para molestarlo, todo lo contrario. Había aceptado una responsabilidad que no era suya, y lo había hecho lo mejor que sabía.

—Hice lo acertado a pesar de los inconvenientes, y sin importarme las consecuencias que obtendría con mis acciones.

—Es una Beaufort —dijo sin dejar de mirar a su padre.

Esa afirmación la había escuchado varias veces.

—Como adulto puedo decidir sobre la forma más apropiada para actuar según las circunstancias, y lo hice convencido de que hacía lo correcto.

—Tu actuación ha sido amoral, Sophie es hija de William...

—Elizabeth, por favor —pidió él controlando el tono de voz—. Soy plenamente consciente de mis errores, no hace falta que los enumeres.

Elizabeth apretó los labios.

—No puedo creer todavía lo que ha hecho —le dijo con tono sombrío.

—Me limité a cumplir el deseo de un muerto —explico el marqués.

—Tenía derecho a conocer la verdad sobre sus orígenes.

—Lo sé, pero quería protegerla.

—¿Protegerla?— le preguntó a su padre asombrada.

—Del escándalo —confesó—. William Beaufort tenía sus razones para no decirle a su hermano mayor que era padre de una hija. Me pidió un último deseo de hombre a hombre, y no pude negarme. ¡Me sentía en deuda con él!

—Cuando Charles mencionó que era hija de William, creí que me estaba gastando una broma —Elizabeth calló un momento antes de continuar—. Pero no era broma.

Inspiró fuertemente antes de ofrecer a su hija una respuesta convincente.

—Había hecho una promesa y tenía el deber de cumplirla.

—¿Aun sabiendo la inmoralidad de llevarla a cabo?

—Ya está todo aclarado con tu esposo que ha decidido retomar vuestra relación matrimonial, lo cual me llena de enorme satisfacción —Elizabeth se mordió el labio inferior para contener una exclamación. Si su padre supiera el verdadero motivo de las intenciones de Charles, no estaría hablando con tanta ligereza. Se mostraría más cauto en suposiciones—. Y ha decidido hacerse cargo de su sobrina Sophie.

Elizabeth no quería hablar de su matrimonio sino del futuro de Sophie.

—Sophie no puede ir de unas manos a otras como si fuera una muñeca.

Frank soltó un suspiro.

—Si esperamos más tiempo, puede ser peor, y ya no deseo hablar más sobre Sophie sino sobre tu matrimonio.

Elizabeth apretó los puños a sus costados.

—¿Cuándo regresa a París? —le preguntó ella.

—Estás cambiando de conversación a propósito —le reprochó Frank con voz seca—. En unos días —respondió conciso—. Henry Colt está tras la pista de algo muy importante para la política del reino, y debo estar a su lado.

—Entiendo —dijo ella pensativa.

Detestaba que su padre se marchara por temporadas tan prolongadas.

—Ahora hágame sobre la relación con tu esposo. ¿Te trata bien? ¿Eres feliz en Surrey? Me siento feliz de que hayas aceptado mi decisión tan bien.

Elizabeth alzó la barbilla con soberbia, el mismo gesto que su padre había adorado cuando era niña, y que ahora veía como una clara provocación a su autoridad paterna.

—¿Por qué me obligó a casarme con él? Y no me venga con el cuento de que fue decisión del rey Jorge, porque no lo creeré.

El marqués de Tilney creyó que había llegado el momento de ser sincero con su hija.

—Porque sufrí dos intentos de asesinato, uno en Sheffield hace una año, y otro en Liverpool hace seis meses, desde entonces decidí llevar escolta.

Fue escuchar a su padre y temió caer desmayada.

—¡Por Dios, qué dice!

—No quería asustarte.

Ella no podía respirar. Caminó directamente hacia su padre y se quedó parada a un solo paso de él.

—¡Tengo derecho a saber el peligro que corre!

Frank asintió con la cabeza.

—Tenía que ir a París porque allí podía esclarecer muchas cosas imprescindibles, y temía dejarte aquí sola.

Ahora entendía muy bien por qué su padre la había obligado a casarse.

—Pero, ¿por qué con el duque cuando nos odia tanto? Yo habría aceptado a cualquier otro candidato.

Frank hizo un gesto negativo.

—Charles Evans Beaufort era el único candidato posible porque es el

único hombre en el que confío, por eso me mantuve firme, e incluso obligué al rey a que moviera los asuntos para que fuera posible.

Elizabeth se mordió ligeramente el labio inferior.

—Dime que acerté al elegirlo.

Ella no pensaba hacer tal cosa.

—No deseo hablar sobre ello.

—¿Por qué?

Pero ella ya no contestó. Ninguno de los dos podía llegar a sospechar que Charles estaba al tanto de la conversación que mantenían padre e hija. Se mantenía escuchando desde una de las ventanas que daban al salón desde el jardín posterior del castillo.

CAPÍTULO 24

Elizabeth había decidido ir a su casa de Londres pues su padre le había dicho que estaría unos días allí antes de regresar a París. Desde la noche anterior no había visto a su marido. Sabía por él mismo que la pequeña Sophie estaba en su casa de campo en Bath al cuidado de la tía Anne, que se resistía a regresar a Londres. Elizabeth creyó que la ausencia de Charles en la casa era un indicio claro de que había ido a buscar a la pequeña, y ella se debatía entre el ansia y la aprensión a partes iguales.

No podía dejar de considerarla su hermana, no podía, tampoco pensaba hacerlo. Sophie siempre sería para ella su hermana pequeña.

El carruaje de alquiler se había detenido en la verja del edificio. Elizabeth había prescindido del carruaje familiar para evitar tener que dar explicaciones a Charles. El edificio de tres plantas tenía las verjas exteriores cerradas, detalle que la extrañó. Hacía más de tres años que no visitaba Wentworth House, la casa de sus padres. El lacayo la ayudó a descender del carruaje, pero ella no podía apartar los ojos de los guardias uniformados que custodiaban la puerta de entrada de la casa. Hizo ademán de abrir la cancela, pero uno de ellos le hizo un gesto negativo con la cabeza. Elizabeth no entendía el motivo por el cual no podía acceder al jardín que precedía al hogar donde se había criado.

—Deseo entrar a mi casa.

—No está permitida ninguna visita.

Elizabeth creyó que el guardia bromeaba:

—Mi padre está en el interior.

—El marqués de Tilney se encuentra bajo arresto.

¡Arrestado! Imposible.

—¡Por Dios qué dice! ¡Tengo que ver a mi padre!

El guardia volvió a negar con la cabeza y ella soltó un improperio. Decidió regresar a Surrey para buscar ayuda o una explicación.

Elizabeth se había sorprendido de verlo en la casa, era obvio que no había ido a buscar a Sophie, como ella había creído a primera hora de la mañana.

—¡Charles!

Su esposo alzó la vista de unos documentos que revisaba, estaba sentado detrás de la mesa de su despacho.

—Hay problemas en Wentworth House.

—Tu casa es ahora Surrey —contestó sin mirarla pues seguía enfrascado en los papeles como si no le importara la ansiedad que dejaba traslucir la voz femenina.

Se quedó clavada al suelo sin poder moverse. La frialdad de él la sobrecogió.

—¡Mi padre se encuentra retenido allí!

—Lo sé. El marqués de Tilney está bajo arresto.

Elizabeth estaba completamente alarmada.

—¿Por qué? ¿Quién ha dado la orden? ¿Quién lo acusa? —preguntó, aunque en el fondo lo sabía.

La conversación sostenida con su padre había resultado demasiado reveladora.

—El rey Jorge.

La mente de Elizabeth discurría a toda velocidad intentando encontrar un motivo.

—¿Por qué? —reiteró con una ansiedad que no pudo disimular.

—Venganza, lady Beaufort —respondió él.

—¿Venganza...? —la mirada turbia de su esposo hizo que el corazón le diese un vuelco en el pecho—. ¡Dios mío! —volvió a exclamar completamente angustiada—. Quiero ir con mi padre —Charles negaba con la cabeza pero sin mirarla—. ¡Necesito ir con él!

La indiferencia de él le revolvió el estómago.

—¡Mi padre te contó la verdad! —le espetó ansiosa—. ¿Con qué acusación se le mantiene arrestado?

—Secuestro, retención indebida, espionaje...

Elizabeth llegó hasta la mesa como una exhalación, y al llegar se inclinó sobre Charles con mirada contrita, pero él seguía sin devolverle la mirada.

—¿Qué dices, por Dios? —exclamó en un susurro.

—¿De verdad creíais que me iba a quedar de brazos cruzados con lo de Sophie? ¿Qué no iba a buscar venganza?

—Entiendo lo de Sophie, pero, ¿por qué acusar a mi padre de espía?

A la mente de Elizabeth acudió el recuerdo de su esposo saliendo del despacho de su padrino y escondiéndose información en el bolsillo interior de su levita. ¡Igual que su hermano William!

—¿Qué has hecho, Charles —él, se mantuvo en silencio con la vista fija en el documento que sostenía en sus manos.

Elizabeth, llena de impotencia, barrió con su mano derecha los diversos papeles y carpetas que había encima de la mesa y, al hacerlo, obtuvo la completa atención de él, que parpadeó. El ruido de los diversos objetos al caer al suelo hizo que las cejas de Charles se enarcasen, pero no le recriminó su acción.

—¡Buscaré ayuda para mi padre! —exclamó dolida—. No te saldrás con la tuya.

Él le sostenía la mirada con cinismo. ¿Dónde estaba el hombre que la había besado como si ella fuese la única mujer en el mundo? Elizabeth estaba completamente desconcertada, abrumada, y sin saber cómo actuar.

CAPÍTULO 25

Los días se sucedían con una lentitud exasperante. Elizabeth había intentado ver al rey Jorge para pedirle explicaciones de por qué la corona había emitido la orden del arresto domiciliario de su padre. Pero había recibido la misma respuesta: se estaba investigando las últimas actuaciones del marqués de Tilney en París. Detrás de todo ese movimiento estaba la mano del duque de Goldfinch, y ella no podía hacer nada salvo esperar. Había enviado un telegrama al domicilio de Henry Colt, pero no le había contestado, e ignoraba en qué lugar del mundo estaría.

La tía Anne había regresado de Bath con la pequeña, Sophie disfrutaba de las atenciones que le prestaba todo el servicio de la casa pues estaban encantados con ella. Charles había contratado una institutriz, pero no le consultaba ninguna de las decisiones que tomaba con respecto a la niña. Era como si su opinión no contara para él. Se sentía como una molesta carga que él ignoraba con una premeditación que le producía una congoja difícil de sobrellevar.

Cada noche le rogaba a su marido para que le consiguiera el permiso para visitar a su padre en su propio hogar, pero Charles desoía sus súplicas con una frialdad que la paralizaba. Elizabeth miró de forma subrepticia, para que Charles no se percatara, los diversos cajones de su escritorio cerrados con llave. Puso su mirada curiosa en una caja con cerrojo que estaba situada en la última estantería de la enorme librería, su altura llegaba hasta el techo y cubría dos de las cuatro paredes de la biblioteca.

—La noto distraída, duquesa —Elizabeth bajó los ojos desde la estantería hasta el rostro de Anne y se fijó en sus labios finos que le ofrecían una sonrisa. ¿Estaría al tanto de los planes de su sobrino?

—Distraída no, preocupada. Me gustaría ver a mi padre —le respondió con la voz un tanto ronca—, pero no me lo permiten.

Charles seguía leyendo el noticiero impreso con sumo interés. Elizabeth se preguntó qué contendría el interior de sus páginas.

—Yo puedo acompañarla —respondió la tía.

Un segundo después clavó su mirada en Charles, que seguía leyendo como si no hubiera oído el ofrecimiento de su tía.

—El marqués de Tilney se encuentra bajo arresto —informó Charles en

tono áspero—. Se está investigando sus últimas actuaciones en París.

¿A qué asuntos se refería? Su padre tenía una reputación intachable. Elizabeth sabía que solo él podía mover los asuntos para que su padre dejara de estar retenido.

Anne parpadeó al escuchar a su sobrino, y Elizabeth apreció la sorpresa que reflejaba el rostro maduro. ¡No lo sabía!

—¿Arrestado? —preguntó la mujer sin dar crédito.

Charles decidió mostrarse condescendiente.

—Yo te acompañaré a ver a tu padre —le dijo, y ella lo miró desconcertada sin creerse su ofrecimiento repentino, pero no pensaba rechazar su propuesta.

—¿Cuándo? —preguntó visiblemente impaciente.

—Sobre las cuatro, es una hora muy apropiada —los ojos de Elizabeth se dirigieron al hermoso reloj de carillón que marcaba las doce menos cuarto. Faltaban poco más de cuatro horas para poder ver a su padre después de tantos días.

La puerta de la reja fue abierta a la presencia de Charles que la precedía. No hubo preguntas, o demandas sobre ellos. Elizabeth siguió a su marido con paso firme y el corazón acelerado. Se moría de impaciencia, de la acuciante necesidad de comprobar por sí misma que su padre se encontraba bien. Tras ellos, la verja fue cerrada de nuevo con un chasquido seco impidiendo la posible entrada o salida de personas. Los guardias seguían en su posición de vigilantes, atentos a todo lo que sucedía fuera de las rejas de hierro negro. Elizabeth miró los setos hábilmente recortados mientras caminaba. Los rosales no tenían flores pero seguían hermosos. El camino de guijarros estaba separado de la verde hierba por piedras blancas lisas y continuaba en un sendero sinuoso hasta los escalones de la entrada hacia el edificio de tres plantas. Cuando terminaron de subir los escalones, un guardia, también uniformado, abrió la puerta sin que Charles hubiese tocado la aldaba. El vestíbulo amplio del que fuera su hogar estaba vacío, pero ambos pudieron escuchar con perfecta claridad la conversación que sostenían su padre y el mayordomo sobre el salto de los caballos en el juego del ajedrez.

—¡Lady Mortimer! —exclamó la doncella al verla.

En la sala adyacente al vestíbulo cesaron las voces de su padre y del mayordomo. A continuación, la doncella bajó el resto de escalones a una velocidad que le hizo temer a Elizabeth que sufriera una caída. Realmente la

muchacha se alegraba de verla. Varios criados de la casa iban saliendo de sus respectivos lugares de trabajo, atraídos por la exclamación de la doncella, también el marqués de Tilney.

—¡Padre! —Elizabeth corrió a sus brazos con un profundo alivio al verlo en perfecto estado.

Frank la abrazó sin dejar de mirar a su yerno. Dos guardias salieron de uno de los despachos y montaron vigilancia en la sala hacia donde dirigía el marqués a su hija.

Charles los seguía de cerca.

—Confío que ahora nos expliques qué demonios sucede para mantenerme retenido contra mi voluntad en mi propia casa —las secas palabras iban dirigidas a Charles, que tomó asiento en el sillón más cercano a la chimenea, pero el hogar estaba apagado y limpio de cenizas.

—Se le está investigando, marqués de Tilney, y ya conoce los motivos.

Elizabeth pasó los ojos de su padrino a su padre con nerviosismo, y Charles se percató del gesto con claridad.

—Venganza —susurró el marqués.

—Venganza —afirmó el duque.

—¿Sophie está bien?

—Mi sobrina se encuentra perfectamente.

—¡Elizabeth no es culpable, ni Sophie tampoco, recuérdalo! —exclamó Frank de pronto.

Charles tenía la vista clavada en su esposa. Ni padre ni hija sabían toda la información que él había estado recabando. Mantener al marqués retenido en su casa de Londres era una estrategia para proteger su vida aunque los dos lo ignoraran. John Leandsome se había opuesto igual que el rey, pues la acusación sobre el marqués no se sostenía, pero Charles sabía que era la única forma de que el espía diera un mal paso y saliera de la madriguera.

Tenía sus esperanzas puestas en Elizabeth salvo que esta lo ignoraba. Charles estaba convencido de que Elizabeth iba a conducirlo hacia el verdadero culpable de la muerte de su hermano: Peter O'Sullivan.

CAPÍTULO 26

A pesar de que Elizabeth tenía libertad para moverse, sabía que un hombre la seguía de continuo en los diversos desplazamientos que realizaba. Su padre mantenía desde entonces una actitud fría, también distante con Charles, que ya no estaba retenido en su propia casa sino en Surrey bajo la atenta mirada del duque. Era la primera vez que el marqués se encontraba bajo sospecha.

Elizabeth enfiló la pequeña plaza con pasos seguros.

—Lady Beaufort —escuchó que la llamaban.

Se giró hacia la voz y vio a Peter O'Sullivan que la llamaba desde la puerta de una tienda. Él le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Caminó hacia él con paso inseguro. Hacía semanas que no sabía nada de él ni de Emma.

—¿Lord Mortimer se encuentra bien? —le preguntó él.

La detención del marqués había corrido como la pólvora por los distintos círculos sociales de Londres.

Elizabeth hizo un gesto afirmativo.

—El rey Jorge permitió que saliera de nuestro hogar, y ahora se encuentra en el castillo de Surrey conmigo.

—Lamento su arresto —le dijo Peter.

—Es muy duro para él —reveló ella—, pero pronto se aclarará todo este asunto. Mi padre es inocente en lo que sea que lo estén investigando.

Peter suspiró con cansancio. Eludir los intentos del duque de Goldfinch para apresararlo le estaba resultando demasiado duro. Apenas podía moverse sin que lo descubrieran.

—Su esposo tiene la culpa de lo que le ocurre a su padre —le dijo Peter en un tono duro.

Ella lo miró con ojos entrecerrados.

—Eso no es cierto —respondió en voz baja—. Tengo que irme.

Elizabeth se sentía nerviosa. Había sido un error acudir a la llamada de Peter para conversar con ella, ahora lo veía claro, pero quería preguntarle por Emma salvo que no había tenido ocasión.

—Espere...

Ella ya se había girado. Le resultaba extraño que estuvieran los dos solos

en la tienda. En la calle tampoco había viandantes. Era como si todos hubieran desaparecido. Él la invitó a que se sentara, y ella aceptó.

—No pretendía molestarla —se excusó.

—De verdad que tengo que irme —reiteró dando un paso.

Peter negó de forma abrupta.

—Mi hermana Emma desea verla — le dijo él.

Elizabeth se quedó pensativa unos segundos.

—Puede visitarme en Surrey cuando lo desee.

—¿Le daría un mensaje a su padre de mi parte?

—Puede dárselo usted en persona, las visitas no están prohibidas en Surrey.

Peter pensó que eso era del todo imposible.

—¿Le transmitiría mi mensaje? —repitió.

Elizabeth lo miró extrañada.

—¿Qué desea que le diga?

—Que avise a Richard, van a arrestarlo.

Elizabeth parpadeó.

—¿Richard? ¿Mi primo?

—Sí.

—¿Arrestarlo? ¿Por qué? ¿Y qué puede hacer mi padre? —preguntó de forma angustiada.

—Es el único que conoce su paradero.

Elizabeth no entendía nada, pero Peter le había mentado. No había ninguna orden para arrestar a Richard Mortimer, pero él tenía que deshacerse de algo muy valioso y que en las manos apropiadas estaría a salvo.

—¿Qué ha hecho mi primo?

La mente de Elizabeth hervía de especulaciones pues no tenía modo de saber si Richard seguía en Italia o había regresado a Essex.

—Tengo que entregarle algo —le dijo él.

Elizabeth había estado tan absorta en la información suministrada por Peter, que no había visto el sobre que éste le tendía. Cuando se percató, sintió un escalofrío de aprensión.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Es para el marqués de Tilney —respondió él—. Su padre lo espera.

Elizabeth dudó durante un instante, pero finalmente tomó el sobre de la mano de Peter y lo guardó en el interior de su bolso de mano.

—No se lo entregue esta noche sino mañana —le pidió.

A ella todo le parecía demasiado extraño.

—Es hora de que se marche —le dijo de pronto.

Ambos se levantaron al mismo tiempo.

Cuando salieron a la claridad de la calle arbolada, Elizabeth se volvió hacia él para tenderle la mano en señal de despedida, pero Peter hizo algo completamente distinto a lo que ella esperaba. La sujetó por los hombros y la estrechó entre sus brazos. Bajó su boca hasta la de ella para besarla. El encuentro de ambas bocas la cogió completamente desprevenida, pero antes de poder empujarlo, Peter finalizó el beso.

—Cúidate... —comenzó a decir él, un instante después, los ojos de Peter estaban clavados tras de su espalda.

Elizabeth giró un tercio de su cuerpo y vio a Charles y al sheriff de Londres que caminaban directamente hacia ellos. Dos guardias los custodiaban. Después fijó su mirada en los grandes árboles de la plaza y se dio cuenta de que había soldados armados esperando sus órdenes.

Percibió la tensión del cuerpo de Peter tras ella que buscó una salida para huir sin encontrarla.

—Sabía que lo conseguirías —las palabras de su esposo habían sonado a complicidad. Cuando llegó a su altura, inclinó la cabeza y la besó en los labios de forma ardorosa—. ¡Bravo! Has hecho un trabajo formidable.

Elizabeth tragó la saliva de forma brusca y miró de lleno a Peter O'Sullivan que tenía el rostro contraído de rabia. Sus ojos oscuros brillaban con la más devastadora sospecha.

—Qué dices Charles... —pero no pudo continuar.

El rostro del militar era duro como el granito. ¡Se sentía engañado!

El sheriff hizo un gesto con la cabeza, y dos de los diez soldados armados que estaban estratégicamente situados en la plaza, y que aguardaban sus órdenes, prendieron a lord O'Sullivan. Lo sujetaron con fuerza y lo inmovilizaron. Acto seguido, Charles le dio un puñetazo en el rostro que le hizo escupir sangre.

—¡Esto por manchar una boca que me pertenece! —exclamó con profunda ira.

Elizabeth estaba estupefacta. Indiscutiblemente, Charles se refería al beso que le había dado Peter, y concluyó que desde la distancia en la que había observado la despedida, ese beso podía interpretarse como algo mucho más serio, aunque no lo fuera.

—Charles, ¿qué sucede? —preguntó en un susurro.

—¡Putá! —le escupió Peter con el mentón apretado.

Charles mostró una sonrisa burlona, y, sin previo aviso, metió su mano derecha en el bolso de Elizabeth para coger el sobre que contenía. Él hombre no pudo hacer nada porque tenía ambos brazos sujetos por los soldados. Una vez que Charles tuvo en sus manos el sobre, lo rasgó y leyó el contenido. Peter maldijo por lo bajo y miró a Elizabeth con un profundo desprecio. Tenía que haberlo sospechado. La mujer era una falsa. Un ser indigno de confianza. El instrumento ideal para darle caza, y él, como un necio, se había dejado atrapar.

Los dos soldados lo empujaron hacia el carruaje que acababa de aparecer por una de las esquinas de la plaza. Otros dos soldados los seguían de cerca apuntando con sus bayonetas al cuerpo de Peter. El sheriff les hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida, y comenzó a caminar tras el detenido. Elizabeth los vio marcharse completamente superada en emociones. Siguió los pasos de los hombres hasta que se perdieron dentro del habitáculo del coche prisión. Cuatro soldados a caballo emprendieron el trote tras el carruaje una vez que se puso en movimiento. Un segundo después, clavó sus ojos como puñales en el rostro de su marido, intentado encontrar respuestas.

—Estaba convencido de que me llevarías hasta él —le confesó sin remordimientos.

Elizabeth no podía responderle. Estaba superada por los acontecimientos.

—¿Qué pasa con Peter? —le preguntó en un susurro—. ¿Por qué se le ha arrestado?

Charles la miró con algo parecido al dolor, pero ella creyó que se había equivocado en su apreciación, no era dolor lo que había mostrado los ojos de su marido, sino despecho.

—Ha sido arrestado por traidor a la corona de Inglaterra.

Esa era una acusación muy grave.

—¿Y qué será de él?

—Lo que sea del señor O'Sullivan no concierne a la duquesa de Goldfinch —respondió con voz seca.

Charles la agarró por los hombros con cierta brusquedad y la dirigió hacia su propia montura que sujetaba uno de sus hombres. Elizabeth se había olvidado de lo importante que era su marido.

—¿He sido un señuelo? —le preguntó con voz de hielo, pero él no tuvo en cuenta sus palabras—. ¡Me siento fatal!

Charles detuvo sus pasos pero no la soltó. Dejó de mirar su montura para fijar los ojos en ella que lo miraba con un brillo de decepción.

—En este momento el sentimiento es mutuo.

Elizabeth se vio empujada por su fuerte brazo que la conducía a pesar de sus esfuerzos hasta su caballo. Charles la había utilizado para cazar a Peter. Al momento recordó el sobre. ¡Dios bendito! Si el mensaje iba dirigido al marqués de Tilney, ello quería decir que su padre... que su padre era cómplice.

Que el cielo los asistiera.

Cuando llegaron a las cuadras de Surrey, Charles desmontó del semental con suma facilidad y la sujetó por la cintura para ayudarla en la bajada. A ella no le quedó más remedio que apoyar las manos en los hombros de su esposo para descender de la montura. El viaje de regreso a la casa había sido un tormento, una agonía de reproches silenciosos que habían contribuido a acentuar en su rostro unas líneas de profunda angustia.

Elizabeth se dirigió con pasos rápidos hacia el interior de la vivienda, sentía una necesidad acuciante de encarar a su padre, sus maquinaciones y su implicación en el arresto de Peter. Subió los escalones de dos en dos y cruzó el jardín trasero hasta alcanzar las cristaleras de la biblioteca, y cuando las cruzó buscó con los ojos a su padre. Lo vio sentado en un sillón de piel con el rostro sereno y la actitud relajada. Leía un diario francés.

—¡Padre! —Elizabeth avanzó ligera hacia él, pero la presencia de su tía cruzando la estancia, detuvo sus pasos de golpe. La miró completamente atónita. Tan ciega había estado mirando a su padre, que no se había percatado de la presencia de ella—. ¡Tía Rosalind! —logró exclamar a duras penas.

Su padre seguía sentado en el cómodo sillón. Rosalind caminaba hacia ella con una sonrisa preocupada en su hermoso rostro. Charles hacía su entrada en ese preciso momento en la biblioteca.

—¿Qué significa esto? —preguntó alarmada.

El marqués la miró profundamente al tiempo que se levantaba y se giraba hacia ella.

—¡Lizzie, Lizzie! —la llamó la pequeña Sophie que acababa de hacer su aparición por la puerta que comunicaba el vestíbulo con la habitación.

Un segundo después, Elizabeth yacía en el suelo inconsciente. Se había desmayado.

CAPÍTULO 27

Sentía la boca como si la tuviera llena de serrín y la garganta al rojo vivo, pero tenía que hablar con su padre, era imperioso. Cuando logró abrir los pesados párpados, la luz de la alcoba le produjo un latigazo doloroso que la dejó cegada por un momento. Los volvió a cerrar de golpe.

—¿Te encuentras mejor?

La pregunta la había formulado Charles con un tono de voz que a Elizabeth le pareció de preocupación. Abrió los ojos y los fijó en él. Estaba sentado en la orilla de la cama, tenía el cuerpo ligeramente inclinado y le sujetaba una de las manos con ternura. Pero no, Elizabeth se reprendió a sí misma con dureza. Era un canalla sin sentimientos, un ser despreciable, su corazón no contenía ni una mota de ternura o de afecto.

—Tu padre está realmente preocupado, espera noticias abajo en la biblioteca. Tu tía regresará en unos minutos con un poco de leche caliente.

Se incorporó con brusquedad del lecho para evitar su contacto, pero sufrió un mareo tan intenso que se sintió aturdida. La habitación se había oscurecido de repente. Jadeó para contener la arcada que había subido hasta el cielo de su boca e inspiró profundamente para calmar la acidez de su estómago. Se sentía realmente enferma de dolor, de rabia. De amor no correspondido...

—El doctor ha mencionado que estás demasiado alterada.

El mundo acababa de derrumbarse encima de ella con una fuerza demoledora al escuchar las palabras de su marido. Sintió unos inmensos deseos de llorar, de maldecir, pero no hizo nada de eso. Alzó el rostro y clavó sus ojos brillantes de incógnitas en su marido francés.

—¿Por qué? —le preguntó con voz henchida de sufrimiento.

Charles sabía que tenía que responder a la pregunta de ella.

—Fue el trato que hice con tu padre tras regresar de París. Siempre he sospechado que era el espía de Francia.

Elizabeth volvió a cerrar los ojos tratando de contener las lágrimas, pero no pudo evitar que se deslizaran de igual modo por sus mejillas.

—¿Y mi primo Richard? —preguntó con voz dolida—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

El silencio pendió sobre los dos como una amenaza.

—Tu primo no tiene nada que ver en esto. Sigue en Essex cuidando de su propiedad. Peter tenía que conseguir que le dieras el sobre a tu padre, y usó el nombre de tu primo.

Elizabeth se soltó con brusquedad del contacto de la mano de él. Charles se lo permitió porque sabía lo duro que le resultaba asimilarlo todo. ¿Peter le había mentado? ¿Por qué?

—¡Mi padre no es un traidor!, ¡maldita sea! —recordaba perfectamente el sobre que Peter le había entregado para él.

Tragaba con gran dificultad la saliva espesa.

—Tu padre no lo es, pero ha actuado para parecerlo.

—¿Parecerlo? —preguntó atónita.

—Tu padre tenía una misión en París, contactar con alguien del entorno de O'Sullivan, había que desenmascararlo, y tu padre me ayudó.

Charles la había utilizado. Él volvió a sujetar la mano de su esposa, pero Elizabeth la manoteó porque se sentía dolida.

—¿Mi padre actuando de espía? ¡No te creo!

—Estás en tu derecho de creerme o no, pero te digo la verdad.

Ahora tocaban las recriminaciones femeninas y Charles las esperó de forma paciente.

—Te miro y no te reconozco —le dijo ella—. Me necesitabas para atrapar a Peter, ¿no es cierto? Para que se confiara. Eres despreciable porque no te importó ponerme en peligro.

Apartó la colcha con brusquedad y entonces se percató de que estaba en camisón. Giró su rostro hacia su esposo extrañada, no recordaba nada tras el desmayo sufrido después de llegar a la casa.

—Has estado inconsciente varias horas, el doctor dice que estás agotada y que ese estado de nerviosismo no es bueno para... —Charles calló de repente, como si la palabra que había estado a punto de pronunciar le pesara.

«¿Y ahora qué puedo hacer?», se preguntó Elizabeth. Había intentando mantener en secreto su embarazo, pero ya era tarde para lamentaciones, y por ese motivo decidió enfrentarlo. Poner las cartas sobre la mesa de una vez.

—Nos expusiste a los dos al peligro —le espetó vengativa tocándose el vientre—. Si Peter es un espía, nos expusiste al peligro. Podía habernos hecho mucho daño.

Charles la miró sin comprender, y Elizabeth se percató de que se había precipitado. ¡Él no conocía su embarazo! Apretó los labios hasta reducirlos a una línea, pero ya era tarde para rectificar su error. Vio en los ojos de Charles

la sorpresa, la alegría, y la contención que le había producido la revelación. Contempló impotente cómo se distendían las aletas de su nariz al asimilar la información, y cómo se oscurecían sus ojos hasta convertirse en añiles.

—¡Elizabeth!

—¿Te haces una idea de lo que significa esta situación para mí? —le dijo ella al mismo tiempo que se giraba.

Charles lanzó un suspiro largo y profundo.

—Lo que tú llamas situación es una vida inocente —le recriminó él con voz dura como el granito—. Y no pensé en el peligro al que os exponía porque me cegaba las ansias de atrapar a O'Sullivan.

Elizabeth lanzó un sollozo como respuesta. Se sentía inmensamente desgraciada, deseaba herirlo de la misma forma que él la había herido a ella al utilizarla en sus fines vengativos. Había utilizado a su padre, la había utilizado a ella...

—Nos odiamos, y un ser inocente no debe ser utilizado como instrumento de venganza.

La acusación de Elizabeth lo enervó.

—Yo nunca utilizaría a mi hijo para castigarte —su voz había sonado tensa, y ella detestó la mentira descarada, porque recordaba perfectamente cómo había utilizado a Sophie para obligarla a actuar de forma inmoral.

Deseó pagarle con la misma moneda del desprecio.

—Me lanzaste a los brazos de Peter, ¿recuerdas?, porque yo no puedo olvidarlo. Querías convertirme en una adúltera para lograr tus propósitos. Te has mostrado infame. Cruel... —Elizabeth reprimió los insultos que se le agolpaban en el cielo de la boca.

El suspiro de Charles resultó demasiado elocuente.

—Hay cosas que no puedo explicarte, todavía no —afirmó él con un tono de voz ufano que ella deseó borrar de un golpe, pero ante su impotencia para hacerlo, optó por levantarse de la cama y huir de su presencia. Tenía que hablar con su padre y no quería perder más tiempo. Buscó su bata de satén del armario y se la colocó sobre los hombros con manos torpes antes de meter sus brazos por las mangas—. ¿Dónde crees que vas? —le preguntó atónito al comprobar su despliegue de actividad. Hacía menos de media hora estaba inconsciente en el lecho, y ahora se movía por la habitación con un frenesí desmedido.

—A intentar arreglar este desastre.

El marqués la esperaba a solas en la biblioteca. Sabía que tenía que darle una explicación en primer lugar para apaciguar su ánimo. Había actuado de una forma poco ética, la había utilizado, pero tenía poderosas razones para hacerlo. El desmayo de ella había pospuesto el momento, y la preocupación por su estado aumentaba su nerviosismo, porque no pretendía hacerla sufrir de forma innecesaria.

La manivela de la puerta giró un tercio y la hoja de madera se abrió con sigilo. Frank estaba plantado frente a la puerta con las manos cruzadas en su espalda. Elizabeth hizo su aparición con suma lentitud, como si no estuviera del todo convencida de lo que tenía que hacer. Iba vestida con ropa de cama. Su bonita bata azul se arremolinaba entre sus piernas a cada paso, tenía ojeras bajo sus ojos y el cabello un tanto desgreñado, pero seguía tan hermosa como siempre. Era la niña de sus ojos.

—Padre —dijo ella con voz contenida.

—Confío en que estés mejor —le dijo él.

Elizabeth soltó el aliento antes de avanzar hacia la figura paterna con el rostro decidido. Ese gesto detuvo el impulso del marqués, que contuvo sus palabras al contemplar la expresión de sus ojos dolidos.

—¿Por qué? —le preguntó a bocajarro.

—Es mejor que tomes asiento —le sugirió en un tono conciliatorio y paternal.

—¿Por qué? —volvió a preguntarle, pero con más determinación en la voz.

Frank Thomas Mortimer le sostuvo la mirada, mirada que no apartaba ella a pesar de los deseos atribulados que sentía. Elizabeth intuía que lo que estaba a punto de escuchar no le iba a gustar en absoluto.

—Tenía que descubrir la verdad sobre muchas cosas. Aproveché mi viaje a París para hacer indagaciones, Henry Colt fue de una ayuda inestimable.

—¡Padre! Charles me ha utilizado, me hizo creer que... —calló porque le resultaba difícil continuar—, que se hizo pasar por traidor.

—Tuve que hacerlo para descubrir la verdad.

—¿Se da cuenta del riesgo que sufrió?

Su padre desvió la mirada.

—Lord O'Sullivan tendrá lo que se merece —respondió su padre de forma llana.

Un momento después, la puerta de la biblioteca fue abierta por Charles, que dirigió sus ojos azules hacia su suegro, y después hacia ella de forma

simultánea. Los ojos de Elizabeth se abrieron como platos. Comenzaba a entender muy bien todo.

—¡Por ese motivo William se convirtió en espía! —lo censuró con voz firme—. Los franceses sabían que el marqués de Tilney, y embajador de la corona, manejaba información delicada —el marqués no la corrigió—. Información que ellos deseaban obtener.

Elizabeth había llegado a la conclusión lógica y aplastante de la única verdad posible: William había aprovechado el compromiso de su hermano con los Mortimer para obtener información del marqués. Todos habían creído que había espiado a su hermano Charles, pero su verdadero objetivo era el marqués de Tilney.

—Peter O’Sullivan trató de implicar a tu padre —anunció Charles.

Elizabeth parpadeó.

—Había albergado la esperanza de que William fuese inocente en todo este asunto —susurró Elizabeth.

—No lo era —afirmó Charles—, y me duele más que a nadie conocer esa verdad porque ese había sido mi propósito desde su muerte, restaurar su buen nombre, pero me equivoqué por completo.

—O’Sullivan es el verdadero culpable de todo. Me hizo llegar los papeles que descubrían a William Beaufort como espía, creyó que así podía cubrir sus propios pasos —dijo su padre.

—¿Cuándo comenzó a sospechar de él? —le preguntó.

—Eso es información confidencial —respondió el padre—. Tras dos atentados en los que casi pierdo la vida, comprendí que debía protegerte y desenmascararlo.

Elizabeth taladró con sus ojos oscuros el rostro de su padre tras escucharlo porque esa información se la había guardado para sí hasta hacía bien poco.

—¿Ya no existe amenaza? —le preguntó con miedo en la voz.

El gesto afirmativo del marqués le provocó un vuelco de alivio en el estómago.

—Le conté mis descubrimientos a sir John Leandsome, y él sugirió la solución perfecta para protegerte.

—Sí, solución perfecta —ironizó Elizabeth.

—Un matrimonio entre mi hija y su ahijado —Elizabeth miró simultáneamente a su padre y a su esposo—. El rey Jorge ayudó en este asunto, pero eso ya te lo expliqué.

—Y mientras mi amante esposo me obligaba a espiar a lord O’Sullivan.

—Elizabeth, tienes que comprender...

Pero el marqués no pudo terminar la frase. La mano alzada de su hija se lo impidió, pero ella no lo miraba a él, sino a su marido.

—Mi padre me puso en tus manos para protegerme, y tú me pusiste en las manos precisamente del verdugo de tu hermano —le dijo a su esposo con los ojos llenos de lágrimas que no derramó—. Nadie ha pensado en mí ni en mis sentimientos.

Elizabeth no esperó la respuesta de su marido. Con un gesto airado se dio media vuelta y abandonó la biblioteca en busca de su tía Rosalind y de su hermana Sophie.

CAPÍTULO 28

El abrazo de su tía calmó en parte sus miedos. Se acurrucó en su pecho y recostó la cabeza. Sentía los latidos de su corazón en la sien, sintió deseos de llorar para descargar su profunda pena.

—Mi preciosa sobrina, cuánto te he extrañado.

Era como si el tiempo hubiera retrocedido al pasado.

—Me siento tan desgraciada —le confesó con voz entrecortada.

La mano de Rosalind acariciaba la cabellera de su sobrina con amor. Ambas mujeres eran de la misma estatura y de parecida constitución.

—Es natural en tu estado, pero todo se solucionará a su debido tiempo.

Elizabeth cerró los ojos para eternizar el momento. ¿Cómo sabía su tía sobre su embarazo? Ella no se lo había confesado todavía, pero imaginó que las mujeres tenían su forma particular de conocer esos detalles.

—Nada más verte supe que estabas encinta —le dijo Rosalind—. ¿Te sientes infeliz?

Elizabeth no deseaba hablar sobre su estado porque hacerlo significaba contarle las maquinaciones que había tejido Charles sobre ella. Y esos hechos le producían una profunda vergüenza. Nadie llevaba bien ser utilizado en actos de venganza, y ella no iba a ser la excepción. Pero aceptó dejarse guiar hasta el sofá. ¡Necesitaba su consuelo!

—Un hijo es un acontecimiento maravilloso —Elizabeth no podía estar más de acuerdo con las palabras de Rosalind, pero eso era así cuando la nueva vida se concebía en un acto de amor y no de venganza—. Tendrás que hacer cambios en tu vida ahora que vas a ser madre.

—¿Cómo sabe lo de mi embarazo? —le preguntó llena de curiosidad—. ¿Mi padre lo sabe? —Rosalind hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hizo falta que el doctor dijese nada, lo adiviné, pero aún no me has respondido.

—¿Sabe lo de Sophie? —Rosalind hizo un gesto afirmativo.

—Ahora sí —respondió la mujer—. Mi hermano se ha sincerado conmigo.

—¿Por qué nos mintió?

—Le ahogaba la culpa por la muerte de William, porque sus acciones le habían costado la reputación a Charles y perder al mejor socio que tenía.

Elizabeth se recostó en el hombro de su tía paterna, parecía como si le fallaran las fuerzas y se hubiese rendido a todo lo que no fuese la fatalidad y la apatía.

—Me siento mal por haber sido la causante de la detención de O'Sullivan, le tengo verdadero cariño a su hermana —le confesó a su tía en un susurro.

Rosalind la miró con ojos comprensivos, y ella comenzó a sollozar de forma entrecortada, pero contuvo los gemidos. Inspiró profundamente y continuó:

—¿Dónde está Sophie? —de pronto sentía unos deseos enormes de abrazar a su hermana.

—Con la tía Anne que se ocupa de ella.

Elizabeth cerró los ojos con cansancio. Se sentía agotada y sin capacidad de pensar o actuar, pero confiaba en que ese estado de sopor fuese pasajero.

—Tenemos que hablar —Charles estaba parado en el umbral de la puerta de la alcoba de ella, como si no estuviese convencido de entrar en sus aposentos privados.

Elizabeth no lo miró, seguía cepillándose el cabello antes de meterse en el lecho. Se sentía completamente extenuada. La cena en Surrey había sido tensa. Esquivar las miradas de su padre había resultado agotador, y la conversación trivial de Rosalind no había dado el resultado esperado. El nerviosismo y la tirantez habían predominado en esas largas e infructuosas horas. El mutismo de la tía Anne había ayudado a incrementar la sensación de incomodidad.

Elizabeth seguía en silencio, y Charles optó por esperar una respuesta de su parte, caminó hasta los pies del lecho y se sentó con el rostro serio. Ella eludía la mirada de él en el espejo, sabía que tenía toda su atención puesta en sus movimientos. Ignoraba qué tenía en mente, aunque no pensaba preguntárselo, no después de las amargas recriminaciones que se habían cruzado, de las palabras despectivas que habían intercambiado. Estaban juntos en la misma habitación, pero sus corazones estaban tan separados como el sol de la luna.

—Que rehúyas mi mirada no hará que desaparezca de tu presencia —le dijo él en un tono neutro.

Elizabeth acababa de dejar el cepillo de plata encima del tocador.

—Permíteme que lo haga por ti —cuando escuchó el ofrecimiento, hizo

un gesto negativo con la cabeza, pero no detuvo su avance. Charles sujetó el bello cepillo por el mango y comenzó a darle suaves pasadas en la larga y espesa cabellera—. Siempre me ha gustado la textura de tu cabello, es tan increíblemente suave.

El corazón de Elizabeth latió de forma apresurada al escucharlo. No quería comenzar una disputa. Ni ofrecerle palabras que herían los sentimientos. La había utilizado para dar caza a Peter, y a cambio había ayudado a su padre. ¿Cómo podía mostrarse tan contradictorio?

—Lamento haberme mostrado brusco y desconfiado —Elizabeth lo miró a través del espejo—, pero descubrir a Sophie ha significado hacer grandes cambios en mis prioridades. Conocerla ha vuelto mi mundo del revés.

Ahí estaba la cuestión. Sophie iba a ser el lazo que la mantendría atada a él durante mucho tiempo porque ella no pensaba apartarla de su lado.

—No será necesario que hagas ningún cambio en tu vida, Sophie es y seguirá siendo mi hermana.

La mano que sostenía el cepillo quedó suspendida en el aire, Elizabeth lamentó sus palabras apresuradas. Había expresado sus intenciones en voz alta sin ser consciente de ello.

—¿Crees que permitiré que abandone Surrey? —ella bajó los ojos hacia su regazo.

—La niña considera a mi padre el suyo, y sería monstruoso por tu parte arrancarla de nuestro lado. Somos la única familia que conoce.

Charles se arrodilló junto a ella y dejó el cepillo en el tocador. Le sujetó la barbilla y se la alzó con mucha suavidad hacia él, que seguía sacándole una cabeza de distancia a pesar de estar sentada.

—Es mi sobrina, es una Beaufort, no puedo permitir que siga viviendo un engaño —le dijo—, y tu padre está de acuerdo con ello.

El marqués de Tilney siempre actuaba sin preguntarle a ella.

—¿Qué has acordado con mi padre? —se atrevió a preguntar.

—Sophie tiene que ocupar el lugar que le corresponde como una Beaufort.

Las palabras habían sido dichas en un susurro, y con una candidez que la desarmó. Elizabeth sintió cómo se encogía su estómago, como si un puño de hierro lo apretara.

—Quiero irme —reveló de pronto—. Quiero regresar a River Colne.

Él no iba a permitir que se marchara, pero ella no quería quedarse.

—¿No deseas quedarte en Surrey a nuestro lado? —le preguntó con voz

como el granito.

—Odias a los Mortimer demasiado como para mantenerme a tu lado — respondió ella.

De ese modo, frente a frente, ninguno podía eludir la mirada del otro. Los ojos de Charles brillaban con una promesa en su profundidad. Los de ella, con una intensa desconfianza.

—Estaba cegado por la ira, y por eso no medí mis acciones.

Elizabeth apretó los labios al escucharlo.

—Me hiciste mucho daño en el pasado, y también en el presente.

—Me he rendido a lo inevitable —continuó él—. El afecto que siento por ti supera con creces el antagonismo que me provocabas. —El corazón de Elizabeth se aceleraba a medida que escuchaba todas y cada una de sus palabras.

Las había deseado tanto y durante tanto tiempo... pero llegaban demasiado tarde.

—¿Ahora sientes afecto? ¿O es porque estoy encinta?

Charles suspiró. Era decidida y constante, cualidades poco habituales en las damas de alta alcurnia, y él la había acusado en el pasado de ir tras su título. Había cometido tantos errores.

—Podemos darle una oportunidad a este matrimonio.

—¿Vas a perdonar las acciones pasadas de mi padre, si yo perdono las tuyas en el presente? —le preguntó ella con ojos inquisitivos.

Charles hizo una mueca antes de responder.

—Ya no se trata de ti ni de mí, sino del hijo que esperamos.

La voz de Charles era muy calmada, con ese tono grave que la había enamorado desde el primer día que lo escuchó en una de las fiestas ofrecidas por el duque Stirling. Sus ojos verdes descubrieron al hombre más apuesto y viril de todos, y durante un corto tiempo había sido la dueña de su afecto, o eso había creído hasta el día que se hicieron añicos todas sus ilusiones.

—Lamente tanto la muerte de William —dijo en voz baja.

—Lo sé —fue la escueta respuesta de Charles—. Pero si te sirve de consuelo, mi hermano era culpable, me costó aceptarlo, pero al fin lo he hecho. Tu padre es un héroe pues tratando de limpiar su nombre dio con el verdadero espía.

Elizabeth se quedó pensativa.

—Mi padre tendría que haber acudido a ti cuando tu hermano acudió a él.

—Mi hermano hizo bien —murmuró el duque pensativo—. William sabía

que no habría aceptado a su hija porque era hija de una espía. Era consciente de lo que iba a pensar y a sentir cuando descubriera que se había convertido en un traidor.

—Un traidor por amor —matizó ella.

—Traidor al fin y al cabo —afirmó él—. Durante muchos meses pensé que te odiaba —continuó él—, y necesitaba calmar el lacerante dolor que me habían producido las acciones de tu padre — terminó con voz ronca.

—El marqués de Tilney actuó con imprudencia —respondió contrita—, pero con honestidad.

Las miradas de ambos eran intensas, profundas: como si no existiese en ese momento nada más que ellos dos.

—Mi hermano decidió su destino, y yo he decidido el mío.

—Yo también —le confesó ella.

Charles emitió un suspiro impaciente.

—Es un hecho que juré protegerte cuando pronuncié los votos matrimoniales, y no pienso permitir que me hagas faltar a mi promesa.

Ella trató de cambiar de tema, los votos le parecían un tema espinoso.

—Yo le di mis votos a un anillo —le recordó con voz temblorosa.

Las manos fuertes de Charles sujetaron el mentón de ella y acariciaron, con los pulgares, los labios entreabiertos. Los ojos de Elizabeth estaban clavados en el rostro masculino sin atreverse a desviar la mirada por temor a romper el hechizo. Hacía tanto tiempo que no sentía el contacto de sus manos sin la presión de la venganza.

—Estás casada conmigo, y pretendo que no lo olvides.

—No fui yo la que lo olvidó mientras me obligabas a espiar a Peter O'Sullivan —ella seguía herida.

La acusación molestó a Charles.

—Me estoy cansando de tu actitud —se defendió él—. Eres la duquesa de Goldfinch, y no hay nada más que hablar —le dijo con voz controlada para no incomodarla—. Tengo una responsabilidad que no puedo eludir.

—¿Y hacia dónde nos conduce esa responsabilidad? —le preguntó con cierta vacilación en la voz.

—A mantener este matrimonio.

—¡Nos obligaron a casarnos! —exclamó ella.

—Ya no hay remedio Elizabeth.

Elizabeth lo sabía, pero le costaba asimilarlo.

—¿Volverías a confiar en mí después de todo lo que nos ha pasado? —le

preguntó ella con las pupilas brillantes rindiéndose a lo inevitable.

—¿Lo harías tú? —contraatacó él—. ¿Confiarás en mí a pesar de todo?

—¿Qué camino nos queda? —inquirió con un suspiro—. Tenía decidido regresar a River Colne, pero me he dado cuenta de que no puedo huir de lo que siento por ti. Tampoco quiero abandonar a mi hermana en Surrey.

—¿Qué sientes por mí? —se atrevió a preguntar.

Ella lo miró largo y profundo.

—Devoción —admitió sin vergüenza—. Me hiciste muy desgraciada, y a la vez me has hecho la mujer más feliz del mundo.

—Entonces... ¿me perdonas?

—¿Me perdonas tú?

—Ya lo hice, y hace mucho tiempo de eso.

Charles inclinó su cabeza sobre su hombro izquierdo al mismo tiempo que la miraba sin parpadear. Elizabeth se humedeció los labios resecaos con la punta de la lengua, consciente de lo que venía a continuación. Él se acercaba hacia ella de forma muy lenta, hasta que el contacto de ambas bocas fue un hecho. Charles le abrió lentamente sus labios para intercalar su labio inferior entre los de ella, de ese modo el labio superior de su mujer quedó dentro de los de él en un gesto premeditado. Cuando lo sintió, pleno y maduro, cerró los labios y comenzó a deslizar su lengua a lo largo de su labio inferior, como si buscara algo escondido. Elizabeth comenzó a responder a sus requerimientos con los ojos cerrados.

Charles deslizó su lengua de forma muy lenta dentro de su boca, como si pidiera permiso para apoderarse de su interior. El simple hecho de rozarse ambas lenguas le produjo a Elizabeth un estremecimiento de placer. Charles besaba extraordinariamente bien. Sus besos siempre la habían subyugado, sometido, pidiéndole una rendición que le ofrecía gustosa. Él comenzó un juego de seducción, moviéndola en círculos suaves, rozando apenas los planos de su paladar, la piel rugosa del interior de sus mejillas. Adoraba sus besos, parecía que tenía la capacidad para leer el lenguaje de su cuerpo, de sus reacciones, de sus anhelos, y le daba todo aquello que le pedía. Mostraba una sensibilidad cuando la besaba, que hacía que todo se oscureciera para ella. La sumergía en una espiral de excitación que la obligaba a responderle con su cuerpo, con sus manos, absolutamente con su alma.

Charles supo el mismo instante en el que se rindió a su beso. Los brazos de Elizabeth sostenían su cuello con ansia, por ese motivo comenzó a besarla mucho más despacio. Separó sus labios y depositó en los de ella un beso

efímero. Un ligero roce tan suave e íntimo como el aleteo de las alas de una mariposa en los pétalos de una flor. Su gemido le indicó que deseaba mucha más intensidad. La complació profundizando el beso.

Elizabeth gimió de forma abrupta. Así era como Charles la había besado en el pasado, de forma intensa, apasionada. Y aceptó y devolvió los besos porque sentía su alma sedienta, y las caricias de él no hacían sino incrementar la necesidad de afecto que la consumía. ¡Lo amaba tanto!

De pronto, los labios de Charles abandonaron su boca para deslizarse por su mejilla, buscando el hueco de su garganta mientras descubría con dedos diestros la suave curva de su hombro. La sedosa tela de la bata no le resultaba un impedimento, la deslizó con delicadeza dejando la piel al descubierto. Elizabeth pudo sentir su aliento antes de rozarla con sus labios calientes en un mordisco tierno. Comenzó a respirar de forma entrecortada, pero Charles no había terminado la seducción que tejía sobre ella. La mano que había deslizado la tela de su hombro buscó su seno con reverencia hasta encontrarlo. Comenzó a acariciarlo con mimo, moviendo con suavidad la palma por encima y por debajo del pezón. Charles lo sintió tensarse bajo su mano, como si entrase en erección. Jugó con él usando la punta de sus dedos y finalmente lo tomó entre el índice y el pulgar para frotarlo suavemente. El gemido de ella le dio la libertad para pegar un pequeño tironcito, que le arrancó un nuevo suspiro de placer, esta vez mucho más intenso. Pero Charles no se conformaba con el caos mental que estaba provocando en Elizabeth. Buscó con su boca la piel expuesta de su pecho y comenzó un lento recorrido hasta alcanzar el pezón rosado, para rozarlo apenas con los labios. Utilizó la punta de su lengua para sentir con mayor precisión la reacción del mismo. Cuando percibió que se agrandaba y se ponía más firme, lo introdujo en su boca y lo presionó entre la lengua y el paladar para succionarlo suavemente.

Elizabeth respiraba de forma entrecortada, pendiente del placer que le suministraba su marido simplemente con los labios. Sentía el pulso desbocado, cientos de sensaciones en su interior que estaban a punto de eclosionar.

Él notó cómo se endurecía el redondeando vientre y su mano dejó uno de sus pechos para acariciar el interior de sus muslos hasta la cadera. Dejó de lamer el pezón durante un segundo.

—¿Deseas que pare? Porque lo haré si me lo pides.

—No —respondió Elizabeth con la voz entrecortada, incapaz de pensar con coherencia, pero sin que le importara.

—No habrá vuelta atrás —le advirtió él, pero ella no le ofreció la negativa que él esperaba.

Charles la alzó en brazos y la llevó hasta el lecho. La depositó con mucha suavidad entre la colcha de plumas, pero Elizabeth no le permitió una retirada ni para que se quitara la ropa.

—Te quiero dentro de mí ahora mismo. No puedo esperar —le ordenó con tono apremiante.

Charles clavó sus ojos en el rostro de su esposa y la complació de inmediato. Le deslizó las finas bragas con impaciencia por las piernas mientras se abría el pantalón, le separó las rodillas con una mano y se introdujo en su interior cálido y satinado de una embestida. Permaneció quieto, deleitándose en el momento, como si quisiera eternizarlo, pero Elizabeth no le permitió un respiro, comenzó a mover sus caderas para incitarlo a que la siguiera.

—Siempre has sido una mujer impaciente —le dijo antes de tomar posesión de su boca de nuevo—. ¡Mi mujer!

A Elizabeth no le importaba nada en ese preciso momento salvo la apremiante necesidad de llegar hasta el precipicio del placer a donde Charles la había llevado con sus besos y caricias.

Él aceleró el ritmo hasta que la sintió tensarse y gemir de forma intensa bajo su cuerpo musculoso. La miró cuando su rostro estalló de placer, la observó cuando se lamió los labios de cereza cuando el clímax la dejó sin fuerzas ni voluntad y entonces se sumó al goce que tanto le reportaba ella por el simple hecho de existir.

Reinaba en Surrey una paz como hacía tiempo que no disfrutaba, y pensaba disfrutar del amor que su marido le mostraba cada noche. En la oscuridad de la alcoba, rodeada por los fuertes brazos de él, nada importaba. Únicamente el presente.

Su padre, se había marchado a River Colne, necesitaba tomarse un prolongado descanso de su actividad diplomática. Le había prometido dejar su cargo de emisario pues ya no tenía edad para viajar y quería disfrutar todo el tiempo posible con su futuro nieto.

Su tía Rosalind había regresado a Essex, y Sophie seguía en Surrey con ella.

Elizabeth sonrió feliz. Faltaban apenas dos meses para tener a su bebé, y Sophie se mostraba encantada con el nacimiento, también la tía Anne que

derrochaba felicidad por doquier. Decía a menudo que Surrey resplandecería mucho más cuando estuviera llena de niños.

Ahora estaban en plena temporada social, y ella disfrutaba de los bailes y cenas, sabía que después del nacimiento, tendría que retirarse durante un tiempo. Había pensado en la casa de campo de Bath, pero Charles le había sugerido River Colne. Todo era tan feliz que temía despertar y comprobar que todo había sido un sueño. Pero luego Charles la abrazaba, le susurraba que la amaba, y la realidad se volvía más real todavía.

Charles era su DECISIÓN, era su FUTURO, era el AMOR de su vida.

©2019 Kate L. Morgan

Corrector gramatical y de estilo Carmen Marcos

©Pixabay, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.